

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

2.

LA DECADA
DEL MILAGRO
(1880-1890)



HYSPAMERICA

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Director General de la obra
Félix Luna

Secretaria de redacción
María Sáenz Quesada

Investigación gráfica
María Flores, Graciela G. Romero

Investigación historiográfica
Graciela G. Romero, Susana José, Jorge Ossona, Gabriel Ribas

Colaboradores del Tomo II

Hugo E. Biagini
Antonio Elio Brailovsky
Teresa Caballero
Bonifacio del Carril
Carlos Alberto Floria
Pedro J. Frías
Ezequiel Gallo
Delfín Leocadio Garasa
Enrique Mario Mayochi
Marcelo Montserrat
José Panettieri
José María Peña
Osiris Troiani
Gregorio Weinberg

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

La década del milagro (1880-1890)



HYSPAMERICA



Fotografía
Oscar Cisneros

Diseño
Carlos Gallardo

Producción de arte y producción gráfica
Hyspamérica Ediciones

Editado por:
HYSPAMERICA EDICIONES de ARGENTINA S.A.
Corrientes 1437, 4º piso, Buenos Aires.
Tels.: 46-4385/4419/4484

© HYSPAMERICA EDICIONES DE ARGENTINA, S.A., 1984
ISBN: 950-752-037-6 (obra completa)
ISBN: 950-752-130-5 (tomo II)

Queda hecho el depósito de Ley.

1. La generación del ochenta: ciencias y letras

Hacia 1880, el pensamiento positivista parecía tener validez universal y sus concepciones abarcaban todas las disciplinas. Eran tiempos de optimismo, de fe profunda en el progreso indefinido. En la Argentina de la época, -y dentro de ese marco ideológico-, los científicos y los hombres de letras debieron afrontar la difícil tarea de satisfacer el anhelo de una nación joven que quería encontrarse a sí misma. Un país había quedado atrás: ahora se recibían mensajes, hombres, mercaderías y capitales del exterior. La antigua condición periférica se había redefinido: la generación del ochenta no lo lamentó y de inmediato se lanzó a conformar las bases de la República moderna.

Una de las creencias colectivas más arraigadas en la década de 1880 fue aquella que adjudicaba una gran importancia a la ciencia como panacea universal y veía en los conocimientos científicos instrumentos que abrirían horizontes más amplios a la humanidad. En nuestro país esta creencia fue asumida fervorosamente por los sectores dirigentes, que advirtieron que en la vida de la comunidad se habían producido grandes modificaciones debido a inventos (el frío artificial para la congelación de la carne), tecnologías (molinos de viento, alambrados) y elementos de uso doméstico (teléfonos, sanitarios, luz eléctrica), cuya aplicación era el resultado de investigaciones y descubrimientos científicos.

Así, tanto el Estado como muchos particulares y asociaciones se esforzaron por promover la labor de los investigadores, ampliar el horizonte de los conocimientos, formar nuevas camadas de científicos y encontrar aplicaciones prácticas a las especulaciones de la ciencia pura. No se trata de un movimiento sistemático y organizado: más bien es una tendencia que se da en todos los niveles de la opinión pública, el desarrollo de un postulado aceptado por todos, que naturalmente está limitado por las condiciones de la época y la escasez de recursos humanos especializados. No obstante, el esfuerzo

realizado para jerarquizar la investigación científica es notable, y algunos logros en este campo tuvieron larga trascendencia.

El positivismo y sus secuelas

Hay que recordar que en ese momento histórico el pensamiento positivo había alcanzado una validez universal y sus concepciones abarcaban todas las disciplinas. A partir de 1860 las ciencias biológicas ganaron terreno sobre los estudios físicos y matemáticos: parecía que, de algún modo, los biólogos estaban en posesión de las leyes que rigen la vida, así como los sociólogos aparentaban señorear el desarrollo del cuerpo social. Son tiempos de optimismo, de fe profunda en el progreso indefinido. Y a medida que la naturaleza va dejándose arrancar sus secretos y las claves de su evolución, va creciendo en forma paralela la necesidad de profundizar el saber científico.

En la Argentina había honrosos antecedentes en este campo. En 1872 se constituyó la Sociedad Científica Argentina en el Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, por inspiración del entonces estudiante Estanislao S. Zeballos. Zeballos había expuesto la necesidad de «fundar una sociedad que sirviera de centro de unión y de trabajo



Archivo General de la Nación

Por iniciativa de un grupo de alumnos de la Facultad de Matemáticas, el 28 de julio de 1872 se fundó la Sociedad Científica Argentina. Su primer presidente fue Luis A. Huergo (sentado, cuarto desde la izquierda), quien volvió a ocupar el cargo en los períodos 1878-1879 y 1881-1882.

Carlos Germán Burmeister (abajo, izquierda), según una caricatura de El Mosquito, 1888. El naturalista alemán se estableció definitivamente en Buenos Aires en 1861.

Centro, derecha: ilustración de la fachada de la Academia de Ciencias Exactas de Córdoba, aparecida en la Memoria de 1878. Pie de página, derecha: Estanislao Zeballos.

para las personas que desearan servir al desarrollo de las ciencias y sus aplicaciones». Fue, como recuerda el matemático e historiador de la ciencia José Babini, la única tribuna científica argentina y el único centro de consultas sobre cuestiones de este tipo para los gobiernos de la Nación y de la provincia de Buenos Aires. La Sociedad Científica creó un museo, organizó cursos y conferencias, promovió la realización de exploraciones y viajes -como los de Francisco P. Moreno y Ramón Lista a la Patagonia- y desde 1876 publicó sus *Anales*, que continúan apareciendo en la actualidad.

Otro centro de irradiación de trabajos y reflexiones fue la Academia de Ciencias de Córdoba, que en 1878, a los cinco

años de vida, se separó de la universidad, habiendo organizado la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas. Creada y sostenida por el gobierno, pero dotada de amplia autonomía, la Academia se concentró en las ciencias naturales, especialmente la geología y la mineralogía.

Los «tres grandes»

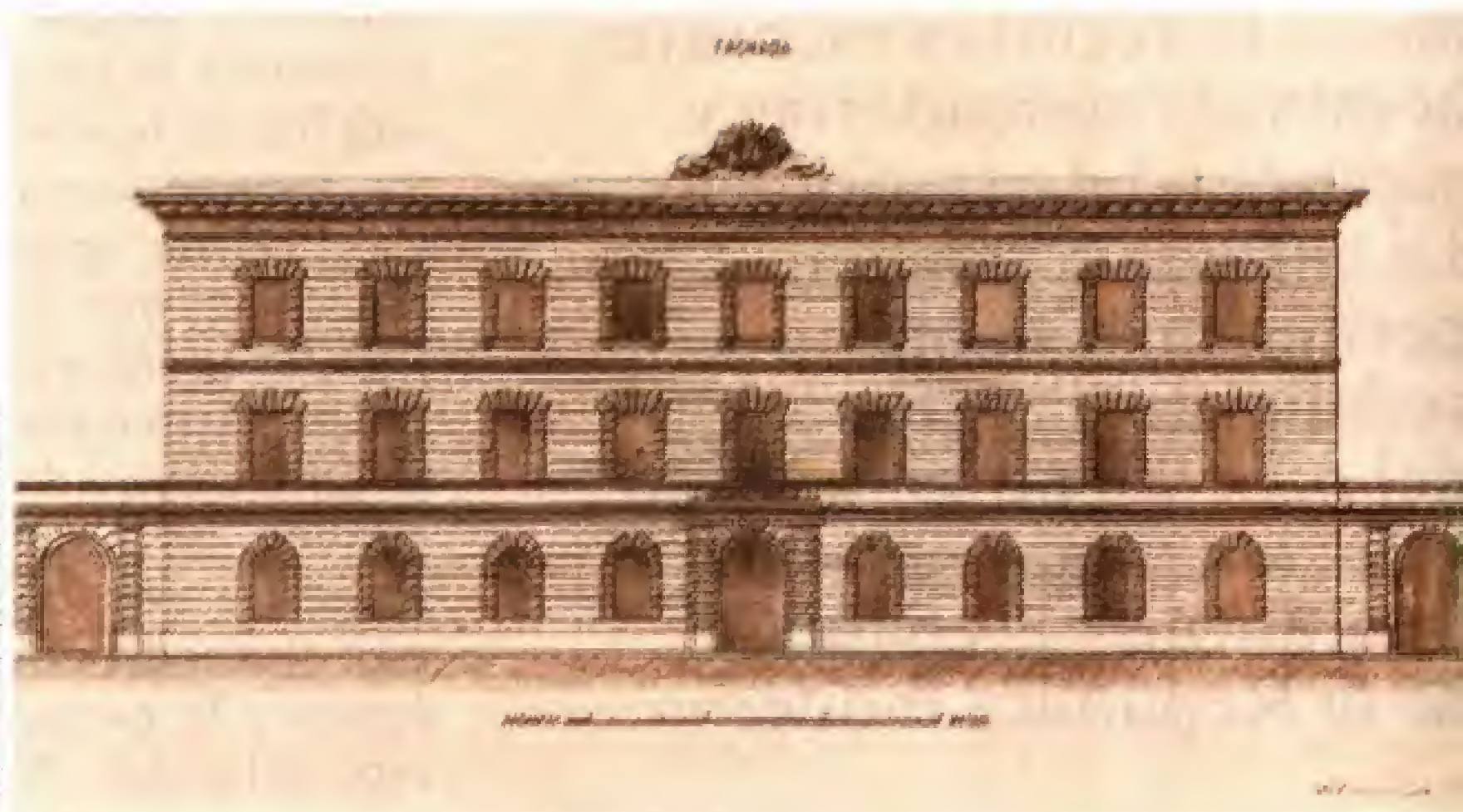
Estas instituciones crearon una atmósfera que favoreció el desarrollo de las personalidades y las realizaciones de la década de 1880. José Babini llama «los tres grandes» a Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno y Eduardo Ladislao Holmberg, figuras que descuellan en sus respectivos campos; pero además de los «gran-

des», hubo muchos otros hombres que impulsaron y difundieron la incipiente ciencia argentina.

Ameghino -nacido en Italia en 1853 o en la Argentina en 1854- demostró una temprana vocación por la investigación geológica y paleontológica. Inicia sus publicaciones en 1875, con escaso eco en los medios académicos; dos años después viaja a Europa, donde trata de cubrir los huecos de su formación, ya que era autodidacta. En 1880 y 1881 edita su obra más original, *La antigüedad del hombre en la Plata*. Sus choques con el paleontólogo Carlos Germán Burmeister le impiden concretar su propósito de fundar un museo antropológico, y Ameghino debe convertirse en librero para sobrevivir. E



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Florentino Ameghino, después de un viaje a Europa en el que llegó a mostrar sus hallazgos en la Exposición de París, volvió a la Argentina en 1881, mundialmente consagrado como antropólogo y geólogo de méritos excepcionales. Su doctrina, por la que luchó con tenacidad durante toda su vida, afirmaba que el hombre tenía origen americano.

1884 publica *Filogenia*, un aporte a las doctrinas evolucionistas que le vale una cátedra en Córdoba, donde permanecerá un par de años. Nombrado vicedirector del Museo de La Plata en 1886, enriquece la sección de paleontología con los huesos que ha ido recogiendo pacientemente, aunque no dura en el cargo: choca con Moreno y renuncia violentamente. No obstante, se radica en La Plata, llegando posteriormente a dirigir la institución hasta su muerte.

En su tiempo, las tesis de Ameghino fueron cuestionadas, pero su labor descriptiva en los campos de la geología y la paleontología sigue siendo útil. Sin embargo, es probable que el rasgo más importante de su personalidad haya sido la pro-

funda y excluyente vocación científica, la voluntad de ser un «sabio». En 1881 Sarmiento decía que ese «paisano de Mercedes», que nadie conocía, «es el único sabio argentino». Ni fue el único ni fue tan sabio; pero su constancia para remontar obstáculos y superar sus propias falencias fue y sigue siendo un ejemplo. En cierto modo, Ameghino describió su lucha en 1882, al hablar en el Instituto Geográfico Argentino. Relatando su experiencia en la Exposición Continental, afirmaba: «...os engañaríais si creyérais que el hombre apareció en la tierra dueño y señor de la ciencia infusa y perfectísima. Ello es el resultado de un progreso lento y continuo de un sinnúmero de generaciones que nos han precedido y nos lo han transmitido bajo distintas formas...»

Por su parte, Moreno -a quien la posteridad adjudicaría, como si fuese un tratamiento nobiliario, el título de «perito», por su actuación en los trabajos de delimitación fronteriza con Chile- fue un explorador y un organizador. También desde muy joven inició sus estudios antropológicos y arqueológicos. En 1873 comienza sus exploraciones en la Patagonia, que recorrió en todas direcciones. Los relatos de Moreno sobre este tema resultan deliciosos por su humor, su acopio de información y su humana comprensión de los indígenas -a pesar de que en alguna oportunidad, en las cercanías de Bariloche, estuvo a punto de ser sacrificado por ellos. En 1877 sus colecciones contaban con 15 000 ejemplares: fueron la base del museo antropológico y arqueológico de



Sarmiento y Darwin

Pudiera decir señores, que me era familiar el nombre de Darwin desde hace cuarenta años, cuando embarcado en la *Beagle* que mandaba Fitz Roy visitó el extremo sur del continente, pues conocí el buque y su tripulación y desde luego el *Viaje de un naturalista* que hube de citar no pocas veces hablando del estrecho. Recordaréis que nunca me mostré muy celoso de nuestras posesiones australes, porque no las creía dignas de quemar un barril de pólvora en su defensa, reprobando se montase con fantásticas descripciones la imaginación de estos pueblos que esperan todavía hallar el Dorado...

«No me atrevería a tener opinión propia sobre la teoría fundamental de Darwin en presencia de mi ilustre amigo el sabio Burmeister, que no la acepta como comprobado sistema de la naturaleza, desechándola por ser efecto de un procedimiento no científico, por cuanto no parte de hechos reconocidos e incontrovertibles...»

Luego el sanjuanino menciona «la opinión de nuestro naturalista pa-

leontólogo de Mercedes, señor Ameghino, que opina como Darwin sobre el mismo terreno que aquel recorrió, para no tener mucha vergüenza de creer que hemos sido todos los presentes monos y monas!... muy monas!

«Y hay entre nosotros muchos que con razón propia creen, practican y prueban las doctrinas del ilustre sabio, con la circunstancia de que se enriquecen con su creencia, cosa que nos sucede a todos los que creemos en el progreso humano.

«Los inteligentes criadores de ovejas son unos darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de variar las especies.

«De ellos tomó Darwin sus primeras nociones, aquí mismo, en nuestros campos, nociones que perfeccionó dándose a la cría de palomas, que es en Europa el arte de hacer variedades a merced de la fantasía del criador.

«Hay en nuestro país centenares de estancieros, criadores de ovejas y de otros animales. Entre ellos descue-

llan los Pereira, Duportal, Chas, Ocampo, Olivera, Casares, Kemmis, Lowry, que leen de corrido a Darwin con sus puntos y comas cuando se trata de la variación por la selección natural; ellos la hacen artificial, escogiendo a los reproductores.

«Le hemos dado, pues, ciencia y fama a Darwin, con los fósiles y las crías argentinas; y siguiendo sus indicaciones se enriquecen nuestros estancieros.

«Me parece que hay motivo suficiente para que seamos los argentinos partidarios de la doctrina del transformismo, puesto que nosotros transformamos una variedad de ovejas en otra. Hemos constituido una nueva especie: la oveja argentífera, porque da plata y porque es argentina además.» (Fragmentos de la conferencia leída en el Teatro Nacional de Buenos Aires el 30 de mayo de 1881 para honrar la memoria de Charles Darwin, recientemente fallecido. Tomados de las *Obras completas* de Sarmiento, «Discursos populares», tomo XXIII, Buenos Aires, 1899) ■

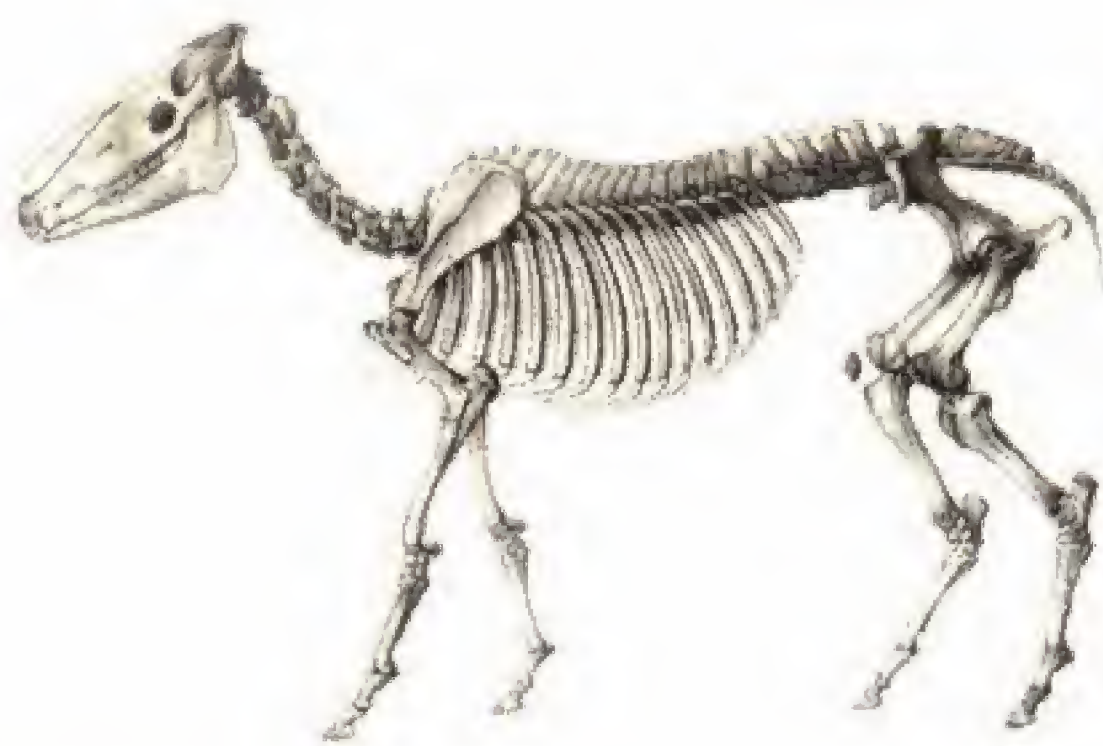
La Plata, del cual, con toda justicia, fue director vitalicio. En 1889 el museo ya estaba instalado en su actual edificio e inició la publicación de sus *Anales* y de la *Revista del Museo*, convirtiéndose en un centro de activos trabajos sobre geología, mineralogía, zoología, botánica, antropología, arqueología y etnografía, con el concurso de naturalistas extranjeros.

La deuda de la Argentina para con Moreno es inmensa: basta recordar, como uno de sus tributos, la donación de lo que sería, años más tarde, el Parque Nacional de Nahuel Huapi, otorgado a su persona por los servicios prestados en la cuestión de límites, y devuelto por Moreno a la comunidad nacional para que todos los ar-

gentinos pudieran disfrutar de su deslumbrante belleza.

Finalmente, Holmberg, figura polifacética, precursor de muchas líneas creativas (entre ellas, la literatura fantástica). En el campo de las ciencias naturales, Holmberg trabajó en temas relacionados con la mineralogía, botánica, zoología y medicina, pues era médico, aunque nunca ejerció su profesión. Recorrió casi todo el país, fue el primer profesor de ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires y promovió la publicación de varias revistas científicas, como *El Naturalista Argentino*, la *Revista Argentina de Historia Natural* y la *Revista del Jardín Zoológico*, esta última debido a que, desde

1888, dirigió el zoológico de Buenos Aires. Fue, sobre todo, un formador de discípulos, a quienes atraía por su desbordada imaginación y la vastedad de sus conocimientos. Como rasgo típico de su humor, Babini recuerda que en 1915, al retirarse de la docencia, se le tributó un brillante homenaje. Rodeado por las personalidades más encumbradas del país, Holmberg inició su discurso de agradecimiento con estas palabras: «Más feliz que el emperador Carlos V, escucho de mis honras fúnebres sin que ningún tornillo flojo las haya decretado...» Cabe apuntar que sus actividades relacionadas con las ciencias naturales no le impidieron ser también un excelente traductor de Dickens, Wells y Conan Doyle.



Durante una expedición al Chaco, el fotógrafo Lucio Correa Morales tomó esta fotografía (abajo), en la que aparecen Ameghino (izquierda), Eduardo L. Holmberg (de pie) y Federico Kurtz (derecha, con una copa en la mano). Pie de página: el museo de La Plata, en una imagen de 1888. Viñeta: caballo fósil de Burmeister.



Archivo General de la Nación

Los no tan grandes

Sin tener la espectacularidad de Ameghino, Moreno o Holmberg, personajes tan populares como los más conocidos políticos de la época, muchos otros científicos trabajaron productivamente en la década de 1880. Gustavo Ferrari recuerda al matemático Valentín Balbín, que en 1887 publicó una obra sobre cálculo de cuaterniones y en 1889 fundó la *Revista de Matemáticas Elementales*; al geómetra Jorge Duclout, introductor de la geometría moderna en nuestro país; al físico Manuel B. Bahía, que en 1890 publicó *Las unidades*; al botánico Cristóbal Hicken y a los astrónomos del Observatorio de La Plata, que en 1886 empezaron a publicar el

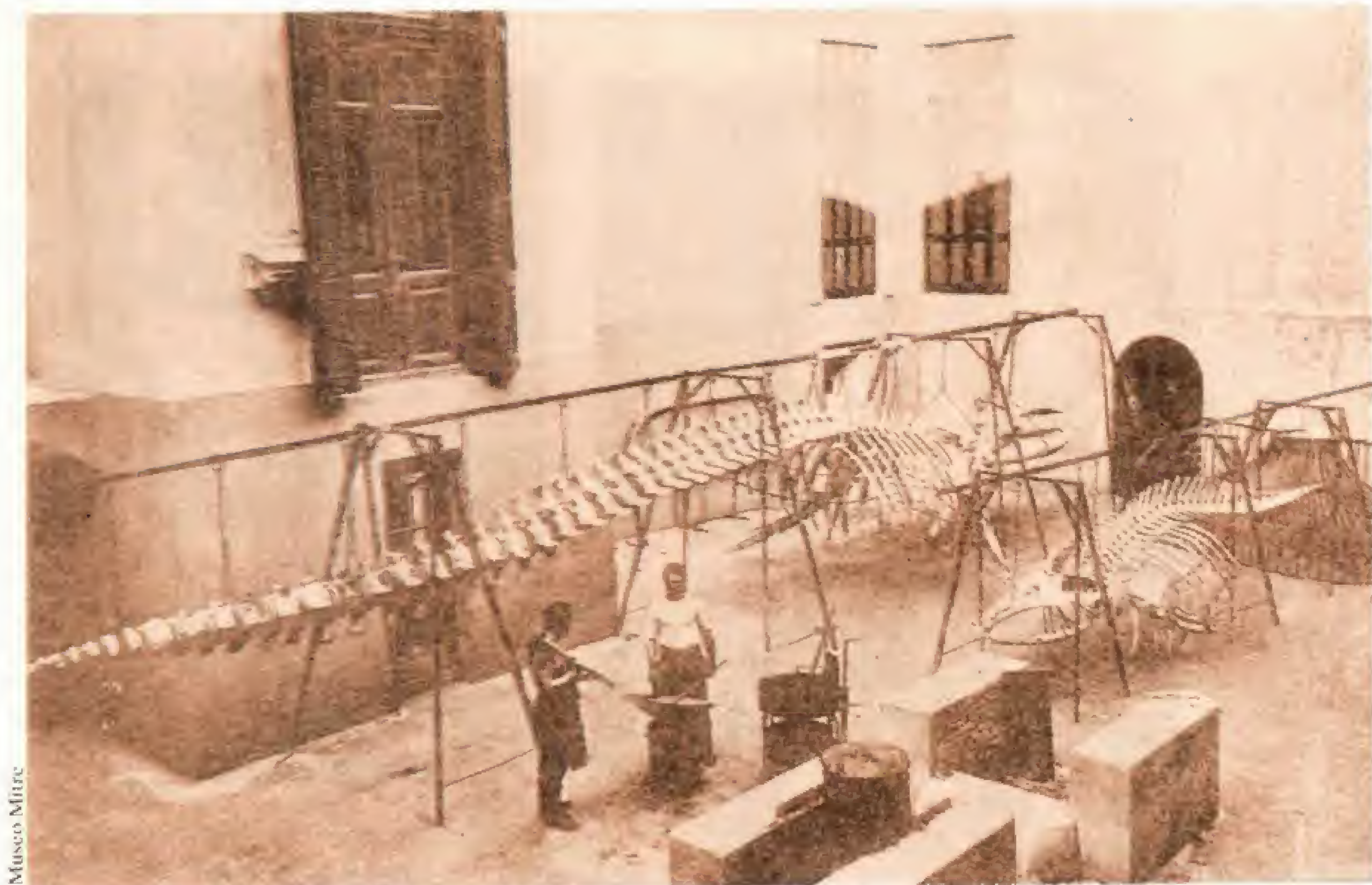


Museo Mitre

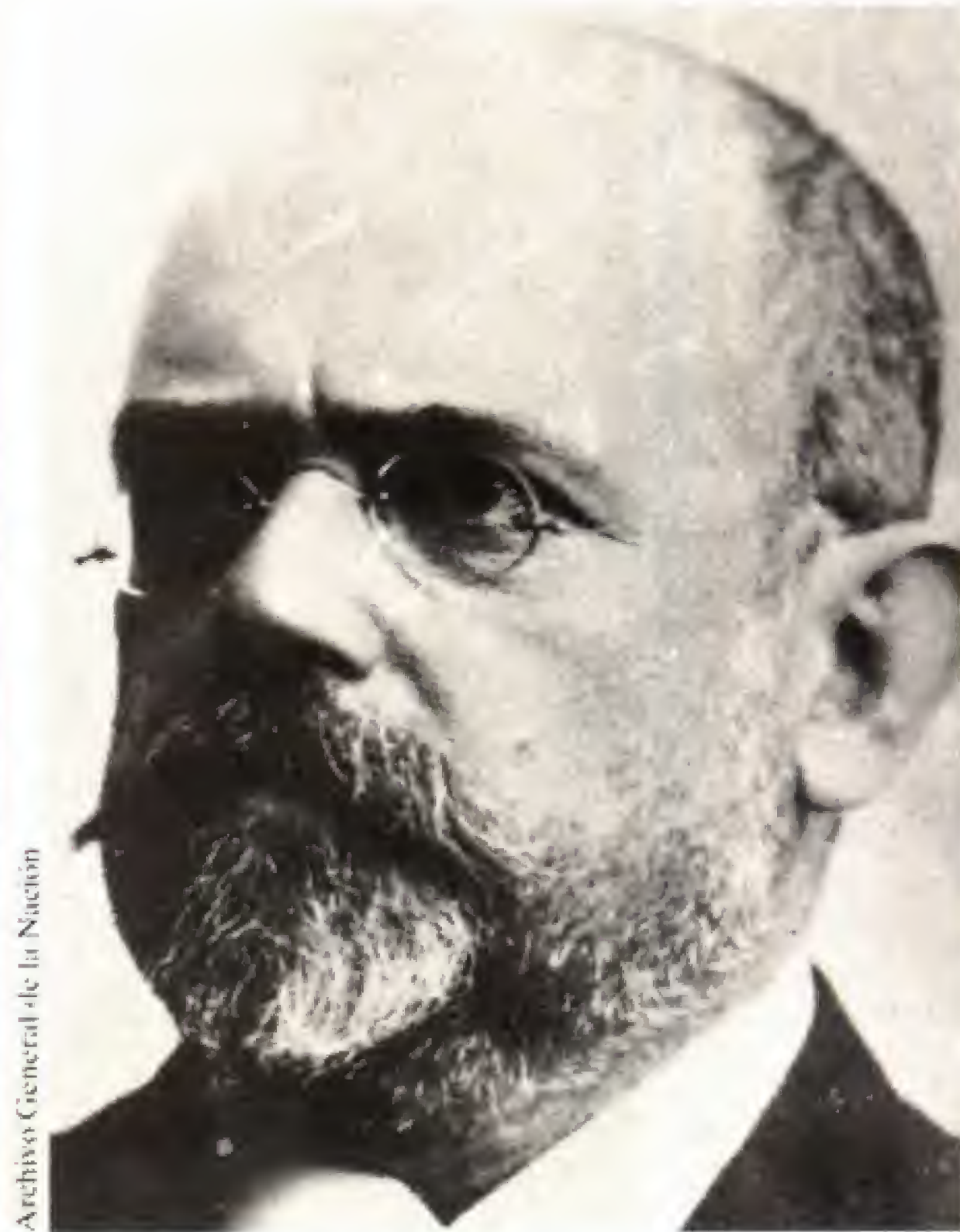
12

Sala taller del Museo de La Plata en 1888
(abajo, izquierda) fotografiada para
la Revista del Museo que dirigía
Francisco P. Moreno (abajo, derecha).
Pie de página: imagen del libro Apuntes
preliminares sobre una excursión a los
territorios de Neuquén, Río Negro,
Santa Cruz y Chubut, del Perito Moreno.
Viñeta: aviso de El Mosquito, 1888.

17



Museo Mitre



Archivo General de la Nación



Museo Mitre

Guillermo Rawson (abajo, izquierda), eminente médico higienista, profesor universitario y legislador, y José María Ramos Mejía (abajo, derecha), el verdadero creador de la enseñanza de la psiquiatría en el país.

Pie de página: fachada de la Facultad de Ciencias Médicas, ubicada en la calle Comercio desde el año 1886.

Anuario de ese importante centro. Por su parte, el doctor José Arce, en su *Historia de la cirugía argentina*, publicada en 1967, destaca un hecho ocurrido en 1889 que abrió un nuevo panorama en la medicina de nuestro país: la conferencia dictada por el doctor Juan B. Justo en el Círculo Médico Argentino preconizando el establecimiento de la asepsia en las prácticas quirúrgicas. El futuro fundador del Partido Socialista había realizado un largo viaje de estudios por Europa, y advirtió que la etapa de la antisepsia estaba superada por esta otra que permitía nuevos y audaces procedimientos de cirugía. Pocos meses más tarde, en el Hospital de Clínicas se realizó con éxito la operación de un quiste hidatídico de cerebro, utilizando las técnicas difundidas por Justo. Un par de años antes, el doctor Teófilo Susini había fundado el Instituto de Patología en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Pero la tendencia de los estudios médicos de la década de 1880 giró en torno de los temas de higiene sobre los cuales había llamado la atención Guillermo Rawson. Sus seguidores -Pirovano, Wilde, Gutiérrez, Argerich, Podestá, Ramos Mejía y otros- se interesaron por los problemas patológicos, físicos y mentales derivados de la falta de asistencia pública, la miseria de los sectores marginales, el hacinamiento de los conventillos, la prostitución, el delito, la locura. Muchos de ellos eran políticos o habían pasado por la política, de modo que la temática que manejaban excedía el puro interés científico para pasar a formar parte de los problemas que preocupaban a algunos gobernantes y pensadores. El mismo proceso llevaría a José María Ramos Mejía a incursionar en el campo historiográfico con obras como *Las neurosis de los hombres célebres* y *Las multitudes argentinas*, discutibles en sus interpretaciones, pero originales en cuanto a que piden prestada a la psiquiatría y la psicopatología ciertas ayudas para descubrir claves del comportamiento de personajes que han sido protagonistas de nuestro pasado.

Recordando una frase de Charles Morazé, Marcelo Montserrat dice que, en 1870 y en los años subsiguientes, tener espíritu científico, ser positivo, equivalía



Archivo General de la Nación

Algunas esquematizaciones sobre la generación del 80

Aunque las llamadas «generaciones» históricas o artísticas suponen una compartida escala de valores, conviene no convertirla en rase-ro nivelador de toda diferenciación individual. Burckhardt prevenía contra los simplificadores, causantes de las catástrofes del siglo XX, y señalaba que las simplificaciones empiezan sobre la historia y luego se proyectan sobre el presente, que no es sino una etapa de la gran aventura humana. Las dos generaciones decisivas en nuestra configuración nacional -la del treinta y siete y la del ochenta- han sido objeto de esquematizaciones por parte de liberales y revisionistas, de ortodoxos y disidentes, de progresistas y tradicionalistas.

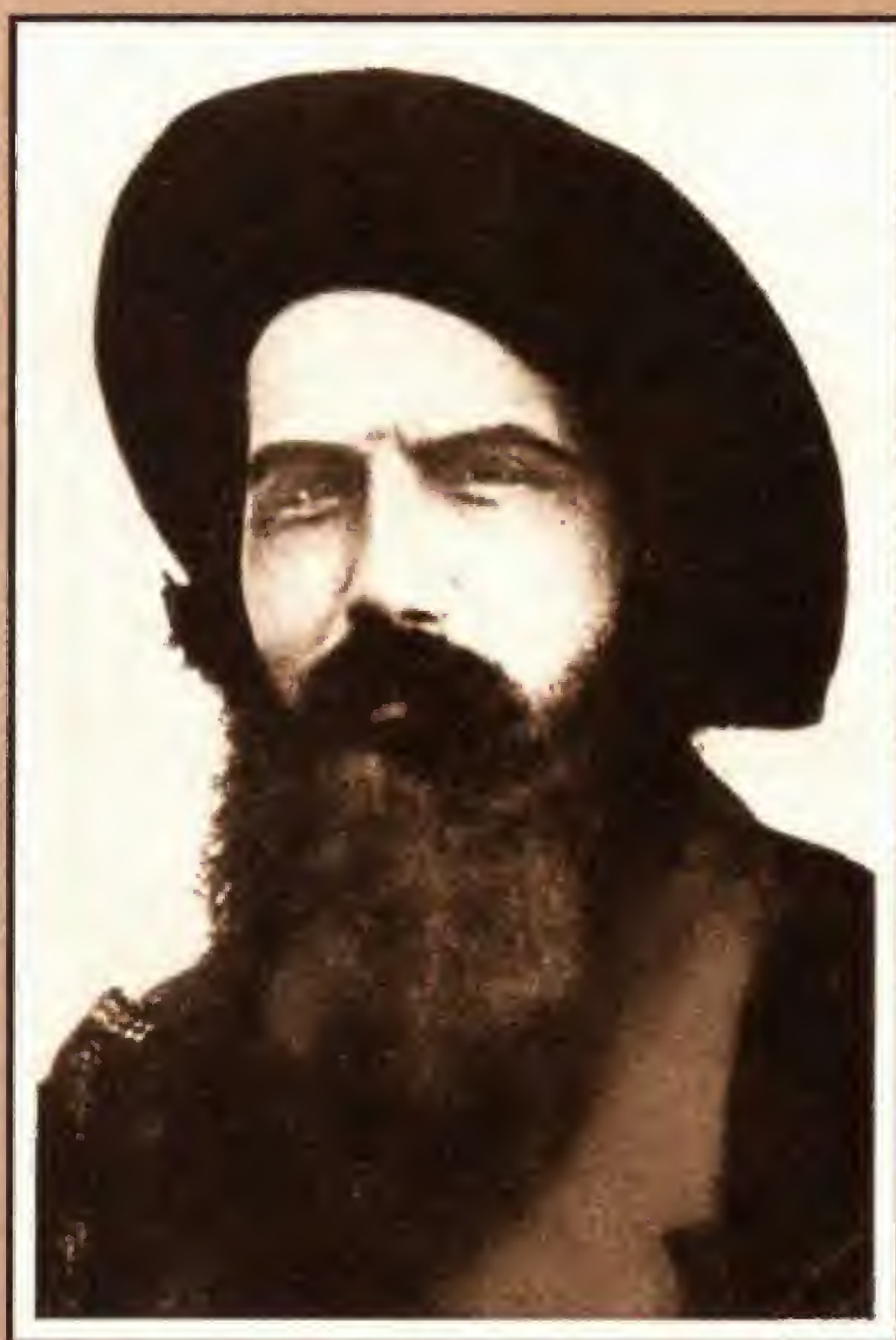
A partir del ochenta, no quedó sector de la vida sin ser sacudido por nuevos estímulos, desde la educación al arte, desde las instituciones a las modas, de la vida familiar a la actividad en clubes o círculos cívicos o confesionales (o ambas cosas). Pero el rasgo saliente fue su espíritu dialéctico, su afición al intercambio de opiniones, sea en el debate parlamentario o en la *causerie* de la tertulia.

Se ha tildado a la generación de europeizante. Pero tras su cosmopolitismo se discierne un entrañable amor por la tierra natal (Mansilla, Lucio V. López). Existió adhesión al naturalismo de Zola, pero la novela (Cambaceres, Martel, Sicardi) no fue un dócil remedo de postulados científicos ni de la ley de la herencia. Ciertamente fueron injustos con el gauchismo (desdén por el *Martín Fierro*), pero también censuraron la inmigración masiva que menoscababa las esencias nacionales. Se habla

de su descreimiento religioso, por haberse entonces sancionado la educación laica y el registro y matrimonio civil. Pero existía en muchos un deísmo, quizá no ajustado a dogmas, pero sincero y vivencial. En Wilde y Cané se percibe cierta nostalgia de Dios, así como en Estrada y Goyena hay fervorosa adhesión a la libertad de la mente. A un siglo, luego de experiencias de logros y claudicaciones, de resplandores y tinieblas, vemos el aporte generacional del ochenta principalmente en su pluralismo y en su imbatible defensa de la libertad del ciudadano y del hombre ■

Delfín Leocadio Garasa

Doctor en Filosofía y Letras. Profesor titular en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Autor de *Los géneros literarios y Literatura y sociología*.



Lucio V. Mansilla



Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

a definirse como evolucionista. Y agrega en una insuperable síntesis: «Desde los exclusivos clubes de la gente de pro, o aquellos comercios orgullosamente erigidos por inmigrantes bajo el rotundo nombre de «El Progreso», hasta las ediciones españolas de Francisco Sempere, fundadas en Valencia con el patrocinio de Blasco Ibáñez y que tanto harían por la difusión del evolucionismo haeckeliano en las filas del anarquismo; desde el Jardín Zoológico porteño que dirigiera celosamente Holmberg entre 1888 y 1903, ganándose el afecto popular y las tapas de *Caras y Caretas*, hasta aquella *Verbena de la Paloma* que haría furor en el Buenos Aires del novecientos y que proclamaba con madrileño gracejo que «hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad»; desde la Escuela Normal de Paraná, foco



Otros dos médicos ilustres: Eduardo Wilde (pág. 120, arriba), también escritor, ministro y diplomático, e Ignacio Pirovano (izquierda), uno de los grandes cirujanos argentinos, en cuya cátedra de clínica quirúrgica se formaron los mejores especialistas del país. En el centro: fotografía de la cocina del Hospital de Dementes.



de expansión de las nuevas ideas con Jorge Stearns, Pedro Scalabrini y Alfredo Ferreira, hasta los "cordobeses germanosabios" como llamaba Gould a los profesores Lorentz, Doering y otros que acompañaron a Roca en su decisiva campaña al desierto; desde el atrevido impulso de Luis Jorge Fontana, colaborador de Burmeister y explorador intrépido del Gran Chaco, hasta el afán taxonómico del botánico Cristóbal M. Hicken, discípulo de Holmberg y fundador del "Darwinion", cuyo lema sería *In aggregatio evolutio maxima*, o los notables aportes de Miguel Lillo en Tucumán; desde las tierras del sur exploradas por el infatigable Perito Moreno o por Estanislao Zeballos, hasta el celeste hemisferio austral descripto por Gould en su *Uranometría argentina* (1879) y en los trabajos que llevó a cabo

La ciencia y la ideología del progreso

José Babini ha escrito, con razón, que «las primeras ciencias que en la Argentina se organizaron definitivamente fueron las ciencias naturales y la astronomía». Nos interesa mostrar cómo esa implantación respondió, en lo que a las ciencias naturales respecta, no sólo al desarrollo intrínseco de ese conjunto de disciplinas científicas, sino también a la fuerte impronta ideológica por ellas implicada.

Es éste un proceso donde las ideas y la realidad mantienen una notable analogía. Si la astronomía significó, con Gould y el Observatorio de Córdoba, una poderosa cuña secularizante -o así, por lo menos, lo pretendió Sarmiento-, la biología se prestó a otorgar, a través del evolucionismo, una legitimidad racional a los impulsos culturales de la generación del ochenta. Es nada menos que una ideología del progreso la que busca su validación científica a través del bautismo transformista, una convicción tanto más ardiente cuanto irracional, pues hunde parcialmente sus raíces en los intereses políticos de una suerte de nueva «burguesía conquistadora», para emplear la expresión de Charles Morazé.

Los actores juegan su papel con sincera pasión en este drama indeciso de la formación de la Argentina moderna. «La ley del progreso tiene que verificarse forzosamente; y el progreso está en todo... La Historia Natural y la Biología, cómo no han de estar en contradicción con las creencias...», afirma Eduardo Wilde. Holmberg escribe con irrefrenable optimismo: «Nuestra generación es la destinada a dar impulso a la siguiente, porque

realizaremos una opinión manifestada por Alberdi hace unos treinta años: "Naturalistas, ingenieros, mecánicos...eso es lo que necesita la República Argentina."»

A partir, pues, de Alberdi y Sarmiento, hombres de la generación anterior y de una formación intelectual distinta, en el ochenta el evolucionismo -sobre todo en su clave spenceriana- se constituirá, no sólo en una teoría científica inédita, sino también en una pujante ideología de cambio sociocultural.

Montada sobre la biología transformista, la ideología progresista del ochenta pretenderá hallar una formulación legitimada por la ciencia moderna, y precisamente por ello casi todo nuestro positivismo científico aparecerá «no como una conceptualización filosófica erigida sobre las conclusiones de la física o de la matemática, sino como la hipóstasis de los datos de la biología», según señala Ricaurte Soler. Una de las consecuencias más sugestivas de este proceso será la tentativa de aplicar el modelo biológico a la realidad histórico-social, lo que originará un «darwinismo social» de signo curiosamente ambivalente, un biologismo social que se desplegará incluso más allá del ochenta, hasta el Centenario, momento en que algunas ilusiones del progreso comenzarán a mostrar su torva faz ■

Marcelo Montserrat

Abogado e historiador. Profesor titular de Introducción a la Historia y de Historia Política del Siglo XX en la Universidad de Belgrano. Miembro del grupo argentino de Historia de las Ciencias.

La casa de aislamiento para enfermos infectocontagiosos (abajo) fue creada por iniciativa del doctor Emilio Coni. En los años ochenta se inauguraron numerosos hospitales: el de Clínicas, el San Roque, el de Inválidos (luego Rawson), el Militar, la Asistencia Pública. Otros, como el de Dementes (pie de página), fueron remodelados.



Biblioteca Municipal Manuel Galvez



Biblioteca Municipal Manuel Galvez

hasta su regreso a los Estados Unidos en 1885; en todas estas vigorosas expresiones y en muchas más se expresará hondamente, más allá de las palabras, la fe positiva en el progreso evolutivo.»

Las letras: entre la nostalgia y la denuncia

En la década de 1880 la expresión literaria fue rica y variada, y tradujo preocupaciones de diferente signo. Pero antes de analizar el campo de las letras hay que señalar la numerosa producción historiográfica de esos años, disciplina que está a caballo entre la ciencia y las letras.

Bartolomé Mitre publicó en 1887 su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, una ingente obra centrada en la figura del Libertador. La había comenzado en 1875, en momentos en que era juzgado por un consejo de guerra con motivo del alzamiento del año anterior, en el que había encabezado a las fuerzas revolucionarias que, al ser rechazados los diputados mitristas, se levantaron contra la alianza de Alsina y Avellaneda. Una ley promulgada por Roca hizo posible la edición: ¡todo un signo de la época! Coherente con su propia trayectoria, Mitre trataba de dibujar una imagen del pasado nacional ensamblada con la ideología de los organizadores del país y que, además, presentara a los nuevos argentinos -los inmigrantes y sus hijos- una versión histórica que los hiciera sentir partícipes de una evolución que, después de sobrellevar anarquías, tiranías y enfrentamientos, culminaba ahora con una realidad promisorio de libertad y progreso. Más documentada y orgánica que su anterior obra sobre Belgrano, consagró definitivamente a Mitre como el primer historiador argentino.

El mismo año de la publicación del libro de Mitre apareció el primer intento de revisión histórica: la obra de Adolfo Saldías sobre Rosas que, en ediciones posteriores, llevó el título de *Historia de la Confederación Argentina*. Sin enfrentar el estereotipo que pesaba sobre la imagen histórica del Restaurador, Saldías trató de enjuiciar con imparcialidad los saldos de su actuación. Y aunque su contribución fue criticada -incluso por Mitre-



Los trabajos de planificación para la provisión de agua a Buenos Aires cobraron impulso en 1866. Las primeras obras se inauguraron en 1874; a partir de 1880, con la federalización de la ciudad, fueron encarados los proyectos definitivos de los servicios sanitarios. La fotografía data de 1871. Viñeta: logotipo de El Mosquito.

como una solapada justificación de la tiranía, la suma de documentación aportada por Saldías -Manuelita Rosas le había suministrado los papeles que su padre había llevado al exilio- dio a la *Historia de la Confederación Argentina* el carácter de una obra de consulta imprescindible.

De menor importancia fueron los cinco tomos de la *Historia argentina* de Mariano Pelliza (1888) y *El federalismo argentino* de Francisco Ramos Mejía (1887), que de todos modos significaron la preocupación de los hombres representativos de la época por la evocación científica del pasado nacional.

Esta preocupación puede conectarse con una de las líneas temáticas de las letras argentinas durante la década de 1880. Pues un análisis de la producción literaria de aquellos años evidencia que existieron tres grandes corrientes que, en lo formal y en el contenido, expresaron el pensamiento y las modalidades peculiares de la literatura de los hombres del ochenta.

Una de estas líneas fue, sin duda, la nostalgia. En un momento de espectaculares transformaciones, muchos escritores volvieron la vista hacia atrás para rescatar -o idealizar- el país de antaño, cuando Buenos Aires era todavía una «gran aldea»,

cuando la «juvenilia» del colegio nacional hacía sus travesuras, cuando la «tradición nacional» no sufría el embate del cosmopolitismo. Las palabras destacadas con comillas son los títulos más representativos de esta tendencia: el de Lucio V. López (1884), que reconstruye la ciudad porteña veinte años atrás; el de Miguel Cané (1884), que evoca la estudiantina de la misma época, y el de Joaquín V. González (1888), que abrió el interés del público por los aspectos costumbristas y folklóricos de la realidad argentina.

No fueron éstas las únicas expresiones de la nostalgia. En esta misma categoría po-



Abajo y centro: las obras de salubridad encaradas por el gobierno daban lugar a chistes como el de El Mosquito. El texto decía: «Inocente entretenimiento de los infelices que anhelan ver cambiado lo que siempre será una quimera. No habiendo querido reñir los gallos, los susodichos pasan a otra diversión, que es para ellos un nuevo fracaso.»

Lucio V. López (al pie, izquierda) fue el autor de una de las novelas más importantes del ochenta: La gran aldea. Miguel Cané (al pie, derecha), fotografiado en 1868, cuando estudiaba en el Colegio Nacional de Buenos Aires, época que recordaría en su libro más famoso: Juvenilla. Página 125: Bartolomé Mitre.

demostramos inscribir las *Memorias de un viejo* de Víctor Gálvez (Vicente G. Quesada), que, publicadas en tres tomos, aparecieron en 1889, y en las que se reunían recuerdos de la época de la Confederación y de los años posteriores, contados con gracia y ternura; y las *Tradiciones de Buenos Aires* que Pastor S. Obligado empezó a publicar en 1888, muy en el estilo de Ricardo Palma. Menos nostálgicas pero siempre con la intención de revalorizar una vertiente nacional olvidada o subestimada, son las tres obras de Estanislao Zeballos: *Callvucurá o la dinastía de los Piedra* (1884), *Painé y la dinastía de los Zorros* (1886) y *Relmu, reina de los Pinares* (1888), constituyen una estilizada saga indigenista. El prolífico Zeballos también publicó, al mismo tiempo, dos obras fundamentales sobre la Argentina rural: *Viaje a la región del trigo*, en 1883, y *Viaje a través de las cabañas*, en 1888, de lectura indispensable para entender la transformación del país en sus sectores agropecuarios, y que formaban parte de la *Descripción amena de la República Argentina*, que se iniciaba con *La conquista de quince mil leguas*.

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

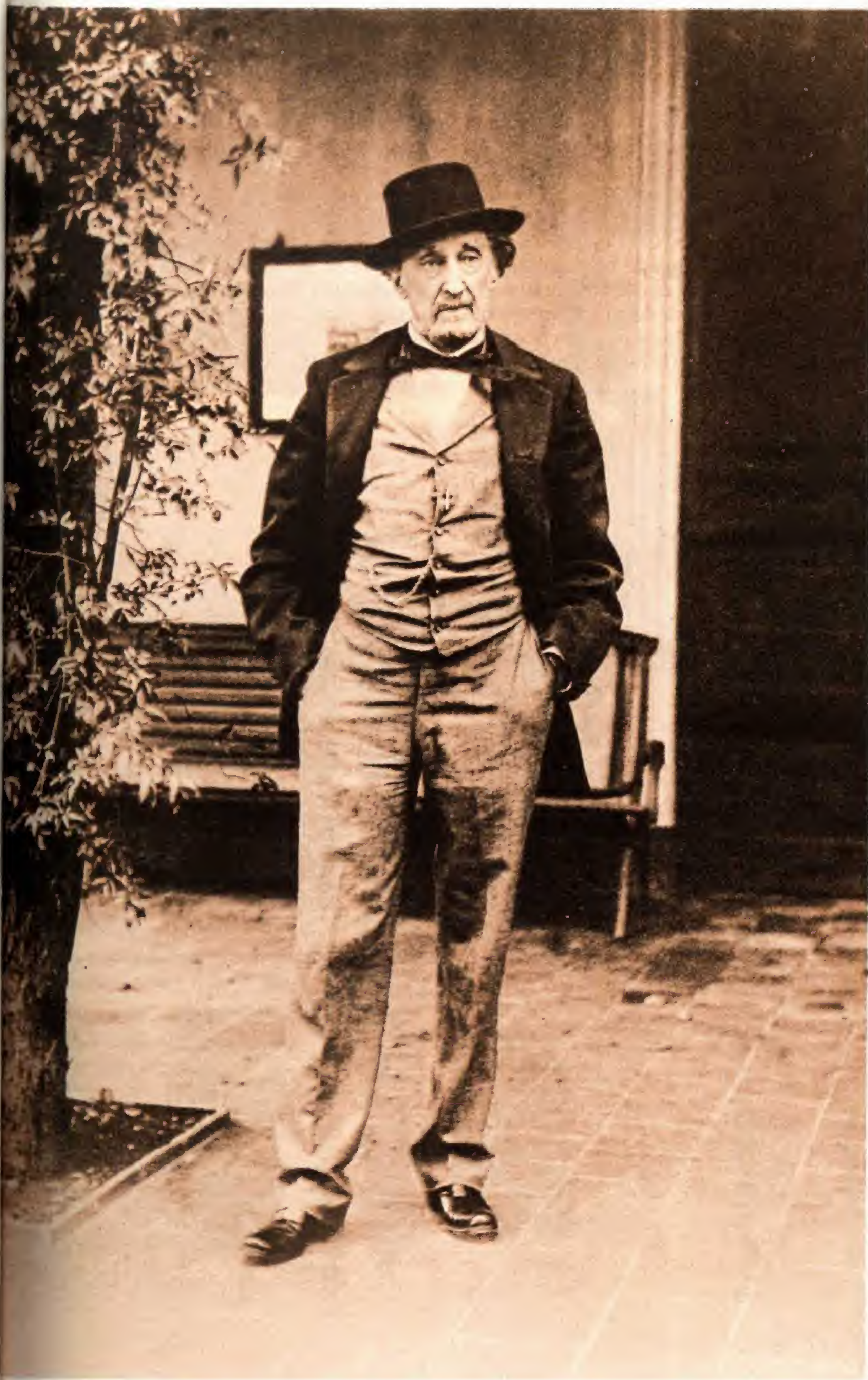


Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación





un poco de buena voluntad- Roberto J. Payró en sus libros iniciales (*Scripta*, 1887, y *Novela y fantasía*, 1888). El profesor Enrique Anderson Imbert dice que «además de escépticos, los hombres del ochenta eran irónicos, humoristas, si no siempre en sus escritos públicos, por lo menos en su conversación, en tertulias domésticas y en los elegantes Club del Progreso, Jockey Club y Círculo de Armas. Este arte de la conversación se manifestaba también en los géneros fragmentarios que preferían: la epístola, el artículo suelto, la anécdota, el cuento, el cuadro costumbrista, el ensayo, el diario íntimo.»

Y, generalmente, escribían mejor que los representantes de la tercera línea, la que podríamos llamar del rechazo o la denuncia. ¿Rechazo de qué? Del país que se estaba construyendo, con elementos muy diferentes a los que habían soñado los organizadores. ¿Denuncia de qué? De una realidad que, a juicio de los denunciantes, presentaba aspectos negativos, siniestros, cuya prevalencia podía llegar a ser catastrófica.

Los testigos molestos

Eugenio Cambaceres, Manuel T. Podestá, Antonio Argerich, fueron los testigos molestos de un desarrollo que, en general, se aplaudía. Pero el gran testigo, el hombre del rechazo y la denuncia, fue, paradójicamente, un viejo que durante toda su vida había postulado aquello que ahora se concretaba: Sarmiento, quien en 1888, con la publicación de *Condición del extranjero en América* (recopilación de artículos difundidos a lo largo de los tres años anteriores), invalidó ese aluvión inmigratorio que él y Alberdi habían postulado y que ahora aparecía como una inquietante deformación. Los organizadores habían anhelado aportes de razas rubias, disciplinadas y «mecánicas». Y resultaba ahora que sobre el puerto se volcaban semanalmente enormes contingentes de italianos meridionales desclasados, españoles analfabetos, europeos de regiones orientales, «turcos», «rusos», una fauna incomprensible, enigmática, difícilmente asimilable, la hez del Viejo Mundo...



La Bolsa de Buenos Aires (abajo), cuya quiebra dio origen a una serie de novelas que integraron el llamado «ciclo de la Bolsa». Página 127, arriba, de izquierda a derecha: el historiador y sociólogo Ernesto Quesada, el novelista Eugenio Cambaceres y el estadista y escritor Domingo Sarmiento. Al centro: Carlos María Ocantos (de pie, en el medio) con un grupo de amigos.

Y Sarmiento reacciona entonces a su modo, fulminando esta invasión y evidenciando, incluso, cierto antisemitismo que no era sino un celoso cuidado por el destino de su patria. Fue su último rugido: murió ese mismo año, en Asunción.

Los recelos de Sarmiento fueron recogidos por voceros menos notorios -e, indudablemente, menos talentosos. En general, tales prejuicios se expresaron en forma de novelas, de las cuales las de Eugenio Cambaceres son las más significativas. *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885), *En la sangre* (1887), no se refieren solamente al tema de la inmigración, pero manifiestan un rechazo del país tal como se está modelando, en el que también está incluido el del inmigrante, el de la degradación de los valores morales: «Un hombre, una fortuna, oro, eso bastaba, eso abría de par en par todas las puertas, daba todo.» (*Sin rumbo*). De algún modo también evidenciaban la alarma de la burguesía -a la que pertenecía el autor- ante ese incontrolable movimiento que trastocaba el país que, hasta entonces, había sido manejado como propio. Luego, a partir de 1880, esta línea se continuará con la «saga de la Bolsa», las diversas novelas que describieron el ambiente febril y maniático de la especulación que precedió a la crisis de 1890, como *La Bolsa*, de Julián Martel, *Quilito*, de Carlos María Ocantos y *Horas de fiebre*, de Segundo Villafañe.

Por supuesto, las tres líneas temáticas que hemos señalado no agotan toda la producción literaria de la década de 1880, y hay obras difícilmente encasillables: por ejemplo, *Fruto vedado* (1884) de Paul Groussac, novela (¿autobiográfica?) en la que se desarrolla el argumento del adulterio y de la escisión psíquica de su protagonista, un francés radicado en la Argentina, como el autor. O la *Geografía de la República Argentina* de Francisco Latzina (1887) que, por el cariño que su autor evidencia por su país de adopción y por la suma de informaciones, que excede la de un simple catálogo de lugares, es algo más que un atlas geográfico.

Un país en busca de sí mismo

Si intentáramos definir sintéticamente el significado de la actividad científica y literaria de la década que se inicia en 1880, diríamos que ella manifiesta el anhelo de una nación joven por encontrarse a sí misma. Hay una ansiedad por catalogar la realidad, encontrar los mejores modos de explotar sus recursos naturales y optimizar el uso de los humanos. Y un vehemente deseo de encontrar bases de sustentación -a veces en el pasado, a veces en la irritada descripción de la realidad- para una comunidad que bruscamente se ha encontrado con el mundo. La condición



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Hemos mencionado a Manuel T. Podestá y a Antonio Argerich: ambos, en la misma línea de Cambaceres, reproducen una temática más o menos similar con *Irresponsables* (1889) e *¿Inocentes o culpables?* (1884), respectivamente. La novedad -relativa- de estos autores es la inclusión de un elemento biologista en sus novelas. Si antes los voceros de esa misma clase social echaban la culpa al criollo de todo lo que pasaba, ahora trasladan su fastidio al extranjero, aparentemente signado por fatalidades biológicas, lombrosianas, que lo condenarían al crimen o la marginación. En estas y otras novelas de la época se percibe, por otra parte, la poderosa influencia de Emile Zola, traducida en una intención «realista» que, al menos, ha hecho que perduren por sus datos testimoniales.



Mitre: sus estudios históricos

Los estudios históricos se vieron enriquecidos en la época de Juárez Celman con aportes de singular importancia. Después de publicada la biografía del creador de la bandera, que en sucesivas ediciones se fue convirtiendo en la *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, el general Mitre centró su atención en la figura de San Martín. El prólogo de la nueva obra fue escrito en la cárcel de Luján, donde Mitre se encontraba recluido después del fracaso de la revolución de 1874. Distintas monografías sobre temas sanmartinianos vinieron más tarde, hasta que la ley 1827, promulgada por Roca en las postrimerías de su primera presidencia, dio apoyo económico a la aparición del libro que, bajo el título

de *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, vio la luz en diciembre de 1887. [...] Como diría otro presidente militar, décadas más tarde (el general Agustín P. Justo en el prólogo de la edición ordenada por el Congreso de las *Obras completas* de Mitre), en ese momento "Mitre está en la plenitud de su capacidad y en la madurez de su talento. Diez mil documentos, casi totalmente inéditos, han pasado por sus manos para escribir esta obra"...» (Gustavo Ferrari, *Apogeo y crisis del liberalismo, 1886-1890*, Buenos Aires, 1978) ■

Abajo: Eduardo Gutiérrez (de pie, segundo desde la derecha), el popular autor de Juan Moreira y Juan Cuello, junto a la iglesia de Flores, en 1885. Pie de página: J.M. Ocantos, autor de una de las novelas del «ciclo de la Bolsa», Quilito, fotografiado en Madrid, en compañía de su hermana.



Archivo General de la Nación

periférica de la Argentina ya ha terminado. Ahora el país recibe mensajes, ideas, hombres, mercaderías y capitales del exterior, y a la vez empieza a tener presencia universal. Los sectores dirigentes se encuentran desgarrados entre la aceptación de esta realidad o su propósito de conservar el control. A la vez -o por eso mismo- se enfatizan y estilizan aquellos elementos que constituyen un término de referencia nacional -la tradición, la historia, los recuerdos de los grandes viejos- para no naufragar en el hervor fecundo y mareante de ese caos... Es la misma intención que en esos años hace pintar a Cándido López escenas de la guerra de la Triple Alianza, e impulsa a otros artistas plásticos a reproducir hechos patrióticos o históricos -destaquemos que el escultor Francisco Cafferata fue el autor de la primera estatua argentina instalada en un lugar público: la del almirante Guillermo Brown, en Adrogué.



En esta búsqueda, muy pocos advirtieron la importancia de una pantomima que un circo italo-norteamericano representó en 1884. Se trataba de una versión de la novela *Juan Moreira* que su autor, Eduardo Gutiérrez, adaptó para el escenario del Teatro Politeama. Los cómicos no hablaban: toda la acción se representaba mediante la mímica, y esta mudez se compensaba con duelos criollos, cantos y danzas acompañados por conjuntos de guitarra, jinetes que entraban al recinto haciendo caracolear sus corceles... Dos años después, en Chivilcoy, el circo de Podestá convirtió la pantomima en teatro, con diálogos extraídos de la novela de Gutiérrez. En ese momento quedaba fundado un teatro «tosco, bárbaro pero original» -dice Anderson Imbert.

Entre las múltiples formas de la búsqueda de la identidad nacional, el arquetipo del gaucho perseguido por una autoridad injusta en complicidad con un gringo codicioso, habría de constituirse en símbolo. Símbolo del país que quedaba atrás; símbolo de la vocación de encontrar voces propias para expresar al que venía... ■

Archivo General de la Nación

2. Las polémicas educativas y religiosas

Lograda la organización nacional, la generación del ochenta debió abocarse a resolver cuestiones ideológicas hasta entonces postergadas, tales como la política a seguir en materia de educación popular. El aspecto religioso, tan estrechamente vinculado al tema educativo, originó una controversia muy áspera, en la que los católicos decían defender la libertad de conciencia contra los abusos del Estado, y los liberales proclamaban la defensa de los derechos individuales y las facultades del gobierno frente al poder eclesiástico. En 1884, la sanción de la ley 1420 terminó con la polémica. En esa materia, y en el terreno legislativo, habían ganado los partidarios de la laicidad.

En la década de 1880 se incorporó al quehacer político y gubernativo un brillante grupo de argentinos dispuesto a modernizar el país e insertarlo más plenamente en los circuitos mundiales de producción y consumo. En un marco definido por la capitalización de Buenos Aires y el robustecimiento del Estado nacional, este grupo utilizó los mecanismos del gobierno, el parlamento, las asociaciones y los clubs para ir definiendo las grandes líneas sobre las cuales la Argentina se desarrolló durante medio siglo.

Solucionado el último gran problema de la organización nacional, la llamada generación del 80 debió encarar ciertas cuestiones ideológicas cuyo debate se venía postergando, entre ellas la relacionada con la educación popular. Contaba para ello con una ventaja: todos o casi todos sus miembros tenían una formación universitaria, una clara vocación política y una gran confianza en la modernidad y el progreso; aceptaban, en general, la

ideología liberal como el *desideratum* de la política. Todos, además, veían con claridad la necesidad de tomar en cuenta ciertos datos insoslayables: la lenta incorporación de los inmigrantes a la vida del país y la extensión de los grandes debates nacionales a nuevas capas sociales, que comenzaban a conformar una opinión pública.

Sacristanes y comefrailes

Un análisis cuidadoso de la cuestión revela que las polémicas sobre temas religiosos y educativos que se suscitaron en nuestro país se correspondían con las que contemporáneamente tenían lugar en Francia, por lo que no puede desestimarse del todo la sospecha de que se tratase de una moda ideológica, un eco de las discusiones del viejo continente. Pero también hay que tener en cuenta que estas discusiones se inscribieron en un momento casi fundacional, cuando el Esta-

Una escuela del interior, en la época de las discusiones previas a la sanción de la ley 1420. La batalla entre católicos y liberales se libró en tres frentes: la Superintendencia de Educación, presidida por Sarmiento, el Congreso Pedagógico de 1882, y el Parlamento, con los violentos debates que se desarrollaron en 1883 y 1884.



Archivo General de la Nación

Abajo: escuela de San Francisco del Monte, en San Luis, donde Sarmiento comenzó a enseñar a los muchachos de la zona, al mismo tiempo que continuaba su educación junto a su tío, el presbítero José de Oro Albarracín.

Pie de página: comunidad franciscana de Salta; esta orden fue la primera que evangelizó en el Río de la Plata.



Archivo General de la Nación

do debía definir sus atribuciones frente a los poderes provinciales y en relación con la sociedad. En consecuencia, el tema de la educación y de la posición del Estado en materia religiosa no podía estar ausente de una problemática general que incluía aspectos tan importantes como la definición de los límites exteriores del país, la creación de una moneda con vigencia en todo el territorio y la jurisdicción del gobierno nacional sobre las regiones recién arrebatadas a los indios.

Era entonces inevitable que el problema educativo y el tema religioso, estrechamente vinculados, se plantearan en este momento. Hay que señalar que se trató de una controversia sumamente áspera: las heridas que abrió tardaron en cicatrizar. En la segunda década del siglo actual,



Archivo General de la Nación



El colegio de San José (abajo) fue fundado en Buenos Aires por el padre Barbé, en 1858. Otros famosos colegios del 80 eran el de Concepción del Uruguay, el de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, el Nacional de Corrientes y, en la Capital Federal, el Nacional y el del Salvador. Viñeta: caricatura de una maestra, según un dibujo de época.

Paul Groussac todavía relataba con acidez las alternativas de lo que seguía considerando como un «alzamiento clerical». Los católicos, vistos por sus adversarios como expresión retrógrada de una ideología de sacristía, acusaban a su vez de «comefrailes» y ateos a los partidarios de la educación laica.

En el plano formal, los católicos decían defender la libertad de conciencia contra los abusos del Estado. Los liberales, a su vez, proclamaban la defensa de los derechos individuales y las facultades del Estado frente al poder eclesiástico. Decía Juan Llerena en 1887: «Somos pueblos conservados en una infancia forzada por nuestros *soi-disants* tutores espirituales [...] ¿Cuál es la fuerza que mueve a otros pueblos, y cuáles las ligaduras que nos tie-

nen atados a nosotros? Indudablemente es la civilización, la luz, la ciencia, la libertad, la que impulsa a nuestros afortunados rivales [...] Indudablemente es la rutina, la superstición, las ideas viejas, la ignorancia, la que nos ata [...] Nuestros tutores espirituales, la curia y sus fieles ultramontanos, tienen miedo hasta de nuestros pensamientos; los norteamericanos, entre tanto, como los ingleses, como los alemanes, jamás tendrán lo suficiente [...] la población, la riqueza, el poder de los norteamericanos marcha a paso de gigante. ¿Quién podrá decir a ese coloso, detente? El mundo desea su prosperidad, porque lleva consigo la libertad, la industria, la riqueza.»

Hay mucho de Alberdi y de Sarmiento en este párrafo, pero también algo del evolu-

cionismo de Spencer, de las ideas sociales de Comte y, desde luego, del darwinismo en boga por entonces. Se trata de un pensamiento teóricamente progresista y no intervencionista; en la práctica, tiende al anticlericalismo y al monopolio educativo por parte del Estado. Por sobre todo, el laicismo reunía estas y otras tendencias en una común oposición a la injerencia de la Iglesia en los asuntos temporales.

Por su parte, los católicos, más homogéneos, pensaban que el liberalismo conllevaba una fatal tendencia a la disgregación de la familia argentina y al desorden resultante del ateísmo y la amoralidad. Veían en la educación religiosa un sólido cimiento de la sociedad, más necesario que nunca ante el aluvión inmigratorio, y valorizaban la tradicional religiosidad po-



La ley 1420

Transcribimos a continuación algunos de los artículos más destacables de la ley 1420.

Artículo 1°. La escuela primaria tiene por único objeto favorecer y dirigir simultáneamente el desarrollo moral, intelectual y físico de todo niño de seis a catorce años de edad.

Art. 2°. La instrucción primaria debe ser obligatoria, gratuita, gradual y dada conforme a los preceptos de la higiene.

Art. 3°. La obligación escolar comprende a todos los padres, tutores o encargados de los niños, dentro de la edad escolar establecida en el artículo primero.

Art. 4°. La obligación escolar puede cumplirse en las escuelas públicas, en las escuelas particulares o en el hogar de los niños; puede comprobarse por medio de certificados y examen; y exigirse su observancia por medio de amonestaciones y multas progresivas, sin perjuicio de emplear, en caso extremo, la fuerza pública para conducir a los niños a la escuela.

Art. 5°. La obligación escolar supone la existencia de la escuela pública gratuita al alcance de los niños en edad escolar. Con tal objeto, cada vecindario de mil a mil quinientos habitantes en las ciudades, o trescientos a quinientos habitantes en las colonias y territorios nacionales, constituirá un distrito escolar, con derecho, por lo menos, a una escuela pública donde se de en toda su extensión la enseñanza primaria que establece esta ley.

Art. 6°. El *mínimum* de instrucción obligatoria comprende las siguientes materias; lectura y escritura; aritmética (las cuatro primeras reglas de los números enteros y el conocimiento del sistema métrico decimal y la ley nacional de monedas, pesas y medidas); geografía particular de la Repú-

blica y nociones de historia general; idioma nacional; moral y urbanidad; nociones de higiene; nociones de ciencias matemáticas, físicas y naturales; nociones de dibujo y música vocal; gimnástica; y conocimiento de la Constitución Nacional.

Para las niñas será obligatorio, además, el conocimiento de las labores de manos y nociones de economía doméstica.

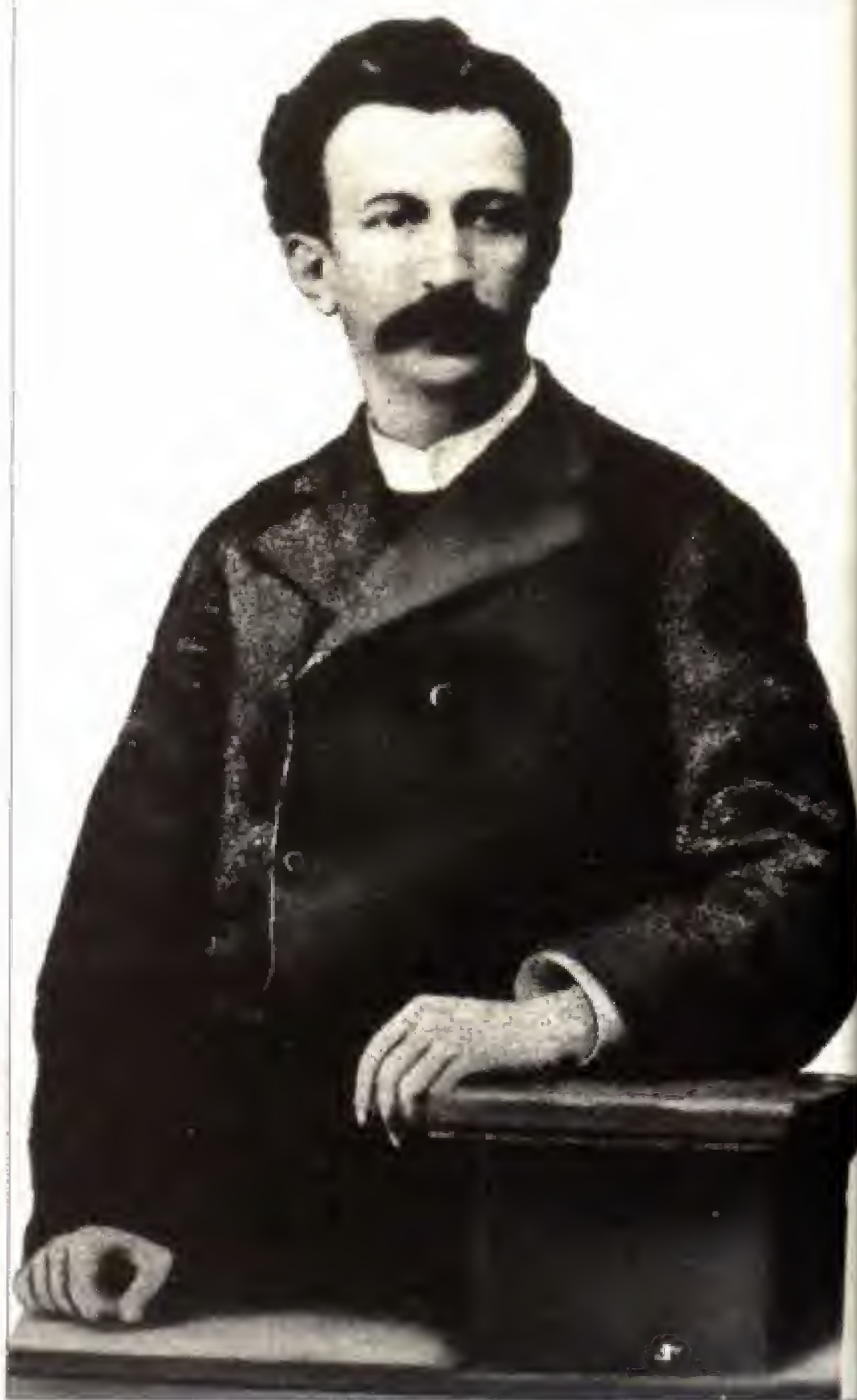
Para los varones el conocimiento de los ejercicios y evoluciones militares más sencillas; y en las campañas, nociones de agricultura y ganadería.

Art. 8°. La enseñanza religiosa sólo podrá ser dada, en las escuelas públicas, por los ministros de los diferentes cultos a los niños de su respectiva comunión, y antes o después de las horas de clase.

Art. 10°. La enseñanza primaria para los niños de seis a diez años de edad se dará preferentemente en clases mixtas, bajo la dirección exclusiva de maestras autorizadas ■



Escuela Graduada de Niñas, en Juncal y Libertad.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

pular en calidad de elemento formativo y vertebrador del que no podía prescindirse de ninguna manera.

El marco de la controversia estaba caracterizado por la presencia de un clero poco numeroso y de baja preparación cultural, que apenas alcanzaba a cumplir una función docente ante su grey. Por esta razón la posición católica se encontró, desde un comienzo, debilitada en el plano de los principios y los argumentos. Ya se verá que los líderes católicos, especialmente José Manuel Estrada y Pedro Goyena, lograron pese a todo sostener gallardamen-

Archivo General de la Nación

Dos de los más ardientes opositores al laicismo: José Manuel Estrada (izquierda) y Pedro Goyena (pág. 132, centro). Juntos fundaron en 1882 el diario *La Unión*, opositor al gobierno liberal. Abajo: el Colegio Nacional de Buenos Aires.



Archivo General de la Nación

te la lucha durante varios años, pero sin muchas perspectivas de triunfo a mediano plazo. A estas dos personalidades recordadas con simpatía por Groussac en *Los que pasaban* se sumaban Miguel Navarro Viola y Manuel D. Pizarro, ministro de Instrucción Pública de Roca. Del lado opuesto se encontraban Eduardo Wilde, también ministro del gobierno nacional, Onésimo Leguizamón y otras figuras, que rompían lanzas contra los «ultramontanos». Como ambos grupos tenían conciencia de la importancia de un periodismo combativo, procuraron poner diversos órganos de prensa al servi-

cio de sus respectivas posiciones: *La Tribuna*, *La Prensa*, *La República* y los diarios de diversas colectividades fueron liberales; la *Revista Argentina* en su segunda época, *La Unión* (desde 1882), redactado por Tristán Achával Rodríguez, Santiago de Estrada y Emilio Lamarca, y luego *La Voz de la Iglesia* defendieron la posición católica.

Así pues, las controversias no se plantearon en un plano puramente legislativo o académico: tuvieron el nervio y la vida de los grandes debates en los que interviene la opinión pública. Todavía hoy pueden

leerse las encendidas arengas, los artículos fervorosos en uno u otro sentido, no carentes en muchas oportunidades de ataques personales y de gruesas exageraciones, que fueron reflejo de una de las divisiones más profundas que en esa época sufrieron los argentinos.

Las grandes batallas

En la década de 1880, tres ámbitos constituyeron otros tantos campos de batalla para católicos y liberales: a) la Superintendencia de Educación, presidida por Sarmiento, quien se enfrentó al grupo católico encabezado por Navarro Viola; las disputas internas terminaron con la renuncia del sanjuanino y la salida de todos los miembros del organismo; b) el Congreso Pedagógico de 1882; c) los debates parlamentarios en torno de lo que se convirtió en ley 1420, en 1883 y 1884.

Pero estas batallas habían sido preanunciadas por escaramuzas que tuvieron lugar en las décadas anteriores. Así, las reformas introducidas en Santa Fe por el gobernador Nicasio Oroño en 1886, que incluían la institucionalización del matrimonio civil y que provocaron una protesta del episcopado argentino y una revolución que derrocó al gobernante innovador. Puede destacarse asimismo, como un antecedente que felizmente no se repitió, el ataque contra el Colegio del Salvador, perpetrado en 1875 por una turba incitada por la propaganda antijesuítica de algunas logias masónicas. En Córdoba, un centro tradicionalmente católico, se produjeron algunos sucesos que enfrentaron a católicos y liberales. Tal la carta pastoral del vicario Uladislao Castellanos (1880), que censuró la prédica anticlerical de algunos periódicos locales; la admonición fue criticada por los sectores liberales, que vieron en ella una injustificable injerencia eclesiástica en el terreno de la libertad de prensa. Precisamente en Córdoba, las reformas del gobernador Juárez Celman en materia de cementerios y registro civil, sustraídos a la jurisdicción eclesiástica, levantaron tormentas, al igual que la tesis del joven abogado Ramón J. Cárcano, que tuvo el atrevimiento de proponer la equipara-

A partir de su llegada a Buenos Aires, en el siglo XVII, los jesuitas instalaron establecimientos educativos en la llamada Manzana de las Luces. Fueron expulsados en 1767, y después de Caseros, vuellos definitivamente al país, abrieron el Colegio del Salvador, en la calle Callao.

ción de los derechos de los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos con los de los hijos legítimos.

Pero el meridiano de la polémica religiosa pasaba en este momento histórico por la educación, porque la nueva bandera de la fe positivista era la ciencia, esa ciencia que a través de la razón y la experiencia buscaba conciliar la felicidad social con la moralidad del individuo. Y, desde esta óptica, no podía haber ciencia fecunda si no se implementaba un sistema educativo liberado del oscurantismo y la superstición. Tal es la idea que informa la fundación de la Escuela de Paraná (1870), centro de irradiación que formará los planteles del magisterio y el profesorado con un sentido positivista, de libre examen y racionalismo. De Paraná saldrán maestros ilustres como Máximo Victorica, Alfredo Ferreira, Pedro Scalabrini, Carlos Vergara, Carlos Bassi y otros; en Paraná se irá creando el ambiente que habrá de prevalecer en el Congreso Pedagógico de 1882.

Esta reunión se realizó a raíz de una iniciativa que tuvo como vocero a Onésimo Leguizamón y que en 1881 fue recogida por el ministro Pizarro. Se trataba de organizar un amplio foro de discusión sobre problemas educativos de todo tipo, paralelamente a la realización de la Exposición Nacional de Artes e Industrias: en esos años, las exitosas exposiciones universales de Londres y París suscitaban émulos en todas partes, con las lógicas diferencias de escenario y espectacularidad. Para compensar el tono inevitablemente materialista de la exposición, se haría un congreso donde podría discutirse la temática educacional, que cada vez convocaba con mayor intensidad la atención de muy amplios sectores.

El Congreso Pedagógico inició sus sesiones el 10 de abril de 1882. Los diez días previstos para las sesiones se extendieron a casi un mes. Dada la asombrosa ausencia de Sarmiento, su presidente honorario, las sesiones fueron generalmente dirigidas por Leguizamón. Asistieron representantes de Brasil, Uruguay, los Estados Unidos y otros países americanos, además de los participantes argentinos, entre los que figuraban Francisco Berra, Paul Groussac, Miguel Navarro Viola, Cle-

mentina C. de Alió y otros. Hubo algún personaje estrafalario y no pocas medianías, pero en general las personalidades convocadas dieron un buen nivel a la asamblea; lo que hoy llamaríamos cobertura periodística fue excelente y mantuvo permanentemente informada a la opinión pública.

Se había convenido eliminar de las deliberaciones el tema de la enseñanza religiosa, en vista de la tensión existente al respecto. Sin embargo, las publicaciones y manifiestos de los liberales crearon en torno de la reunión una atmósfera que los

católicos consideraron intolerable, actitud que de algún modo parece justificarse si se leen panfletos como el titulado «¡Alerta, liberales!», que pone en marcha todo el arsenal anticlerical de la época, evocando sotanas y conventos jesuíticos que agobian a la República. El retiro de Estrada, Goyena, Van Gelderen y otros voceros católicos fue considerado por sus correligionarios como una digna actitud de protesta contra la presión moral a que eran sometidos; según sus adversarios, habían escapado de un debate que no pudieron enfrentar con argumentos. Sea como fuere, la ausencia de esas voces



Archivo General de la Nación

Caricatura de El Mosquito sobre las recolecciones de firmas para los petitorios católicos (abajo).

Pie de página: Nicasio Oroño (izquierda), «virtuoso republicano y activo contenedor del despotismo», y Eduardo Wilde (derecha), ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, ambos paladines del laicismo.

conspiró contra el pluralismo de la asamblea, aunque hay que señalar que los liberales no aprovecharon la situación para extremar sus tesis.

Dice Hugo Biagini que «la fracción ultracatólica, minoría dentro de la asamblea y entre la élite gobernante, pareció adueñarse de las más caras tesis liberales al sostener la subsidiariedad del Estado en materia educativa. Por su parte, los sectores liberales, confiados quizás en su poder de mando, abandonaban parcialmente el abstencionismo estatal y reconocían en el gobierno el único medio con suficien-

te autoridad como para armonizar la educación pública en un régimen republicano.»

El tema religioso, sin embargo, no agotó las preocupaciones del Congreso Pedagógico. Hubo una gran riqueza y amplitud en las ponencias que se discutieron, y es indudable que existió un clima abierto y democrático para todas las cuestiones que no rozaran el problema más urticante. Entre los trabajos dignos de destacar cabe recordar el titulado «Sistemas rentísticos escolares más convenientes para la Nación y para las Provincias», presentado

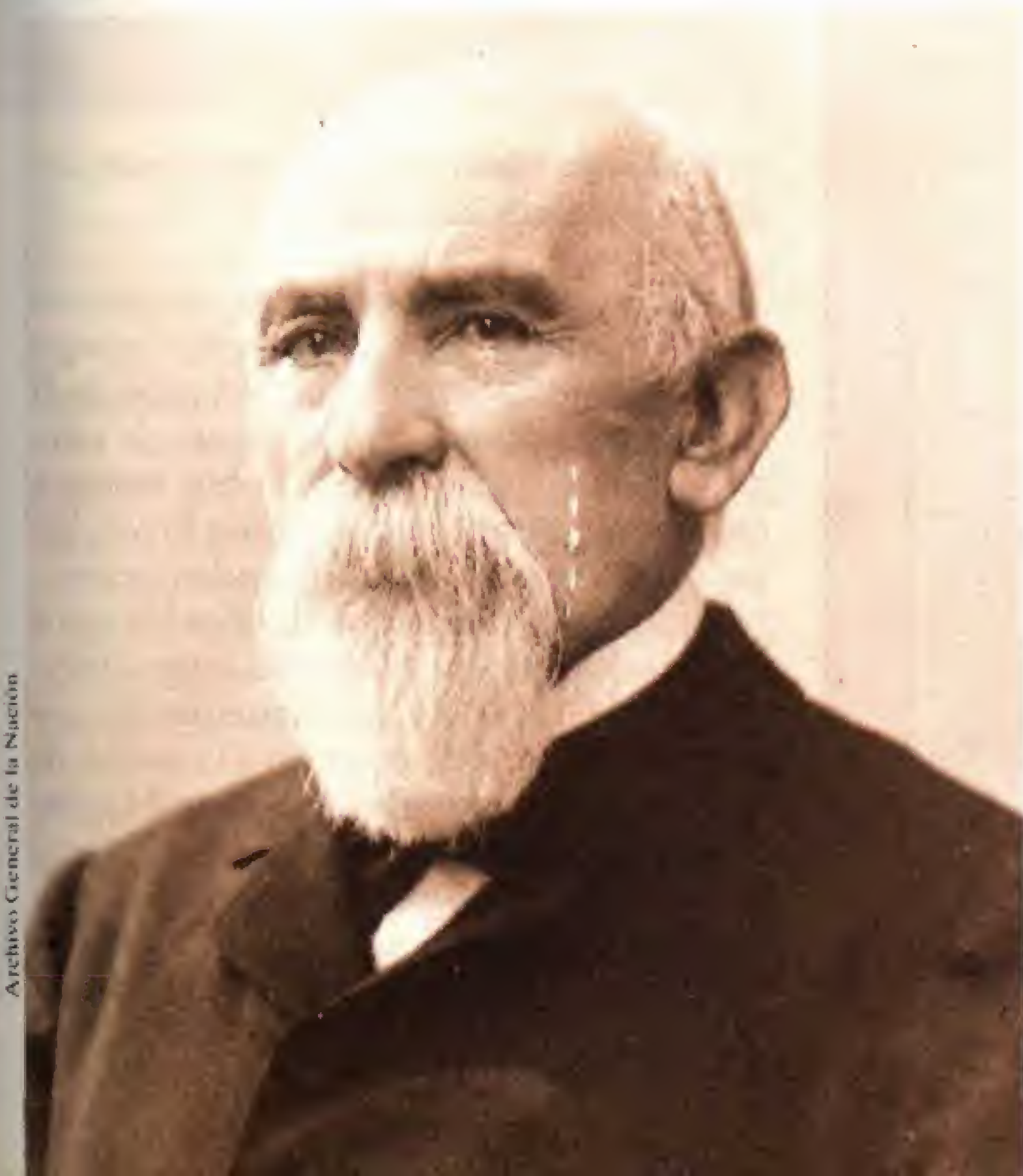
por José María Torres. Se habló de la profesión docente y su jerarquización. Se propició la educación mixta y se abogó por la supresión de los castigos corporales y los premios. Se debatió la educación del adulto y de la mujer, así como de los sordomudos y otros minusválidos. Se trató también el problema de la higiene -otra de las obsesiones de la época- y de los métodos y aplicaciones de la organización escolar. Se reclamó una pedagogía científica que comprendiera el desarrollo evolutivo de la mente infantil con el auxilio de la antropología, la psicología y la fisiología, a fin de elaborar una serie de



El Mosquito. 1888.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

La querrela ideológica

En los años ochenta del siglo pasado se produce una clara división política, una dura polémica ideológica y una difusa escisión de estilos y creencias.

Persisten las animosidades antihispánicas, pero se reconoce implícitamente la raíz española de muchos de nuestras formas de vida y tradiciones. Una época que contiene a la vez a Sarmiento, Avellaneda, Alberdi, Mitre, Roca, Goyena, Cané, Hernández y Estrada no es -no puede ser- un tiempo sin filigranas, sin fluctuaciones desconcertantes, y sin embargo con ciertos hilos conductores que unen a todos estos personajes tan disímiles.

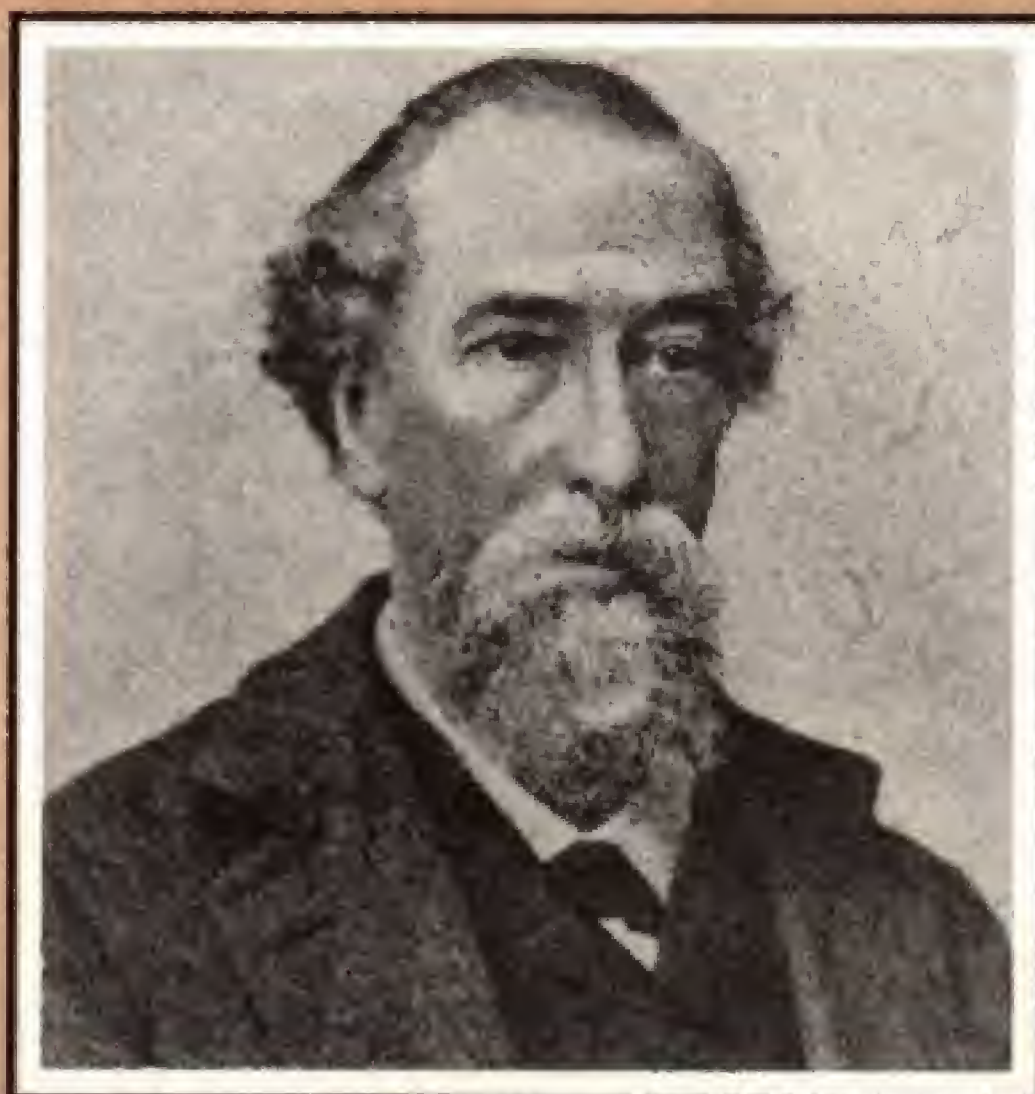
Hay en esto una mezcla de herencias españolas y francesas que merecen un análisis pormenorizado. Si la identidad hispánica es esencialmente una identidad polémica tanto en el plano político como en el religioso, lo mismo ocurre con la identidad argentina. Española asimismo en cuanto el liberalismo, un ingrediente fundamental del clima ideológico de la época y objeto de representaciones diversas, tenía origen nada menos que en la España de 1810; en ese momento, el fenómeno liberal, que en lo político había comenzado antes, fue impregnado por el liberalismo económico. Y francesa, en cuanto la pugna entre clericales y anticlericales -que arrastra a los argentinos de la época a discusiones apasionadas, pero con planteos no siempre sustantivos- es tributaria de la lucha escolar en Francia, asociada además con cierta tradición de la República. El debate aparece, pues, teñido por argumentos afrancesados, pero cabe preguntarse si el clima ideológico del ochenta tenía correspondencia ceñi-

da con el clima sociológico de una Argentina acostumbrada a la influencia política y moral de los hombres de Iglesia -pese al desdén que aún con cordialidad les demostraban sus adversarios-, pero también a la dependencia de la Iglesia católica respecto del Estado o a una cierta proclividad clerical que exhibían incluso anticlericales ideológicos.

La batalla en torno de la enseñanza, así como en la economía y en la política, sea en el ochenta o en otras épocas, hubiera sido y sería menos dura si el juego múltiple de las influencias fuera mejor percibido y el examen de la historia fuera menos condicionado por talantes ideológicos. Una aproximación con esas precauciones permitiría entender las consecuencias queridas y no queridas de un debate relevante, y de una buena ley, como lo fue la 1420 ■

Carlos Alberto Floria

Politicólogo, profesor de la Universidad de Belgrano y miembro del Consejo de Dirección de la revista *Criterio*. Autor de *El régimen militar*, *Reflexiones sobre la Argentina política* y *Pensar la República*.



Dr. Miguel Navarro Viola



Archivo General de la Nación

métodos de enseñanza que resultarán útiles en los casos patológicos.

También se discutieron los contenidos programáticos, en especial en el campo de la historia. Se pidió la inclusión de la instrucción cívica en los planes de estudio. Inclusive se avanzó sobre terrenos netamente económicos, como lo revelan las palabras de E. Herold, quien preguntaba: «¿No es cierto que si todos los niños de esta República pudieran estar educados en la creencia permanente de que ningún país puede estar en el camino de las riquezas nacionales [...] cuando manda sus productos crudos a otros países, para volver a comprar y traer todos, otra vez, manufacturados [...]; ¿no es cierto, repetimos, que enseñando esto haremos

Federico León Aneiros, sacerdote de destacada labor, llegó a recibir el palio arzobispal de Buenos Aires en 1873. En la fotografía lo rodean los obispos Juan Boneo, Mariano Espinosa, Ricardo Isasa y Uladislao Castellanos. Viñeta: retrato de un alumno distinguido, publicado en *La Ilustración Infantil*.



como simples maestros todo cuanto puede hacerse por el engrandecimiento de la República?» La voz de Groussac planteó dramáticamente el problema de la infancia que no acude a las escuelas: «Sobre una población infantil de 560 000 niños, no concurren eficazmente a la escuela sino 80 000, la séptima parte.» Agregó luego: «La República Argentina está, pues, en la situación de un padre de siete hijos que educa a uno rudimentariamente y deja a los otros seis en la más floreciente ignorancia...

El conjunto de declaraciones finales del Congreso Pedagógico sintetiza la opinión general de los participantes y transmite la impresión de una asamblea pluralista, participativa, con un temario abierto, ac-

La lucha por el progreso

Durante los años ochenta domina la creencia en la renovación de los procesos vitales: el universo entero y la Argentina muy en particular estaban llamados a un perfeccionamiento incontenible. Esa mística progresista se basaba en la idea de que, mediante reformas socioculturales e instrumentaciones tecnológicas, se barrería para siempre con todos los males de la humanidad. Como manifestación de esta ideología, una multitud se agolparía en el homenaje póstumo al evolucionista Charles Darwin tributado por el Círculo Médico.

Otros grupos, en nombre de la religión, de nociones absolutas, de las condenas pontificias al modernismo, se oponían a las ideas reformistas, al nuevo espíritu científico o a las obras de Zola. Pero en ningún momento dejaban de rendirle culto al progreso, «esa palabra que hierve y palpita en los labios de nuestra generación [...] palanca inmortal sobre cuyas alas han flotado sin saberlo las generaciones pasadas».

En la década en cuestión, tras el enfrentamiento por la federalización de Buenos Aires, se asiste a duras contiendas en torno a la educación, que decidirán el futuro de la enseñanza primaria y universitaria, a competencias líricas en los Juegos Florales o a debates sobre cuestiones más o menos especulativas como las de criollismo o clasicismo, pragmatismo o esteticismo, historiografía erudita o filosófica. También se abrieron significativas polémicas acerca de la condición del indígena o sobre la mujer y sus derechos ciudadanos.

El reverso del ochentismo argentino muestra algunos límites insalvables.

Al desmontar ese mecanismo de relojería -supuestamente regulado para siempre- se descubre que no marca el mismo tiempo para todos, pues existe una mayoría ajena al cuadrante del progreso, que debe sujetarse al sentir dominante sobre el agotamiento de los ciclos revolucionarios. Todo parece apuntar a una suerte de modernización epidérmica, en la cual tienden a imponerse el sufragio calificado o fraudulento, la primacía de «razas y doctrinas superiores», el desprecio por la masa nativa y extranjera, la exaltación de los grandes hombres, la concentración unilateral de tierras, la idealización del mercado mundial, la caída de los jornales.

Empero no faltan algunas voces discordantes, como la de José Hernández durante su actuación como legislador bonaerense, en la cual pueden atisbarse algunas propuestas democráticas, tendientes a que el progreso no se viabilizase en tan gran medida a costa de los menos pudientes. Algunas fracciones católicas, asimilando las reacomodaciones que en la Europa tutelar provocaba el temido avance del socialismo, se adelantan a las preocupaciones socioeconómicas de la encíclica *Rerum Novarum* y organizan en 1884 un congreso donde se expiden contra el hacinamiento o propugnan el feriado dominical y el salario mínimo vital ■

Hugo E. Biagini

Filósofo, director del Instituto de Investigaciones sobre Pensamiento Argentino y Americano. Autor de *Educación y progreso*.

Abajo: asistentes al Congreso Pedagógico que inició sus sesiones en abril de 1882, convocando representantes de Brasil, Uruguay y los Estados Unidos, entre otros países. Francisco Berra (pie de página, izquierda), uno de los primeros pedagogos argentinos, fue un activo participante del mismo.

tualizado y crítico. Al cerrar las sesiones, el ministro Wilde dijo que las discusiones, divulgadas por la prensa, habían convertido a la educación en una «pasión pública». Una pasión que, en lo que hace al problema religioso, no había encontrado todavía un cauce para hacerse efectiva, pero que habría de manifestarse muy pronto, al tratarse en el Congreso la ley que de alguna manera sintetizó el espíritu prevaleciente en la reunión pedagógica de 1882.

La ley 1420

La ley 1420 fue, según Carlos Alberto Floria, «la consecuencia de una mezcla desordenada de convicciones personales, de creencias vigentes en las élites gobernantes, de la obediencia complaciente hacia el poder, de la crítica sistemática de los católicos respecto de las ideologías dominantes y de factores genuinos que hacían necesaria una buena ley de organización y nacionalización de la escuela primaria».

Esto último se había convertido en una urgente necesidad desde que la provincia de Buenos Aires, después de la federalización, cediera a la Nación las escuelas de la ciudad capital. Las mismas siguieron rigiéndose provisoriamente por la ley de Educación Común de la provincia de Buenos Aires, sancionada en 1875, que además de incluir los principios de gratuidad y obligatoriedad, atribuía el manejo de las escuelas a un consejo. Correspondía, entonces, que el Congreso dictara una ley que rigiera la enseñanza en las escuelas de jurisdicción nacional. En medio de una ruidosa polémica -en la cual se destacaron los artículos de Sarmiento titulados «La escuela sin la religión de mi mujer»- la comisión de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Cámara de Diputados trabajó durante el transcurso de 1882 y 1883 en un proyecto que pasó a consideración de los legisladores en julio de ese último año.

De inmediato surgieron dos posiciones. Todos coincidían en que la norma debía contener como principios generales la gratuidad de la enseñanza y la obligatoriedad para los padres de enviar a sus hijos



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Izquierda: una tapa de El Mosquito caricaturiza a dos enconados rivales ideológicos en materia de educación popular: Domingo Faustino Sarmiento, y el arzobispo Aneiros. Pie de página: una fotografía de época de la fachada del Consejo Nacional de Educación.

a las escuelas, y el conflicto se centró en el problema de la enseñanza de la religión católica. El artículo 3 del despacho de la comisión establecía que «los padres, tutores o personas en cuyo poder se encuentren los niños están obligados a proporcionarles como mínimo de instrucción, las siguientes materias: [...] moral y religión y nociones sobre instituciones republicanas, en especial sobre la Constitución del país». El proyecto de la comisión declaraba también «necesidad primordial la de formar el carácter de los hombres en la enseñanza de la religión y las instituciones republicanas», agregando que el Consejo Nacional de Educación estaría «obligado a respetar en la organización de la enseñanza religiosa las creencias de los padres de familia ajenos a la comunión católica».

Por su parte, Leguizamón, con el apoyo de otros diputados, propuso una redacción alternativa que, en síntesis, establecía la posibilidad de impartir enseñanza religiosa en las escuelas «por los ministros autorizados de los distintos cultos a los niños de su respectiva comunión, antes o después de las horas de clase».

Las dos opciones constituyeron polos de posiciones encontradas. Leguizamón tachaba de inconstitucional el proyecto de la comisión, alegando que afectaría la libertad de conciencia. Pedro Goyena sostenía que la Constitución no postulaba un Estado ateo, ni siquiera neutral. Delfín Gallo acusó a los poderes eclesiásticos de pretender recuperar la hegemonía de que gozaban en tiempos coloniales, y el ministro Wilde argumentó que la libertad religiosa en las escuelas era imprescindible para no poner trabas a la inmigración. Finalmente, después de otra ronda más o menos similar de debates en torno del artículo 8 del proyecto, que aludía a la «moral y religión», triunfó la redacción propuesta por Leguizamón, por 43 votos contra 10.

En el Senado, la propuesta laicista fue rechazada. Pero la cámara de origen insistió con mayoría acrecentada en el texto que había aprobado, y la revisora no obtuvo número para ratificar el suyo; por lo tanto, la ley promulgada el 8 de julio de 1884 incluyó la redacción laicista. El ánimo de



Abajo: una escuela pública de niñas; la ley 1420 otorgó a la educación la categoría de fuerza modeladora de las relaciones sociales, vinculando la formación del ciudadano con la vigencia de las instituciones. Pie de página: biblioteca del Consejo Nacional de Educación.

los diputados no cambió con un petitorio avalado por 16 000 firmas de padres de la Capital Federal, que solicitaba la inclusión de la enseñanza religiosa, ni tampoco con la demostración que realizó en carruajes un nutrido grupo de damas católicas, con el mismo propósito.

Sin duda, la importancia de la ley 1420 no radicaba solamente en la solución que dio al controvertido tema. Más allá de la laicidad de la enseñanza, postulaba la gratuidad, obligatoriedad y gradualidad de la misma para todo niño de seis a catorce años. Propiciaba la coeducación de los sexos, preveía la existencia de jardines de infantes y escuelas para adultos. Estipuló las normas para el seguimiento de la población infantil en edad escolar y

definió las obligaciones, facultades y características del personal docente, así como las funciones de las inspecciones técnicas y administrativas; la organización del fondo escolar permanente y del tesoro común de las escuelas. Con el curso de los años, su aplicación posibilitó la mejora en los índices de alfabetización, y si no pudo terminar con la deserción escolar, es indudable que contribuyó a mejorar el nivel cultural de la población.

Este saldo no fue adecuadamente valorizado en el debate, del que podría decirse que constituyó un choque de concepciones e intereses contrapuestos. El diputado Luis Lagos García dijo en aquella oportunidad que «la cuestión que se discute no es cuestión de escuela atea ni

tampoco cuestión religiosa: es, simplemente, una cuestión de dominación...» En efecto, a lo largo del debate, la posición del sector liberal consistió en cuestionar el poder temporal de la Iglesia, su supuesta intromisión en terrenos que no le correspondían, pero las creencias religiosas no fueron atacadas. Además, se otorgó a la educación la categoría de fuerza modeladora de las relaciones sociales y se vinculó la formación del ciudadano con la vigencia de las instituciones. Sea cual haya sido, pues, la actitud de cada uno de los legisladores y más allá de los desbordes apasionados que dentro y fuera del Congreso rodearon los debates, lo cierto es que la discusión de la ley 1420 dio oportunidad para una honda reflexión sobre el destino del país y las formas

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



En el año 1884 se sancionó una ley que establecía el Registro Civil para la Capital Federal y los territorios nacionales. La imagen (abajo) muestra uno de los primeros matrimonios civiles celebrados en Buenos Aires.

Viñeta: caricatura de El Mosquito.



que debía asumir la educación para moldear con más eficacia un pueblo instruido, moral y libre.

Las escuelas del enfrentamiento

La sanción de la ley 1420 -cuya consecuencia inmediata fue la creación del Consejo Nacional de Educación, con la presidencia de Benjamín Zorrilla- no fue la última oportunidad en que se enfrentaron liberales y católicos. En el mismo año de 1884 se sancionó la ley que establecía el Registro Civil para la Capital Federal y territorios nacionales, arrebatando a la Iglesia católica su control exclusivo sobre matrimonios y nacimientos. Cuatro años más tarde se modificaba el código redac-



Las escuelas italianas

Entre los numerosos artículos de Sarmiento sobre las escuelas de colectividades extranjeras, seleccionamos éste, publicado en *El Diario* el 1 de mayo de 1888, pocos meses antes del fallecimiento del ilustre sanjuanino.

«¿Cómo son las escuelas que actualmente tiene la Societa Unione y Benevolenza, medio poderoso de difundir el italiano en Buenos Aires? Hace veinte años que funcionan y no sabemos que ningún argentino ni extranjero haya dejado de hablar castellano, ni que ningún italiano de los educados en ellas, hable por eso italiano con nadie, ni en su casa [...] Pero, en el Río de la Plata, ¿para qué difundir el italiano? ¿No está bien con el español? ¿Es para que los bachichas patronos de lanchas y goletillas, nos comuniquen su *civilta*? ¿No hay ningún italiano entre nosotros

que sienta la malignidad, el atropello, la alevosía de tal pensamiento siquiera?

»¿No basta que los italianos europeos hablen entre sí su lengua, sino que sus hijos que van a ser nuestros ciudadanos futuros sean también iniciados en una jeringoza que se reduce a acabar en i las palabras que acaban en o?

»Decía un Rovere que el objeto era que los hijos diesen a sus viejos padres después de salir de la escuela el gusto de oír la lengua del Dante, y creemos que esta es la mejor razón. Los italianos que vienen, en general no hablan italiano, sino el dialecto genovés, el veneciano, el napolitano, y es bueno que sus hijos aquí les enseñen italiano.» (Domingo Faustino Sarmiento, «Del extranjero en América», en *Obras Completas*, t. XXXVI, Buenos Aires, 1900.) ■



Luego de la sanción de la ley 1420, Jerónimo Clara, vicario de Córdoba, impuso una serie de prohibiciones a los católicos. El apoyo del delegado apostólico, monseñor Mattera, suscitó una cuestión diplomática que culminó con la expulsión del legado papal. Abajo: la Curia Metropolitana.

Las controversias educativas y religiosas de la primera mitad de la década del ochenta tuvieron amplia cobertura periodística, a la que no fue ajeno el humor, tal como lo demuestran estos grabados de La Garra (pág. 143, arriba, izquierda) y de El Mosquito (pág. 143, derecha).



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

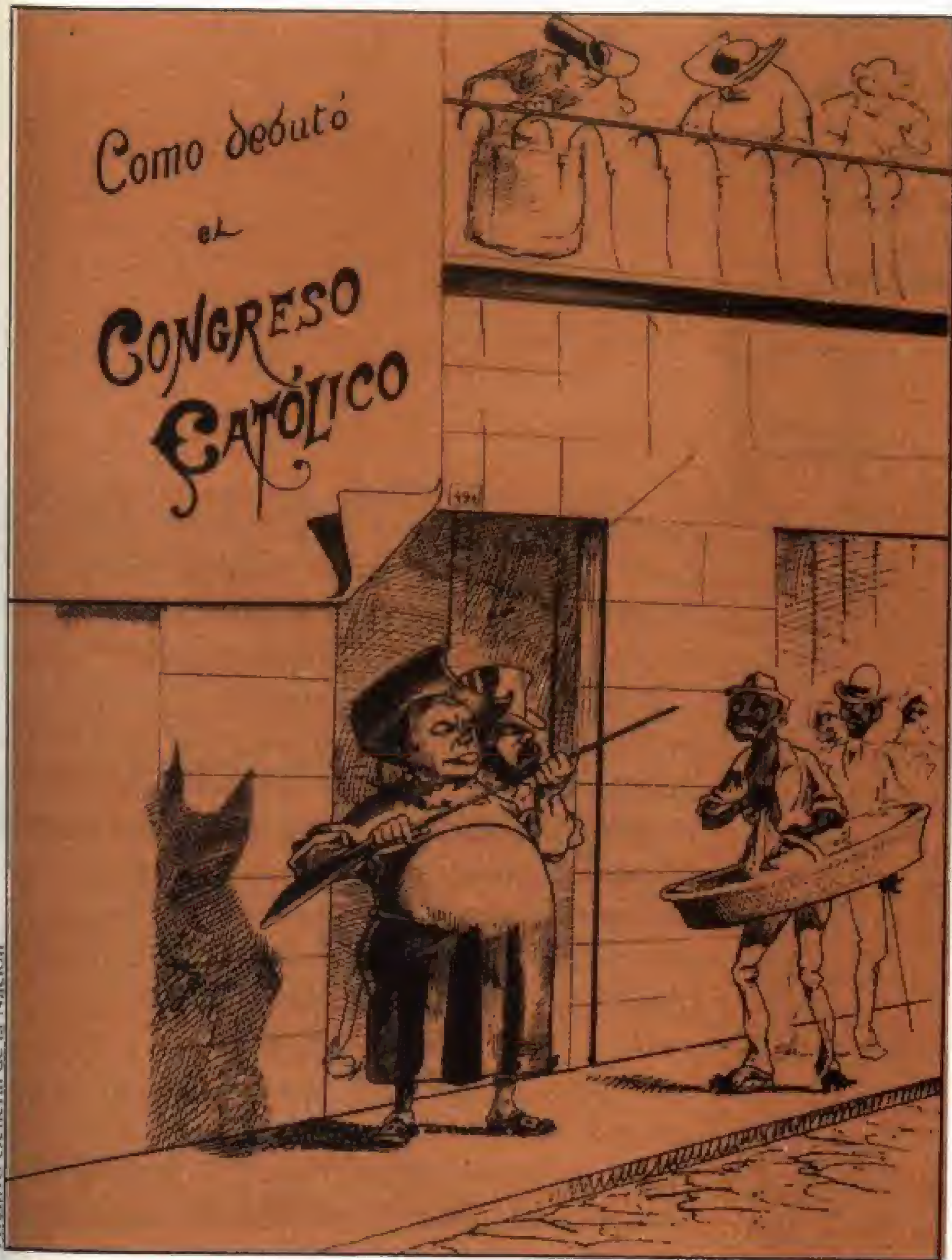
tado por Vélez Sarsfield, para implantar el matrimonio civil; en esta oportunidad la exaltación de los ánimos en uno y otro frente fue tan fervorosa como en 1884, pero el resultado de la votación en Diputados constituyó un claro síntoma de la declinación de la fuerza combativa de los católicos, pues el proyecto liberal triunfó por 48 votos contra cuatro.

Así, la polémica religiosa se prolongó a lo largo de casi toda la década de 1880, con batallas resonantes y períodos de aparente inactividad, matizados casi siempre por una persistente campaña periodística por parte de ambos bandos. No faltaron episodios de cierto dramatismo, que agregaron un matiz emocional al conflicto: tal el caso de la expulsión del delegado apostólico, monseñor Luis Mattera, una secuela de la sanción de la ley.

La promulgación de la ley dio lugar a pastorales del episcopado argentino que, como era previsible, abundaron en críticas y lamentaciones. Pero si los obispos de Salta y el litoral se limitaron a cumplir con sus deberes episcopales, el vicario de Córdoba, monseñor Jerónimo Clara, a cargo de la diócesis por el lamentado fallecimiento del obispo Mamerto Esquiú, se excedió en los términos. Calificó a la ley sancionada por el Congreso de «impía y atea», prohibió a los católicos leer periódicos liberales y les vedó el envío de sus hijos a escuelas donde enseñasen protestantes, puesto que varios institutos de Córdoba contaban en ese momento en sus planteles con profesoras norteamericanas. El presidente Roca, teniendo en cuenta la condición de funcionario público que el vicario Clara tenía según las disposiciones del patronato que ejercía

constitucionalmente el primer magistrado, dispuso su destitución y procesamiento judicial a causa de las palabras contrarias al orden social y a la autoridad nacional que contenía la pastoral.

Pero la cuestión pasó a mayores cuando el vicario cordobés resolvió desconocer su destitución. Se lanzó entonces en su apoyo el delegado apostólico, monseñor Mattera, quien confirmó en Córdoba la prohibición de enviar niños a escuelas dirigidas por profesoras «acatólicas». La posición diplomática del legado papal tornaba injustificable su actitud. El ministro de Relaciones Exteriores exigió explicaciones; el prelado contestó de modo muy poco diplomático y el presidente ordenó entonces que fuera expulsado del país en el brevísimo término de 24 horas. No terminó aquí la enérgica reacción de



Dos luchadores por la causa de la educación laica, gratuita y obligatoria: Domingo Faustino Sarmiento (centro, izquierda) y Onésimo Leguizamón (pie de página, izquierda), quien desde su banca de diputado contribuyó decisivamente en 1883-1884 a la articulación de la ley 1420. En 1882 había presidido el Congreso Pedagógico.



Maestras en la casa de Sarmiento, en una isla del Tigre. Había dicho una vez: «Hay muchas personas que merecen más que yo las manifestaciones que se me hacen. Pero las de profesores y niños no se las cedo a nadie, porque me pertenecen exclusivamente, porque son el resultado de mi obra de treinta años.»



Roca: cuando varios profesores de la Capital y de Córdoba se solidarizaron con Mattera, el presidente dejó cesantes al rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, José Manuel Estrada -que pronunció con este motivo una de sus más bellas arengas-, y al doctor Rafael García, un respetable jurista cuya estatua, erigida años después frente a la universidad cordobesa, fue la reivindicación de los sectores católicos de «la Docta» por la medida que lo separó de su cátedra.

En suma, la controversia religiosa y educativa de la década fue ganada, al menos en el terreno legislativo, por los sectores liberales. El grupo católico no tenía entre las clases altas y la élite gubernativa el arraigo necesario para evitar la derrota. Pero conviene puntualizar algunas cuestiones. Ante todo, Roca limitó cuidadosamente el alcance de la controversia y no se dejó arrastrar a una posición anticlerical, ni mucho menos antirreligiosa, como lo prueba su constante apoyo a la labor de los salesianos en la Patagonia. Más significativo aún es el hecho de que, concluidas las grandes batallas, no hubo ningún brote anticatólico en el país y, por el contrario, la Iglesia continuó su labor pastoral y evangélica sin traba de ningún tipo.

En cuanto a la Iglesia misma, la comprobación de su escaso predicamento entre los sectores dominantes fue para ella un toque de alerta. En agosto de 1884, apenas sancionada la ley 1420, se organizó un congreso católico que abordó un amplio temario político, social y gremial; incluso se resolvió formar un partido confesional, la Unión Católica, que tuvo escasa vida. En cambio, logró receptividad la labor que algunos activos sacerdotes y laicos realizaron entre grupos obreros; ello fructificaría años más tarde con los círculos fundados por el padre Federico Grote y con una renovación de la propia Iglesia, que prefirió especializarse en la educación y formar lentamente a sectores cada vez más vastos de jóvenes según las enseñanzas de Cristo. Para entonces, las controversias de los años ochenta habían quedado muy atrás y sus hondas cicatrices estaban totalmente cerradas ■

3. El mundo rural

El mundo rural de la década del ochenta sufrió una transformación profunda. Las grandes estancias de la Pampa húmeda comenzaron a contar con nuevos adelantos técnicos, como el alambrado y los molinos, en tanto se magnificaba la figura del hacendado y surgían cascos a veces tan suntuosos como los palacios de la avenida Alvear. Mendoza intensificaba la industria vitivinícola con la llegada de los gringos y del ferrocarril. Tucumán se expandía gracias a la prosperidad del azúcar; sus hermanas del noroeste, mientras tanto, permanecían detenidas, porque allí ningún trozo de Europa había sido trasplantado.

Hablar del mundo rural significa fundamentalmente ocuparse de un modo de vida caracterizado por la dispersión, el aislamiento, el contacto con la naturaleza y una serie de actividades que discurren en torno de la explotación de la tierra. De acuerdo con este concepto, puede afirmarse que la Argentina del ochenta era todavía eminentemente rural, y a esa generalización no escapan ni siquiera sus principales ciudades, muy vinculadas a la campaña circundante.

En el extenso territorio argentino, las capitales de provincia constituían centros urbanos de mediana, pequeña o muy pequeña envergadura. Más allá, había núcleos reducidos de casas, villorrios o rancheríos que intentaban agrandarse para convertirse en pueblos. En las regiones arrancadas al indígena, la Patagonia y el Chaco, el interminable espacio vacío sólo abrigaba algunas fundaciones recientes, instaladas por necesidades más estratégicas que económicas.

Criollos, indios, mestizos y gringos habitaban las zonas rurales. La gran mayoría de ellos eran asalariados, algunos integraban el sector medio rural y los menos eran grandes propietarios, a menudo dueños también de importantes intereses urbanos. La grave distorsión demográfica que en el siglo XX afectó al centro y el noroeste del país en beneficio del litoral pampeano empezaba a insinuarse en los años ochenta. Las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba habían aumentado su superficie gracias a la derrota del indígena. En ellas, así como en el recién creado territorio de La Pampa, comenzaba a generarse el fenómeno de la explotación moderna de los recursos agrícolas y ganaderos.

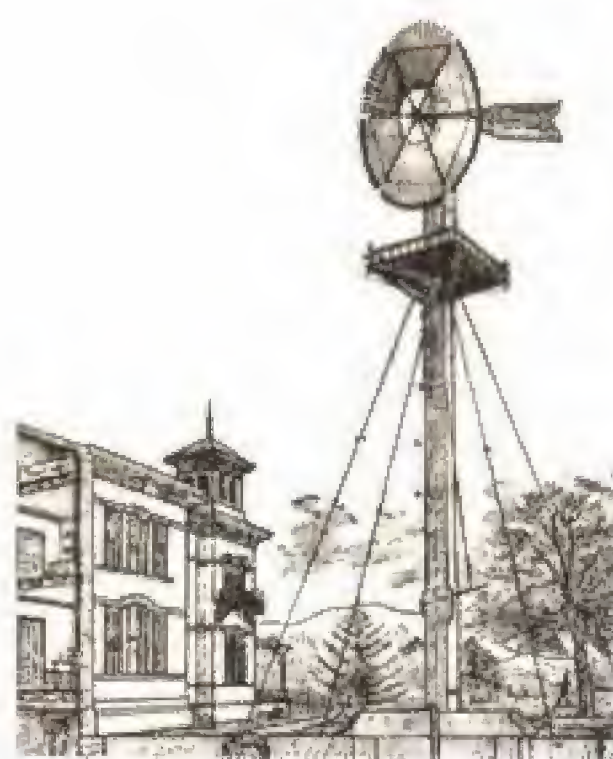
Pampa húmeda y progreso

La estancia pampeana imprimió su sello peculiar al mundo rural argentino de la década de 1880. No constituía aún el

Las nuevas formas de explotación en las estancias transformaron el paisaje rural de las provincias del Litoral. En el resto del país, sobre todo en el noroeste, se mantuvieron las formas tradicionales, con dilatados espacios cortados, de vez en cuando, por algunos villorrios o rancheríos.



Archivo General de la Nación



Abajo: una calle soleada de la ciudad de Salta, donde aún se mantenían casi intactos los antiguos hábitos de la colonia. En el centro: los galpones erigidos en los predios de las nuevas estancias comenzaban a revolucionar las costumbres agropecuarias.

gran emporio de carnes y cereales que llegaría a ser veinte años después, cuando las cosechas rioplatenses asombraron a Europa. Pero los campos más valiosos recibían ya los adelantos de la técnica y los estímulos exteriores necesarios para hacerlos producir mejor.

El alambrado era hacia 1880 la principal novedad tecnológica: permitía apotrerar la hacienda, favorecía la mestización y aseguraba el usufructo exclusivo de la propiedad de tierra. Gracias a dicho elemento, había podido dictarse el Código Rural de la Provincia de Buenos Aires (1880), que contenía disposiciones estrictas en materia de cercos de estancias. Y los ejemplares finos de padres Short-horn, cuyo *Herd Book* fue fundado en 1889 por iniciativa de Leonardo Pereyra, pastaban en extensos potreros sembrados de alfalfa.

«De Bolívar hacia afuera -escribe Noel H. Sbarra- no había alambrados y puede decirse que en la última década del siglo -según referencias de mensuras- se procedió al alambramiento de esta vasta zona.» En la campaña sureña, en cambio, especialmente en la zona de Dolores, se usaba el alambre de Creusot para cercar los campos. Así lo relata Emilio Delpech, que en esos años recorría el sur comprando lana. Porque la explotación del ovino proporcionaba el más valioso producto rural de la época. Las ovejas merino eran las más difundidas en la campaña bonaerense, pero también estaban presentes las Rambouillet, que criaban Eduardo Olivera y sus hermanos en la cabaña Las Acacias (Luján). Hacia 1885 las exigencias del mercado londinense determinaron el auge de los Lincoln, muy adecuados para las primeras experiencias en carnes congeladas que realizaron los frigoríficos Terrason, Sansinena, Drabble y Nelson, fundados entre 1883 y 1886.

Existía un reconocimiento unánime a los servicios de los ovinos. «El lanar a pesar de su pequeñez y humildad -afirmaba el ingeniero Carlos Lemée- es el animal doméstico que más ha contribuido y contribuye todavía a nuestra riqueza nacional. A la hacienda lanar debemos en gran parte nuestras escuelas, nuestros bancos y nuestros ferrocarriles.»



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

El mayor empresario rural de la década, Eduardo Casey, acometió en 1880 la tarea de colonizar los campos de Venado Tuerto, en la provincia de Santa Fe. Se trataba de tierras vírgenes, hasta poco tiempo atrás en manos de los indígenas. Casey, irlandés de origen pero nacido en el partido de Lobos, compró con ayuda de capitales británicos 72 leguas en Venado Tuerto; luego llevó a cabo una activa campaña para convencer a los ovejeros irlandeses, que abundaban en los pagos

de Lobos, Arrecifes y Areco, de las ventajas que representaba adquirir terrenos baratos en los campos «de afuera». Dos grandes remates, concretados entre 1881 y 1883, permitieron la formación de unos 25 establecimientos dedicados a la cría de ovejas; sus flamantes propietarios se apellidaban Murphy, Gahan, Garrahan, Mooney o Kavanagh.

En Loreto, cerca de Venado Tuerto, no se instalaron solamente grandes hacien-



El fotógrafo italiano Benedetto Pannunzi recorrió el campo argentino documentándolo en imágenes inolvidables, como esta, que data de 1865 y a la que tituló *Campera*. Viñeta: vendedor de sandías, según un almanaque de El Mosquito de 1886.



dados. Se dieron títulos de propiedad a individuos pobres, interesados en comprar entre varios algunas hectáreas para criar ovejas. Los experimentos en cultivos de alfalfa realizados por Casey en los campos que se reservó para sí arrojaron resultados espectaculares, que consolidaron la colonización de esta zona de la región pampeana.

Un adelanto técnico sencillo y relativamente barato, el molino de viento, fue el

gran auxiliar del avance en las tierras nuevas del sudoeste bonaerense, La Pampa y el sudeste cordobés. Su estampa, algo retacona y con aspas de madera, figuró en los *Anales de la Sociedad Rural* entre las novedades importadas por la firma Miguel Lanús en 1881. Utilizado previamente en las praderas del medio oeste norteamericano, el molino de viento resultó el sustituto ideal del primitivo jagüel y del balde volcador, con los cuales se había obtenido hasta entonces el sumi-

nistro de agua potable para hombres y animales.

Miguel A. Lima, en *El hacendado del porvenir* (1885), reparó en las ventajas de este molino de viento que algunos estancieros progresistas instalaban en sus establecimientos (Santa Graciana, la gran estancia de la familia Bellocq en Tres Arroyos, lo tuvo en 1887). Otros tratadistas demoraron en comprender la utilidad del invento: José Hernández no



Izquierda: una vista de la estancia San Juan, de Leonardo Pereyra Iraola. Pie de página, centro: fotografía de Domingo Iriart, llamada Luz y Sombra, que muestra la calle principal de la ciudad de Dolores, donde a partir de 1852 funcionó el tribunal del departamento del Sud, instituido por el gobierno de la Confederación.

lo menciona en *La instrucción del estanciero*, el libro técnico con el que el autor del *Martín Fierro* demostró su voluntad de incorporarse al espíritu positivo de la generación del ochenta.

Molinos, alambrados, vacunos y lanares refinados, vías férreas, colonos y tierras nuevas resumen las novedades que en la década de 1880 modernizaron las pampas rioplatenses. Ninguno de dichos adelantos se implantó de un día para otro, pero su simiente quedó en la tierra. Entretanto, se magnificaba la figura del gran hacendado pampeano, proveniente de linajes de antigua data o recién llegado a la riqueza agropecuaria, político o militar

Eduardo Casey

“Cuál era el secreto de los triunfos de Eduardo Casey? Muchos se lo preguntaban, asombrados al ver crecer la figura del empresario irlandés. Por eso, cuando en 1885 se anunció un nuevo remate de cincuenta leguas ubicadas en distintos puntos del país, un reportero del *Southern Cross* lo interrogó al respecto: “Vendo ahora -respondió- porque es buen momento para el comprador, debido a la depreciación de la moneda, y como vacas y ovejas están baratas, aplicaré el producto de las ventas para poblar mis tierras del sur.”

»Entre las reglas que enumera Casey para tener éxito en estos negocios está: “No comprar tierra arenosa a ningún precio. Comprar de preferencia tierras que no den beneficio al vendedor. Asegurarse que haya lluvia abundante, pero tratar de que estén lejos de pueblos y ferrocarriles, unas treinta leguas no es mucho, y sobre todo mantenerse dentro de un radio de cien leguas de Buenos Aires. Entonces no hay riesgos y siempre se doblará el dinero en 3 ó 6 años. Si están cerca del tren -acota- todo el

mundo verá su valor y resultarán más caras. Es preciso ser el primer ocupante; después del rancho viene el tren, más tarde la población, a su alrededor chacras de agricultores, cercas, árboles, ciudades; se va el recado y entra el piano.”» (María Sáenz Quesada, «Eduardo Casey», en *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, 1980.)



destacado. En la última categoría figuraba el mismo presidente de la República, general Julio A. Roca, novel estanciero gracias a las 20 leguas que le concedió la provincia porteña en recompensa por la campaña del desierto.

La Larga, el gran establecimiento rural de Roca, empezó a poblarse en 1883. Estaba situado en el entonces partido de Guaminí, y su propietario, en medio de los avatares políticos, le dedicó el tiempo necesario para convertirlo en uno de los mejores de la época. Primero hubo que «limpiarlo» de intrusos, nombre con el que desde la época colonial se conocía a los pobladores sin tierra, criollos pobres, víc-

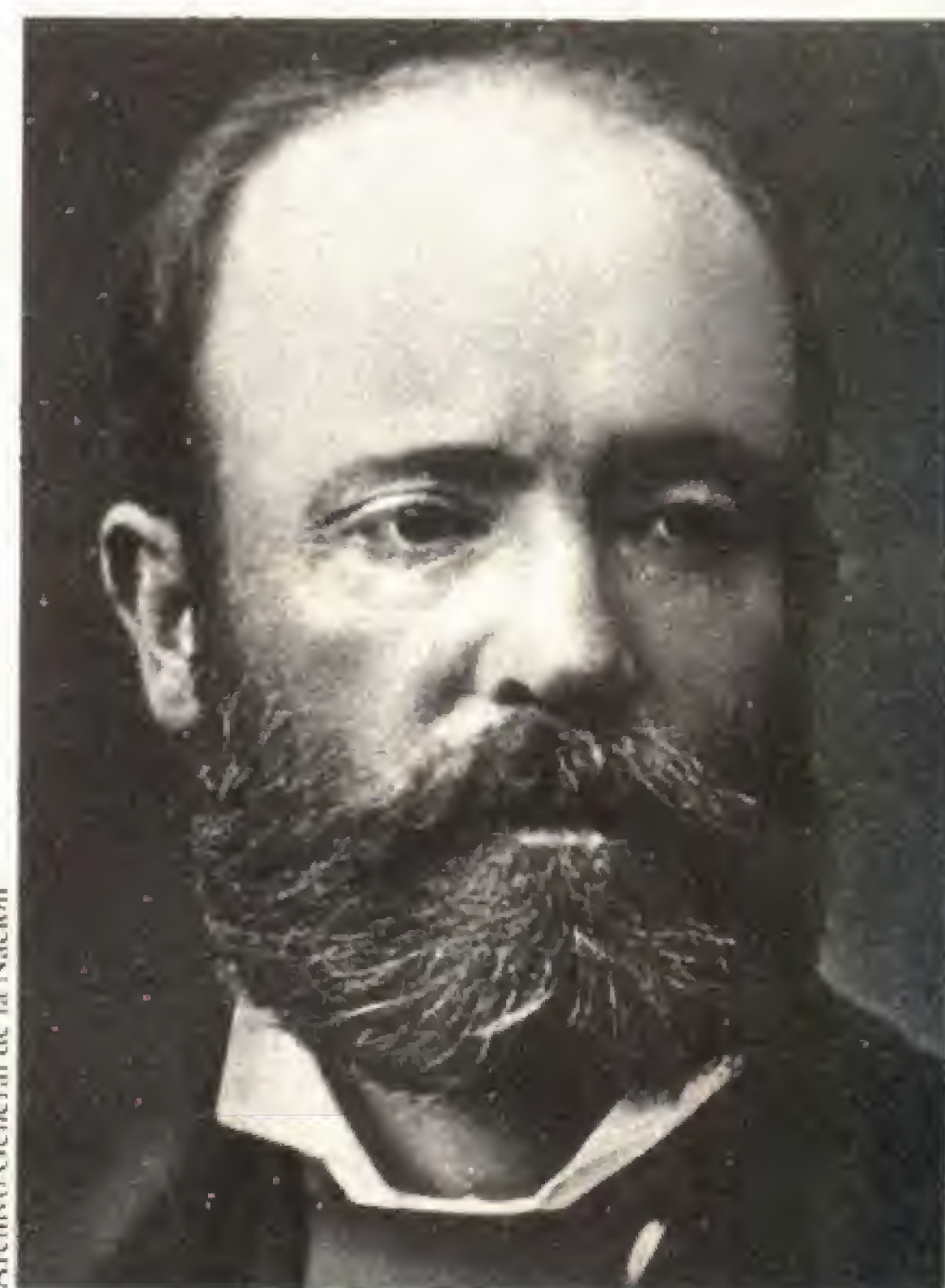
timas de los grandes repartos de terrenos fiscales. Luego se inició el alambrado perimetral, que tardó seis años en concluirse. Se compraron ejemplares Lincoln y se desechó por el momento el trigo, porque el cereal no tenía auténtico valor mientras el ferrocarril y los colonos no llegaran a los campos del oeste. Una vez más se ponía de relieve la estrecha imbricación de los distintos factores, materiales y humanos, que debían concurrir para la transformación de la actividad agraria.

«Me parece que las sementeras de trigo no han de convenir en estancias tan lejanas. Habrá años que no se saquen ni los gastos; ahora, a pesar de los grandes pre-

L. Pereyra Iraola (abajo) introdujo en 1862 el toro Niágara, hecho que marcó el comienzo de la cría de ejemplares Hereford en la Argentina. En la fotografía de pie de página puede verse un rodeo de animales de dicha raza bovina.

cios por la pérdida de las cosechas en Europa, el beneficio será muy insignificante. Agregue a esto las contingencias de la agricultura. Lo mejor y más conveniente es consagrarse exclusivamente a la estancia, al cuidado de los animales y no sembrar. Alfalfa sí, todo lo que pueda», aconsejaba el general-presidente a su administrador en una de las numerosas misivas que le enviaba.

La gran propiedad dominaba el panorama del agro pampeano en los años ochenta. Había pasado la época en que los hacendados progresistas pensaban en colonizar. Salvo excepciones honrosas, como las colonias fundadas por Bernardo de Irigoy-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Las razas ovinas, al igual que las bovinas, se fueron mejorando con la introducción de excelentes reproductores. Ejemplares Lincoln (abajo) comenzaron a llegar al país hacia 1862, provenientes de Inglaterra. Posteriormente se iniciaron las importaciones de carneros Rambouillet (pie de página), originarios de Francia.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

yen en Santa Fe y Entre Ríos, o las de los Armstrong en el sur santafesino, se prefería enviar a los campos nuevos los vacunos y las ovejas que sobraban en los establecimientos de «adentro». En adelante, el establecimiento de nuevos pobladores se haría casi siempre mediante el sistema de arrendamiento.

En los campos ya civilizados de la vieja frontera empezaban a surgir los grandes cascos de estancia. Algunos tan suntuosos como el que la viuda de Salvador María del Carril hizo edificar en Lobos, Las Acacias de Olivera o el establecimiento modelo de Roberto Cano a unos 90 km de Buenos Aires: «una pequeña ciudad con desgranadoras de maíz, trilladoras, trituradoras, sierras mecánicas movidas por un motor inglés y hasta rieles que llegaban al galpón de esquila».

Estos cascos imponentes contrastaban con las viviendas precarias de otros habitantes del mundo rural. Los tamberos, por ejemplo, con sus habitaciones de barro y paja con piso de tierra. Esa actividad, favorita de los inmigrantes vascos franceses y españoles que desde los años sesenta llegaban en oleadas cada vez más densas a las llanuras argentinas, formó sin embargo la base de muchas fortunas agropecuarias. Los vascos, además de los irlandeses, integraban el núcleo de nuevos propietarios de tierras característico de la década de 1880.

Córdoba y La Pampa fueron los últimos puntos integrados al proceso de puesta en valor de la Pampa húmeda. Para ambas la época del ochenta fue un período de prueba en cuyo transcurso se instalaron las primeras colonias, se hicieron los primeros desmontes, roturaciones y cultivos, y se produjeron los primeros triunfos y los desengaños iniciales.

La colonización del sudeste cordobés fue primero una prolongación de los asentamientos santafesinos y luego se extendió siguiendo las vías férreas. Este proceso llevaría años más tarde a la modificación completa del paisaje; campos y montes convertidos en suaves praderas cubiertas de trigo, maíz y lino. En cuanto a La Pampa, su ocupación tardía se debió tanto a la presencia tenaz de los ranqueles

como a la falta de agua. Recién en 1882 se estableció la primera población blanca, General Acha, que fue cabecera de gobernación. Trece años más tarde, la pequeña ciudad, rodeada de un tupido monte de caldenes, tenía una población de 1200 habitantes.

La mayoría de las tierras de La Pampa habían sido negociadas para financiar la campaña del desierto, a razón de cuatro mil pesos plata la legua; otras fueron adjudicadas como premios militares a quienes participaron de dicha expedición. De modo que a lo largo de la década de 1880 tuvieron lugar grandes ventas y remates de unas y otras. La especulación característica de la época demoró los asentamientos humanos, de manera tal que hacia 1889 la totalidad del territorio de La Pampa se hallaba en manos de unos cuatrocientos propietarios, a menudo emparentados entre sí.

Esta especulación se retroalimentaba con el alza espectacular del precio de las tierras de la Pampa rioplatense: entre 1883 y 1887 los campos porteños se habían valorizado en un mil por ciento; los cordobeses en un 750 por ciento; los entrerrianos en un 370 por ciento y los santafesinos en un 400 por ciento. Las cifras de los remates resultaban inalcanzables para los inmigrantes que no trajeran un capital consistente. Pero, lamentablemente, estas propiedades no producían en relación con su valor. Respondían a las necesidades de los grandes hacendados vinculados a los financistas y especuladores de la Bolsa de Buenos Aires. Ellos hipotecaban sus campos para poder comprar más y la sed de tierras parecía insaciable.

En definitiva, esa Argentina rural de la Pampa húmeda contribuía a gestar formas de vida eminentemente urbanas, incluso internacionales, cuya base econó-

Eduardo Olivera (abajo) fue uno de los hacendados más famosos de la época. Graduado de ingeniero agrónomo en Europa, a su regreso fundó la Sociedad Rural de Buenos Aires (1866). Su estancia Las Acacias, cerca de Luján -la foto muestra el espléndido casco-, era considerada un establecimiento modelo.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

En la Revista de Ganadería, edición de 1881, apareció este plano (derecha) de la estancia Ranchos, de Juan B. Dowling. En casi cinco leguas albergaba 44 puestos, casi 130 000 ovejas, 2700 vacas y yeguarizos (toros y vacas de raza solamente cinco) y una dependencia común en la época: el potrero para los avestruces.

La ecología pampeana

La puesta en producción de los ecosistemas pampeanos provocó una serie de alteraciones en esa misma naturaleza, que pusieron en peligro el modelo productivo que se estaba implementando. En un país con muy escasa tradición agropecuaria, con tierras que recién comenzaban a utilizarse, los límites de lo que se podía o no hacer estaban dados por el ensayo y el error.

Se había pasado de una pampa de altos pajonales a una de pastos cortos y verdes, más aptos para el ganado, pero con una función ecológica diferente. Porque el pajonal retenía las aguas pluviales, facilitaba su infiltración y protegía el suelo del impacto de las gotas de lluvia. El resultado de las lluvias cayendo sobre un suelo descubierto fue una erosión difícil de imaginar en la actualidad.

Florentino Ameghino presentó en *Las secas y las inundaciones en la provincia de Buenos Aires* numerosos ejemplos de completa esterilización del suelo. «En los partidos de Luján, Mercedes, Pilar, Capilla del Señor -dice-, conozco kilómetros cuadrados de terrenos completamente denudados por las aguas pluviales que se han llevado la tierra negra.» También eran frecuentes las cárcavas producidas por el continuo desgaste, capaces de retroceder «varios metros a causa de la erosión provocada por las aguas de una sola lluvia».

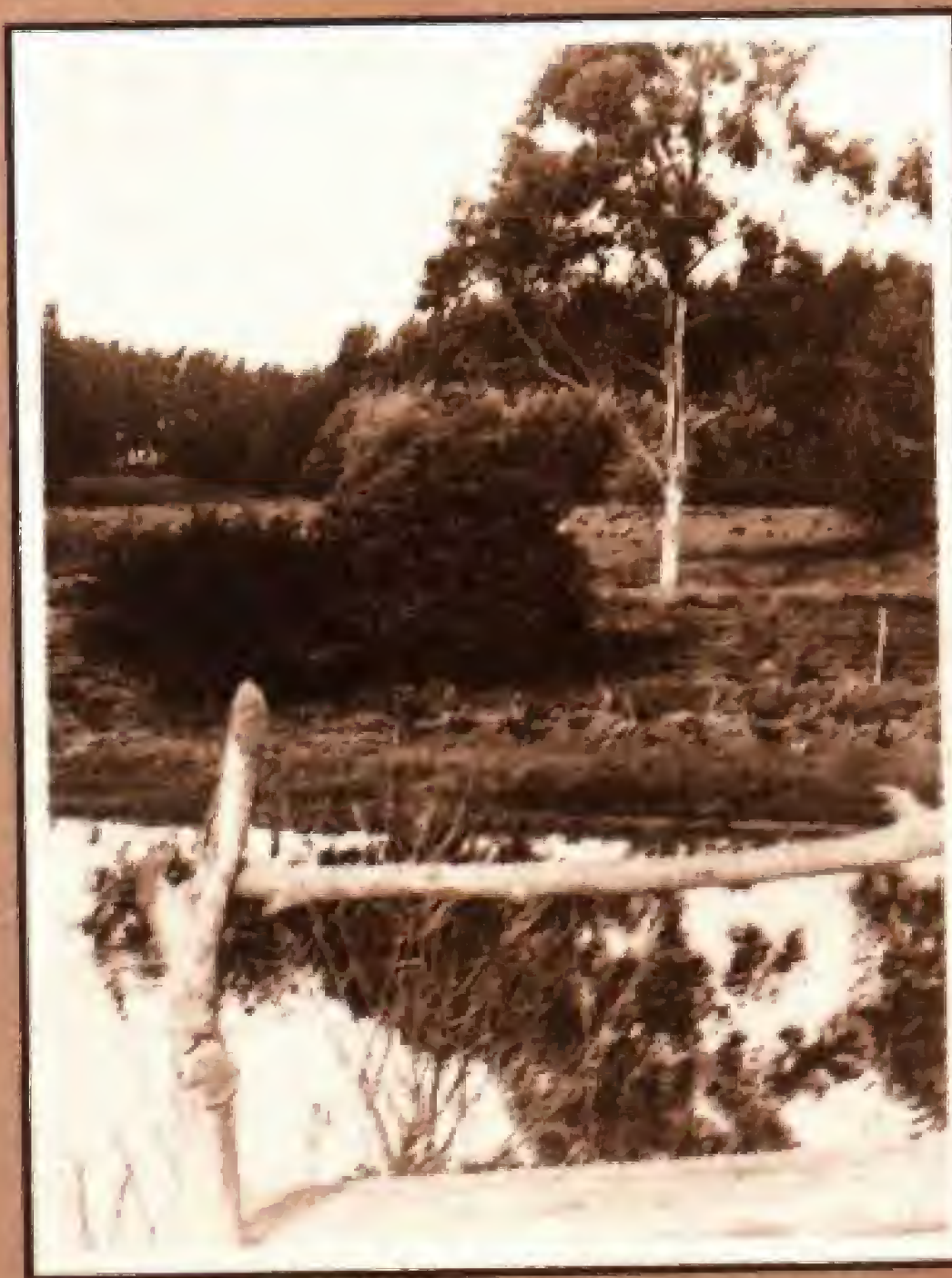
Este proceso erosivo aparecía en aquel momento como muy reciente, si se lo mide en tiempos ecológicos, ya que se había iniciado apenas dos siglos atrás, pero se había acelerado en la segunda mitad del siglo XIX. El factor desencadenante fue el mal manejo de los rebaños que, en ausencia

de pastores y alambrados, deambulaban libremente y se acumulaban por millares alrededor de lagunas y arroyos durante la estación seca. El sobrepastoreo deterioró el suelo, facilitó la expansión de las malezas, aceleró la erosión, agravó la colmatación de las lagunas y alteró el régimen de los ríos.

Las partículas de suelo, arrastradas por el agua, siguieron el curso de los arroyos y terminaron en las lagunas, inutilizando muchas de ellas. En otras palabras, la erosión hídrica, acentuada durante los períodos de inundaciones, ayudaba a secar las lagunas, agravando así los efectos de las sequías. Así lo planteó Ameghino y muy pocos le creyeron hasta que el problema fue en aumento ■

Antonio Elio Brailovsky

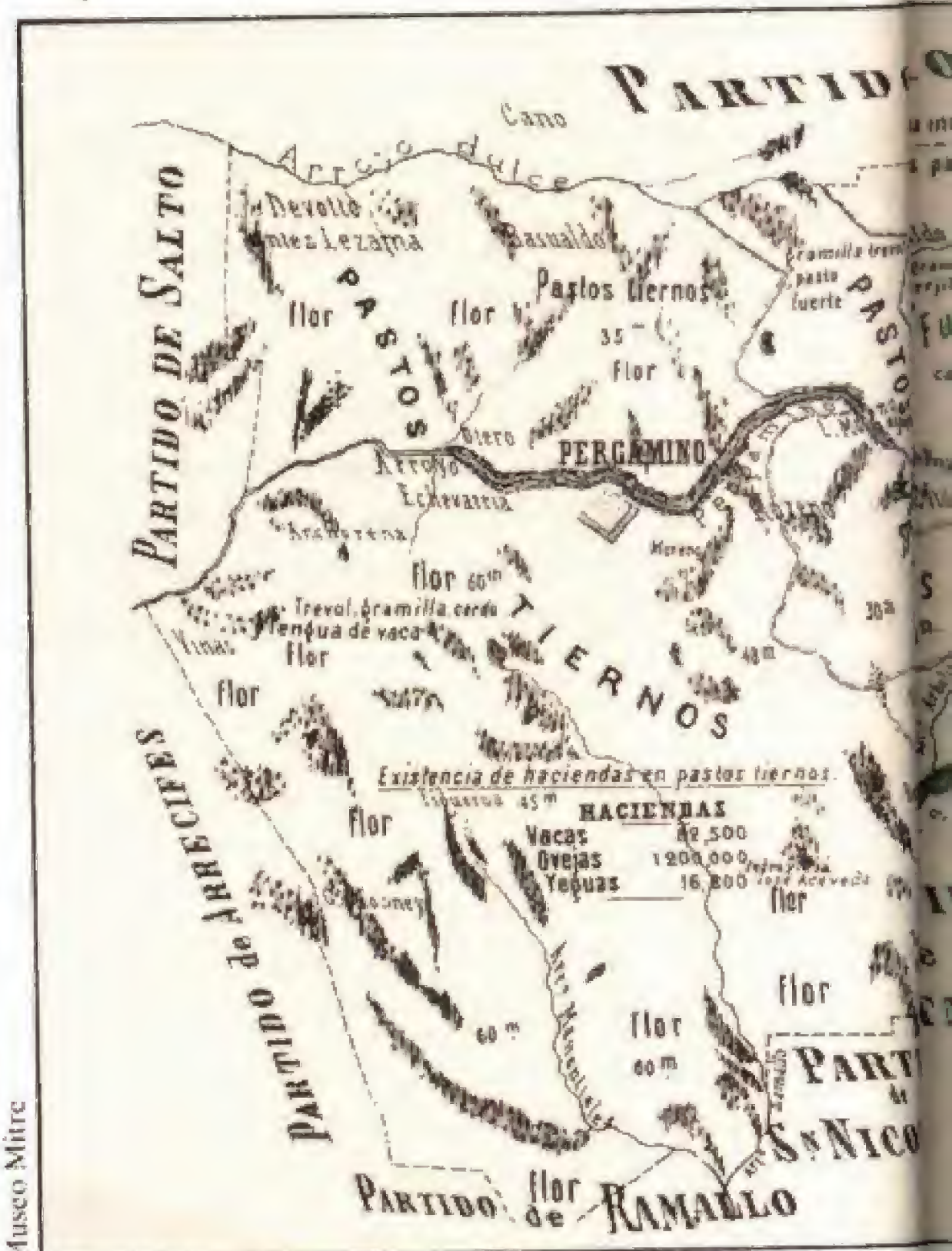
Licenciado en economía política, periodista y escritor. Autor de *Identidad, Historia de las crisis argentinas* y *Tiempo de opresión*. Prepara, en colaboración, una *Historia ecológica de la Argentina*.



Museo Mitre



Museo Mitre

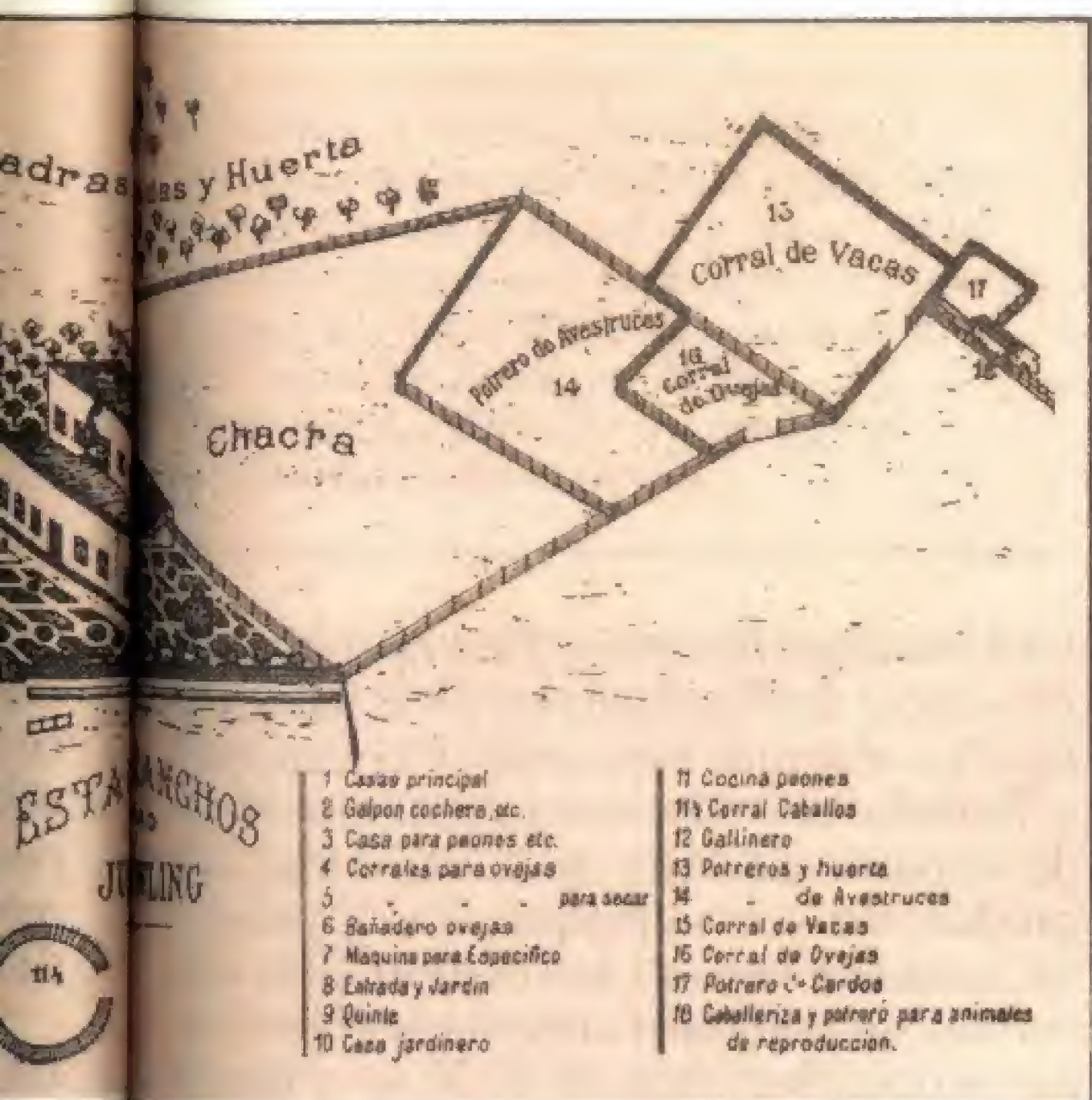


mica reposaba en las leguas de pastos que se extendían «adentro» y «afuera» de la antigua línea fronteriza.

Oasis, viñas y cañaverales

Más allá de la Pampa húmeda, las demás provincias argentinas encontraban muy difícil adecuar sus economías tradicionales a las nuevas necesidades de los mercados europeos. El interior resultó marginado del progreso argentino, salvo dos notables excepciones, los oasis de riego de San Juan y Mendoza y la economía azucarera de Tucumán.

La pujanza de las provincias cuyanas, aparentemente condenadas a un destino de pobreza, fue resultado de la obra y el esfuerzo humano. Hacia 1890 Mendoza y San Juan ostentaban cierta paridad en cuanto a la superficie de sus tierras cultivadas mediante el riego. La llegada del fe-



Plano del Partido de Pergamino (en el centro) aparecido en la Revista de Ganadería, en el que se hace un minucioso relevamiento de los pastos -tiernos, fuertes o muy fuertes-, las chacras, las lagunas y las cañadas. Viñeta de un aviso del periódico La Reacción, de Barracas al Norte, en 1891.



El boom del trigo

En su informe del año 1882, el cónsul norteamericano Baker advertía al gobierno de su país: «Nuestros agricultores pueden no haberse enterado del hecho de que la República Argentina avizora el momento de competir exitosamente con Estados Unidos en proveer de alimentos a la gente de Inglaterra y del continente europeo. No creo que esto suceda inmediatamente, pero es un hecho que la República Argentina está haciendo gigantescos progresos en el desarrollo de sus recursos agrícolas, y muestra un excedente anual creciente en la exportación de cereales.»

El informe del cónsul anticipaba lo que sería el rasgo más espectacular y novedoso del boom económico que tuvo lugar durante la década del ochenta. Nos referimos, desde luego, a la expansión de los cultivos de trigo, que pasaron de 114 400 hectáreas en 1875 a 815 400 en 1888. Este rápido crecimiento hizo que la anticipación del cónsul norteamericano se materializara antes de lo imaginado. En efecto, la Argentina, que importaba trigo hasta 1880, se convirtió en el tercer exportador mundial de ese producto en 1892, detrás de los Estados Unidos y Rusia, y superando a un exportador tradicional como la India.

El proceso expansivo de los años ochenta giró en torno de las colonias agrícolas santafesinas, que hacia 1888 aportaban alrededor del 50 por ciento de la producción nacional. Ello fue consecuencia del proceso generado por la creación de las primeras colonias agrícolas, en la segunda mitad de la década del cincuenta. En aquel momento y durante los años sesenta, la colonización tuvo su centro de irradiación en la colonia Espe-

ranza. En la década del setenta les correspondió un papel similar a las colonias fundadas por el ferrocarril Central Argentino a lo largo de la línea Rosario-Córdoba. Durante la gran expansión de los años ochenta, comenzaron a predominar las colonias que empresarios privados (especialmente Guillermo Lehmann) instalaron en la región oeste de la provincia, alrededor de la actual ciudad de Rafaela. Esta transición de Esperanza a Rafaela marcó, asimismo, un cambio significativo en el origen de los inmigrantes que poblaron las chacras santafesinas. El predominio suizo de las primeras épocas fue dando lugar a una abrumadora presencia de italianos provenientes de la región norte de la península. Rafaela es un buen ejemplo, asimismo, del proceso de diversificación socioeconómica a que dio lugar la expansión cerealera. Fundada con 63 personas en 1881, contaba ya con 1638 habitantes en 1887. A sólo 11 años de su instalación, el corresponsal de la revista *La Agricultura* encontró el siguiente panorama: «Por su industria y comercio [...] es importantísima [...] Posee un tramway a vapor a Vila y Josefina, que cruza por el medio su plaza principal, el molino Margarita, el molino Marini y Moraschi, como varias fundiciones, fábricas de fideos, de vinos, curtiembres, hoteles, etc. [...] Existen, además, tres bancos, de la Nación Argentina, Territorial y Provincial, que ayudan también aunque no todos están en condiciones de facilitar a la plaza las fuertes sumas que requiere su comercio...»

Ezequiel Gallo

Historiador, graduado en Oxford, ex-director del Instituto Di Tella, Autor de *La pampa gringa* y *La República conservadora*; compilador de *Argentina del ochenta al Centenario*.



ferrocarril a Mendoza, en 1885, conectó la economía y la sociedad de la provincia con Buenos Aires, y su prolongación trassandina, algo más tarde, facilitó los contactos con Santiago de Chile.

La economía cuyana comprendía, como en todo el país, la crianza de vacunos, que en el caso de esta región argentina se enviaban a Chile; en las partes más áridas de Mendoza y San Juan era tradicional la cría de cabras, mientras en los oasis de riego se cultivaban cereales, vid, frutales, hortalizas y alfalfa. La preparación de pasas, orejones o aceitunas era otra de las más rendidoras ocupaciones tradicionales. En cuanto a los vinos y alcoholes, estuvieron entre los pocos artículos producidos por el interior que sobrevivieron a la pena de muerte impuesta por la metrópoli, es decir, a la multiplicación de las importaciones que permitía el auge de la economía agroexportadora de la Pampa húmeda.

Más allá de la región pampeana, algunas provincias consiguieron adecuar sus economías a los nuevos esquemas de desarrollo. Tales fueron los casos de Tucumán, en donde alrededor de los ingenios se agolpaban los trabajadores contratados para la cosecha (abajo), y de Mendoza, que veía multiplicar sus viñedos (pie de página 155, izquierda).

A mediados de la década del ochenta, la industria vitivinícola se intensificó con la llegada de los «gringos», facilitada por la presencia del ferrocarril. Por entonces también arribaban pobladores de las provincias vecinas en busca de mejores condiciones de trabajo; en Mendoza, el flujo aumentaba con numerosos chilenos que acudían al lugar. Todos estos pobladores, debido a que su subsistencia dependía del riego, tuvieron una manera peculiar de ser, comunitaria y solidaria, diferente de la del resto del país. La pequeña propiedad caracterizó a la explotación agrícola de las zonas de oasis. Las grandes extensiones de campos se ubicaban en los terrenos áridos. En ellas había hombres que llevaban formas muy precarias de existencia: los pastores de cabras, que en los días festivos solían bajar al pueblo cada tanto a entretenerse en las «chinganas» o casas de placer típicas de la región.

En Mendoza predominaban algunos usos locales, por ejemplo dormir en el patio, al aire libre, en previsión de los funestos temblores (en 1861 uno de estos fenómenos había destruido la capital).

La economía tucumana fue otra excepción al colapso producido en las industrias del interior como repercusión de la actividad agroexportadora de la gran estancia pampeana. Tucumán, la provincia más pequeña, la de los paisajes contrastantes de rara belleza, disponía de una sólida industria azucarera que no hizo más que crecer y expandirse en los años ochenta. Sin duda, la presencia de varios destacados políticos tucumanos al frente de los destinos de la República -Avellaneda y Roca eran oriundos de esa provincia- contribuyó a una prosperidad que de inmediato la diferenció de las demás regiones del noroeste.

La *Memoria Histórica y Descriptiva de la Provincia de Tucumán en 1882* menciona a los ingenios Esperanza, Concepción y Trinidad entre los más importantes desde el punto de vista de su capacidad de producción y de su maquinaria. Esperanza, situado a unos 12 km de la ciudad, resultaba un conjunto imponente. Sus edificios ocupaban más de 5200 m² y entre sus máquinas había cinco generadores para quemar caña y bagazo, un trapiche «de fierro» con tres cilindros movidos a máquina de vapor de alta presión, capaz de extraer en 24 horas el zumo de 300 t de caña. La biografía del dueño de Esperanza, Wenceslao Posse, escrita por Carlos Páez de la Torre, contiene interesantes datos acerca de este ingenio, uno de los 400 que en 1881 existían en Tucumán. En 1895 su número había aumentado a 2630, afirma el mismo autor: el auge era evidente.



La pujanza de Mendoza hizo que se intensificara el flujo de trabajadores que buscaban en ella mejores condiciones. En Las Cuevas se instaló un hotel (abajo derecha), para asistir el tránsito de viajeros. Centro, derecha: el ingenio Esperanza, de Wenceslao Posse, en 1894. Pie de página, derecha: un tambo ya instalado al estilo europeo.

En torno del ingenio se había creado un modo particular de vida. Estaba por supuesto la residencia de los dueños, que podía competir, aunque con más austeridad, con la estancia porteña. Jardines exhuberantes circundaban esas casas señoriales grandes y cómodas, que en el norte se denominan fincas. Más allá, la presencia de ranchitos diseminados en el paisaje anunciaba otros asentamientos humanos, viviendas hechas de barro seco, cubiertas de paja y hojas de caña, sin ventanas y con una puerta muy baja. En estas chozas no había más mobiliario que cetros y algún baúl, además del horno, semejante a un nido de hornero. Completando el cuadro podía verse un aljibe. Gallinas, cerdos y perros compartían la vida precaria de los moradores, que sólo excepcionalmente eran dueños de una mula o un caballo, que usaban como transporte o herramienta de trabajo.



Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Abajo: un rancherío en el territorio del Chaco, escenario de un triste capítulo de la historia de los vencidos. Las chozas no tenían ventanas y en ellas no había más mobiliario que los toscos camastros y algún baúl. Pie de página: una vendedora de empanadas nortea, figura tradicional que sobrevivía.



Archivo General de la Nación

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Archivo General de la Nación

Los trabajadores contratados para la cosecha se alojaban en galpones, donde se amontonaban sin distinción de sexo ni edad, perdiéndose hasta el más mínimo sentido moral. El trabajo del obrero tucumano, regido entonces por el Reglamento de Policía, perpetuaba una semiesclavitud. Palabras aparte merece la presencia de los indígenas vencidos en el sur y llevados a Tucumán en 1879 para emplearlos como mano de obra en los ingenios. El general Roca suponía que con ese método, similar al utilizado por los conquistadores españoles, los vencidos se incorporarían a la vida civilizada y de paso se solucionaría el problema de la falta de brazos, crónico en nuestro país.

Los aborígenes llegados en 1879 fueron repartidos de inmediato en los distintos ingenios. Recibían sólo una pequeña parte del salario fijo estipulado para ellos, pues el resto se les daba al finalizar el contrato. Debían trabajar por dos años en condiciones similares a las de los demás

obreros tucumanos. Sus mujeres e hijos menores se contrataban también, pero por la mitad de los jornales fijados para los varones adultos. Los patrones debían proporcionar vestuario y atender las enfermedades de estos singulares obreros rurales, pero siempre a cuenta de sus salarios. No puede extrañarnos que en condiciones tan precarias, mal alimentados y peor tratados, los indígenas murieran como moscas. Si se fugaban, la policía los perseguía como a criminales.

Este triste capítulo de la historia de los vencidos se complementa con la de los tobos y maticos que por esos mismos años se acercaban a participar de la zafra. Desnudos hasta la cintura o cubiertos con ponchos de colores, se protegían del sol con sombreros de fieltro colocados sobre sus cabellos lacios, largos y a menudo trenzados. Depositaban sus facones antes de recibir los vales con que se retribuía su trabajo en los ingenios. Terminada la cosecha, levantaban las frágiles chozas de

ALAMBRE DE ACERO DEL CREUSOT

Ferro-Carriles portátiles sistema Decauville

MIGUEL LANUS

369, Calle Rivadavia, 369. - BUENOS AIRES

Abajo: mulas en las serranías del noroeste. Un pequeño comercio interprovincial de productos artesanales caracterizaba la economía de esas regiones detenidas en el tiempo. Pie de página: Cornelio Burgos, típico gaucho de las pampas. Viñeta: el alambrado fue uno de los elementos revolucionarios del agro.



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

hojas de maíz o caña que habían albergado a sus familias y regresaban a la selva, llevando consigo telas y otros productos apetecibles. A veces los chiriguano, favoritos de los hacendados tucumanos o salteños por su capacidad de adaptación, se contrataban de manera permanente en las estancias.

La actividad ganadera florecía en el norte y en el noroeste lo mismo que en todo el país. Se trataba en estos casos de establecimientos rurales muy diferentes de los de la Pampa húmeda, pero que también constituían fuentes de moderados ingresos a través de la venta de productos destinados a los mercados locales. Las tareas de los patrones y peones de estas dilatadas fincas eran las habituales, doma, yerra y rodeo. En las pampas rioplatenses, en cambio, esta última costumbre comenzaba a desaparecer gracias a la introducción del alambrado, que iba cambiando sustancialmente las actividades tradicionales de la explotación agropecuaria.

En los valles calchaquies existían establecimientos en poder de linajes de origen colonial. El casco, denominado «sala», tenía generalmente una sola planta y estaba rodeado de galerías. Los amos eran verdaderos señores feudales, dueños de vidas y haciendas. Su autoridad paternalista imprimía un sello a todo cuanto los rodeaba, incluidos los gauchos o paisanos del noroeste, de hábitos distintos a los de sus parientes de las «pampas de abajo».

La Argentina detenida

Una vasta región geográfica de diversos paisajes se extiende al noroeste de las pampas; sierras tucumanas, cordobesas, salteñas, puntanas o riojanas, travesías entre San Luis y Mendoza, dilatados espacios en los cuales la vida económica había sido relativamente activa en el período colonial y donde, a partir del progreso de los años ochenta, sólo sobrevivieron algunos cultivos tradicionales



Museo Mitre

La transformación del mundo rural obligó a sus habitantes a vivir y trabajar en los grandes establecimientos ubicados no sólo en la Pampa húmeda (abajo), sino en regiones como el noroeste (abajo, izquierda). Centro, izquierda: trabajadores rurales de Baradero, en una fotografía de Pannunzi.



Archivo General de la Nación



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Archivo General de la Nación

como simple forma de subsistencia. Un pequeño intercambio interprovincial de productos artesanales caracterizaba asimismo la economía de estas regiones detenidas en el tiempo.

En la década de 1880, numerosos norteros cultivaban tabaco y cereales en las zonas llanas, mientras antiguos cosechadores de café engrosaban las filas de los desposeídos debido a la entrada del producto de Brasil. Otros criaban mulas y caballos, arrancaban con métodos precarios los minerales de la tierra o talaban bosques. Los más pobres cuidaban rebaños de ovejas y cabras, que les procuraban un mínimo de leche y carne.

Todavía mantenían su importancia aquellos personajes típicos del medio rural que retratara Sarmiento en las páginas inolvidables de *Facundo*. El rastreador y el baqueano brindaban servicios indispensables en los parajes que no disponían de ferrocarril. Por la misma razón resultaba necesario el arriero, inmovible en medio de los helados vientos de la cordillera, indiferente a la dureza del sol y a la dificultad de atravesar los arenales. Los conductores de tropas de carretas o de arrias de mulas pasaban días interminables en las rutas, siempre desoladas, a veces sin agua y afrontando el peligro de los salteadores, constante amenaza en las soledades inmensas.

Pero lo que había constituido una actividad de primer orden, que de acuerdo al censo de 1869 ocupaba a más de 13 000 personas entre carreteros, arrieros y personas afectadas al servicio de diligencias, estaba destinada a reducirse a su mínima expresión a medida que avanzaban los rieles del ferrocarril.

Mencionemos por último a un personaje que no ha sido habitualmente tomado en cuenta por los que describen el mundo rural: el minero, que en la década de 1880 trabajaba en las regiones más inhóspitas. En una choza mal ventilada, con la única compañía de un perro, pues la familia se quedaba en el valle, soportaba una activi-



vi-
al
00
er-
as,
na
os

dad insalubre, agravada a menudo por los síntomas del apunamiento. Años más tarde, Juan Biale Massé escribiría que los patrones, ingenieros y capataces que se explicaban el fenómeno de la «puna» en los animales, atribuían al vicio la lentitud de los mineros y protestaban contra esa tropa de «haraganes miserables».

je
en
u-
30
s.
ca
se
i-

La casi totalidad de las minas argentinas se encontraban anegadas y eran pocas las que disponían de bombas de desagote, de zorras para el transporte de cargas. Por eso resultaba necesaria la presencia de los *apires*, muchachos que llevaban sobre sus espaldas sacos con más de 70 kg de metal, agotándose en plena juventud.

El Reglamento de Policía

Aunque en teoría la campaña estuviera representada en las legislaturas provinciales, en la práctica las elecciones en las zonas rurales del país eran ganadas por personas de cierta notoriedad que rara vez habían hollado el departamento que representaban y que desconocían sus necesidades.

La única autoridad real era la del juez, pues el gobierno legalmente organizado sólo existía en las ciudades. En cuanto al paisano, estaba sometido a las arbitrariedades del Reglamento de Policía y a la Ley de Vagos. El patrón revestía autoridad total para guardar orden en su casa, haciendo que los peones cumplieran sus deberes. Con ligeras variantes según las provincias, el Reglamento disponía que el obrero debía trabajar de sol a sol, descansando dos horas para almorzar en verano, una en otoño y primavera y ninguna en invierno. Podía ser castigado siempre que no se lo lastimara, y si llegaba a cometer una falta que comprometiera «el buen orden de la casa», era detenido en régimen de prisión rigurosa. Entre las pocas ventajas del peón figuraban las de que se le proporcionaran los alimentos diarios y se le curaran las heridas recibidas en el trabajo.

Estos reglamentos se completaban con la Ley de Vagos que, con menudas diferencias entre las regiones del país, estipulaba que la policía llevaría un registro de los peones y sirvientes a jornal, los que recibirían papeletas renovables todos los años. Ninguno podía conchabarse si no tenía la correspondiente al año anterior. Cuando un peón abandonaba las faenas, el patrón avisaba a la autoridad y ésta buscaba al culpable, devolviéndolo a su puesto. Si al tér-

mino del contrato el peón se encontraba endeudado con el empleador, tenía obligación de seguir trabajando hasta saldar la deuda.

Los padres prolíficos que no estaban en condiciones de mantener a sus hijos, debían entregarlos a un patrón para que les enseñase un oficio o los hiciera trabajar. Las niñas se colocaban en casas respetables. De modo que el sistema creaba una suerte de esclavitud, porque los niños perdían tempranamente el vínculo con su familia para engrosar una unidad de trabajo, cuyas vicisitudes padecían desde entonces ■



Muchas viejas costumbres y tradiciones se mantuvieron a lo ancho y a lo largo del país: en la llanura inagotable seguían escuchándose los estilos y las milongas entonadas por algún gaucho cantor, mientras los coyas norteros continuaban practicando sus conmovedoras ceremonias religiosas, como la del oratorio de San Roque, en Salta.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Las privaciones de gran parte de los habitantes del mundo rural de la Argentina detenida eran causa de múltiples enfermedades y de una mortalidad elevada. Las epidemias castigaban especialmente a los pioneros de las regiones selváticas salteñas o santiagueñas, que talaban bosques o explotaban el carbón de leña de la región.

En el mundo del noroeste, tan diferente de las pampas rioplatenses, ningún trozo de Europa había sido trasplantado, nadie intentaba implantar las pautas de vida del capitalismo financiero ni el modelo sofisticado de las élites euronorteamericanas.

Las más duras condiciones de existencia se atenuaban mediante recursos tradicionales: la religión consolaba a los pobres, aunque en los vastos espacios argentinos fueran escasas las capillas y los sacerdotes. Distintas fiestas, las de la trilla en Cuyo, las mingas riojanas, los célebres misachicos del norte y los velorios del angelito que remataban en bailes, daban oportunidad de divertirse. No se abandonaban en los pagos rurales ni las carreras de caballos, ni las boleadas de avestruces o de guanacos (aunque en las pampas rioplatenses los nuevos alambrados estorbaban este antiguo género de entretenimiento). Había también diversiones menos santas, como los juegos clandestinos, celebrados a puertas cerradas y a los que no podían concurrir los hijos de familia ni los dependientes. Y, por supuesto, la pulpería era el gran centro de la sociabilidad criolla. Allí, entre copa y copa, bajo la mirada vigilante del patrón, protegido por la reja del mostrador, los paisanos trababan amistad, escuchaban historias de otros pagos y alguna que otra vez se trenzaban en duelos sangrientos a cuchillo.

Progreso y tradición, viejos y nuevos hábitos colectivos, pampas, serranías y oasis, gringos, indígenas y criollos, patronos, asalariados y clase media rural, todo formaba parte de los distintos rostros de la Argentina rural de los años ochenta. ■

4. La alta sociedad y el submundo

Hasta 1880 la sociedad argentina se movió dentro de los esquemas que venía arrastrando desde las épocas de la colonia. Las riquezas importaban en tanto se complementaban con otros valores fundamentales: honra, hidalguía y linaje. El utilitarismo de los nuevos tiempos convirtió al dinero en un dios por todos reverenciado, capaz de encumbrar rápidamente a quien mostrara talento para ganarlo en grandes cantidades. Apellidos desconocidos se prestigiaron; otros, antiguos e ilustres, se hundieron en la clase media. Mientras tanto, la pobreza, con su inagotable carga de males, pesaba sobre la vida de la gran mayoría de los habitantes del país.

En 1884, la provincia de Buenos Aires poseía el 61 por ciento del capital nacional y la ciudad de Buenos Aires el 23 por ciento: el 16 por ciento restante estaba repartido en las otras provincias. Estas cifras son elocuentes: la clase alta, en su gran mayoría, estaba radicada en la Capital Federal y en la provincia más importante. ¿Quiénes integraban este sector, cómo vivían, qué transformaciones se suscitaron en su seno en la década que estamos analizando?

Vieja y nueva aristocracia

Hay un elemento nuevo que irrumpe en la vida del país a partir de 1880, aproximadamente: la avaricia de dinero. Hasta entonces, la sociedad argentina mantenía valores entre los cuales, desde luego, figuraba la riqueza, pero sin excluir otros de distinto carácter. En los años de los que hablamos, el dinero se convierte en una obsesión para todos. El utilitarismo es la tendencia dominante en los poderes públicos: los mensajes presidenciales, los artículos de la prensa, la mayoría de las

expresiones públicas se refieren a la construcción de líneas ferroviarias, de transporte urbano, puertos, puentes... Los jóvenes de la clase alta ya no eligen las antiguas profesiones de prestigio, civiles o militares: ahora quieren ser propietarios de tierras, financistas, rematadores o corredores de bolsa; evidentemente, los valores sociales están cambiando de manera muy rápida.

Hay, en consecuencia, un ascenso de hombres nuevos, que no son admitidos con agrado por los sectores tradicionales, pero que gracias al dinero adquirido se introducen en las clases altas y terminan por ser aceptados. «Es frecuente -se lee en *La Nación* del 12 de septiembre de 1889- encontrarse con hombres y jóvenes que hace poco hacían antesala para obtener un modesto empleo o llevaban vida sencilla, arreglada a las circunstancias, arrellanados ahora en los mullidos cojines de sus elegantes carretelas, arrastradas por soberbios troncos y servidas por cocheros y lacayos de aparatosa librea.» La gran vida europea trataba de transplantarse a la vieja aldea, a cualquier costo.



Una acuarela de Della Valle muestra los bosques de Palermo. En el siglo XVI, poseyó estas tierras Juan Domínguez Palermo; mucho más tarde, Rosas estableció allí su residencia. El parque Tres de Febrero fue inaugurado por Avellaneda en 1875, convirtiéndose en el paseo preferido de la sociedad.

Tres figuras notables de la alta sociedad porteña del ochenta: el estanciero Joaquín de Anchorena (abajo, izquierda), la señora Carolina Lagos de Pellegrini (abajo, derecha), presidenta de la Sociedad de Beneficencia, y José Evaristo Uriburu (pie de página), fotografiado en su residencia particular junto a su familia.



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



El Club del Progreso (al pie, izquierda), ubicado en Perú y Victoria, era el centro social más importante de Buenos Aires. Sus bailes de carnaval, como el que muestra la revista La Ilustración Sud-Americana (al pie, derecha) eran famosos, así como sus reuniones con motivo de las fiestas patrias. Viñeta: revista La Elegancia.

El éxito podía haber llegado a través del itinerario que describe Segundo Villafañe en *Horas de fiebre*: socio de la Bolsa de Comercio, ejercitado en «las grandes especulaciones de tierras». El nuevo rico, con o sin apellido tradicional -cuenta Villafañe- había dejado atrás la vida silenciosa y sin complicaciones sociales heredada de la colonia por los patricios argentinos. Ahora «gastaba gran tren, magníficos carruajes, troncos de rusos importados expresamente para él. Almorzaba y comía a lo príncipe en los clubes y cafés de moda; se vestía en los mejores sastres, se hacía traer ropa blanca de Inglaterra y levitas de Pool, y malgastaba algunas horas en Palermo guiando su faetón o parado en la calle Florida con un grupo de amigos.» En *La Bolsa*, Julián Martel hace similares descripciones.

Había estancieros que podían sostener este tren de vida, puesto que la explotación rural era el gran negocio de esos años. Muchos de ellos llevaban apellidos que habían empezado a destacarse en la época de Rosas o aún antes, como Anchorena, Terrero, Cobos, Cano, Sáenz Valiente, Guerrero, Cascallares, Ramos Mejía, Campos. Esa lista se repite y amplía en la formación de sociedades anónimas destinadas a la adquisición y explotación de tierras, urbanas y rurales, como la que en enero de 1888 se organiza para explotar ocho leguas cuadradas en Cruz Alta (Córdoba) con la participación de Alfredo de Arteaga, Angel Sastre y Miguel Juárez Celman, o la que Carlos Pellegrini y otras personas integran el mismo año para la compra, construcción y arrendamiento de casas en Buenos Aires.

Tal vez tenga razón *La Prensa*, cuando el 9 de marzo de 1888 editorializa acerca de los poseedores de fortuna que la incrementan sin moverse de sus casas, desentendiéndose de toda actividad industrial. «Las grandes fortunas -dice el diario de Paz- proceden principalmente de la valorización de los campos.»

Hay bancos y sociedades financieras que incorporan a sus directorios a miembros de la élite tradicional. Muchos individuos de la clase alta deben su fortuna a los redituables conventillos, como el padre de José Manuel Estrada, dueño de no menos de 300 viviendas, o Mariano Unzué, propietario de inquilinatos en la Boca.

En cambio, ningún componente de la clase alta figura entre los que ejercen la



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

incipiente actividad fabril. Así lo consigna en 1882 *La Industria Argentina*, órgano del Centro Industrial Argentino. El ganar dinero por medio de tal ocupación no está en los propósitos de este grupo social. Su actividad se centra en la adquisición y venta de tierras, la especulación, las rentas inmobiliarias y la explotación de sus estancias, generalmente heredadas. Así, la clase alta argentina desvaloriza el trabajo manual y con él, esa «ética del trabajo y del ahorro» tan cara a los partidarios del spencerismo, triunfante en los Estados Unidos e Inglaterra, pero asumido en la Argentina solamente en algunos aspectos.

Este heterogéneo conjunto social tenía una radicación geográfica y unos hábitos que lo identificaba fácilmente, al menos en Buenos Aires, cuyo desarrollo urbano durante la década de 1880 constituyó un lento proceso de segregación de clases.

Muchos ricos emigraron hacia el norte de la ciudad, ya fuera para construir sus casas o comprar las que existían en las nuevas y amplias avenidas que se habían abierto y empedrado, entre otras la avenida Alvear. Los pobres fueron quedando relegados a los barrios de los conventillos. El itinerario de ostentación del estanciero finalizaba casi siempre con la compra de una lujosa mansión en el Barrio Norte. Así se explica el tremendo aumento de los valores de las ventas de tierras e inmuebles urbanos: en 1886 alcanzaban a 27 millones de pesos oro; tres años más tarde, la cifra aumentó a 150 millones de igual moneda.

Al llegar a la ciudad, la transformación del hacendado es total. Se asocia al Club del Progreso y luego al Jockey Club, pasea su indiferencia por la calle Florida, y sus hijos y él -apunta Sarmiento- viajan «periódicamente a Europa llevando miles de pesos obtenidos con la venta de sus animales». Al mismo tiempo, intensifican el uso de símbolos que señalan su posición social y se ungen con una presunta o real ascendencia aristocrática. En realidad, los antepasados de la mayoría de los integrantes de la clase alta porteña habían sido pulperos, contrabandistas, pequeños comerciantes o abastecedores del ejército: el *Anuario del Comercio, de la Indus-*



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

tria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Aires editado en 1854 registra muchos apellidos de la posterior clase dominante en menesteres de ese tipo. Habían tenido una concepción de la vida muy simple: reunir el máximo posible de tierras y esperar su valorización. Entonces, en menos de una generación, el inmigrante es el que pasa a ejercer el comercio minorista y los oficios manuales, en una rápida reversión del proceso. En *Silbidos de un vago*, Eugenio Cambaceres imagina la biografía del abuelo de uno de los protagonistas: de peoncito de campo a estanciero. Luego, con casa en el Barrio Norte, coche y palco, más la adscripción a la Sociedad Rural, a la Comisión de Higiene de la parroquia y a «un club político cualquiera», el ingreso a la clase alta se ha concretado. Con esta transición, venía un cambio de costumbres que seguramente hubiera asombrado a sus padres.

Paseos, fiestas y otros géneros de diversiones

En *Perfiles y miniaturas*, colección de artículos editada en 1889, Martín García Merou se refiere a «la *villegiature*, esta costumbre extranjera que, como tantas otras, hemos adoptado con pasión entusiasta». En efecto, es la década en que empiezan a ponerse de moda los paseos por los bosques de Palermo, los *garden parties*, las excursiones a las quintas de Acassuso, Flores, Adrogué, Témporley, Ramos Mejía, San Isidro y Lomas de Zamora, así como los veraneos en la pequeña ciudad balnearia de Mar del Plata. Estas andanzas son facilitadas por el ferrocarril; ya han quedado atrás los incómodos viajes en coche o diligencia.

Paseos y fiestas... Nuevas danzas van desplazando a las tradicionales, las que se bailaban separadamente. En el vals, el



Pie de página: una postal coloreada del pueblo de Belgrano, declarado en 1880 por Avellaneda residencia de las autoridades nacionales. En 1887 se determinó su anexión a la Capital Federal, convirtiéndose en barrio. Izquierda: un periódico de moda femenina, *La Estación*, dedicaba una sección a la ropa deportiva.

Paseando por Palermo

“Bajo el sol radiante y alegre, bajo el inmaculado cielo azul, la sociedad de Buenos Aires se precipita en marcha triunfal por la barranca de la Recoleta, en dirección a Palermo. Es un desfile deslumbrador, un espectáculo soberbio. Los paseantes burgueses que van a respirar un poco de aire, solazándose bajo los árboles, contemplando la superficie de los lagos poblados de cisnes y patos de colores varios, recorriendo el interior de la fantasmagórica gruta, probando las emociones del derrumbamiento en los declives de la montaña rusa, y extasiándose ante la caída de agua que veta con hilos de plata los flancos de la roca artificial, se detienen absortos a contemplar la avalancha de carruajes que desemboca en la avenida Alvear.

devoren a las lindas damas que cruzan como hechiceras visiones ante vosotros. Es preciso gastar coche, trampear al sastre, si no hay con qué pagarlo, frecuentar teatros y salones, para que ellas os hagan la gracia de una mirada o una sonrisa. Es preciso ir a la Bolsa, al club, jugar a los títulos, al *lansquenet*, al *baccarat*. ¡Miradlas cómo pasan sin veros!! Y qué bellas son!...» (Julián Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, 1905)



»¡Pobres burgueses! Mozos de tienda, de almacén, empleadillos de todas clases, es inútil que vuestros ojos

brazo del bailarín toma la cintura de la compañera, mientras la mano de ella se apoya levemente en la espalda de su pareja: era todo una revolución en los hábitos galantes. Lucio V. López describía un baile celebrado en 1882 en el Club del Progreso: «La enlacé estrechamente y la imaginación debió traerme, como una brisa en aquel momento, el suave perfume de Fernanda. Blanca reclinó su mejilla sobre mi hombro, el muelle contacto de sus manos estremeció mi pecho, toméle la mano con fuerza y rodeando su talle flexible y admirable, la danza lasciva nos arrebató en su torbellino. Bailaba como una inglesa de la vieja estirpe; sin reservas pero también sin el grosero materialismo de una mundana. De vez en cuando, los vaivenes ondulantes del vals, en que los cuerpos se deslizan con música, nos unían involuntariamente, y yo sentía ese estremecimiento inexplicable que produce la lucha de la timidez con la audacia,

Colección Mario Deffis





cuando el cuerpo de una mujer joven y linda toca y calcina esta miserable arcilla humana de que están hechos todos los seres, desde Satanás hasta San Antonio.»

Había residencias famosas por su perfección en el arte de recibir, entre ellas las de las familias Alzaga, Sáenz Peña, Lahitte, Avellaneda, Victorica, Quintana, Unzué, Anchorena, Obregón, Villar, Ocampo. Precisamente con motivo de una fiesta en la casa de los Ocampo, el diario *Sud-América* hacía esta característica crónica: «Fuimos allí y encontramos reunidas en la espléndida casa del señor Ocampo una infinidad de familias conocidas, como ser las de Obligado, Cordero, Acuña, Mejía, García Quiroga, Thomas, etc. Entre los caballeros, los más *gommeux* de la *haute gomme*. La familia Obregón, con aquel *savoir faire* que es particular en toda la gente que pertenece a la *fine fleur*, hicieron los honores de la casa con mucha amabilidad.» Con razón, Lucio V. López diría poco más tarde, refiriéndose a aquella década: «No era *chic* hablar español en el gran mundo; era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas y muchas francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado, para acreditar raza de *gentilhombre*...» Y aún en la literatura, algunos escritores -Cambaceres en *Potpourri*, por ejemplo- usaban ese recurso.

Este súbito afrancesamiento no es extraño: en junio de 1889, más de cien argentinos residían en uno, sólo uno, de los hoteles de París, el Grand Hotel. Muchos lo hacían con motivo de la Exposición Universal y para asistir a la inauguración de la Torre Eiffel. En la Ciudad Luz, algunos salones de argentinos eran frecuentados por los viajeros distinguidos: tales, los de José C. Paz, en la Rue de Teheran, en el aristocrático barrio de Parc Monceau, o el de Angel María Méndez, consuegro de Mitre y cónsul en Francia, sobre los Champs Elysées, o los de Santiago Alcorta y Margarita C. de Chenaut. Muchos jóvenes argentinos estudiaban, por aquellos años, en colegios de Francia o Gran Bretaña.

Sin embargo, las nuevas costumbres no incluían la presencia de la mujer en lugares como cafés y restaurantes. «En la Argentina -observaba Modrich en 1890- nadie recuerda haber visto en un café a una señora *bien*.» De modo que la confitería del Aguila -en la calle Florida-, el café de París, el restaurant Mercier, la Rotisserie Française, el Criterion y el Aues Keller contaban exclusivamente con un público masculino. Tampoco concurrían las mujeres al Club del Progreso ni al Jockey Club, fundado por Pellegrini, Vicente L. Casares y Santiago Luro en 1882, salvo, por supuesto, a los

grandes bailes que se efectuaban ocasionalmente. Pero si esto ocurría en Buenos Aires, peor era esta situación en el interior. Una maestra norteamericana que vivió en Córdoba y en Corrientes, Jenny E. Howard, dice que «las jóvenes eran mantenidas en parcial reclusión durante su más temprana doncellez. Nunca se las veía en público sino bajo la custodia de algún familiar de más edad o de alguna dama de compañía...»

Las capas medias

Ya se sabe de la dificultad de definir a la clase media, y aunque este sector social tenía en la década de 1880 una extensión e importancia menor de la que adquirió después, su descripción resulta una tarea muy compleja. Pequeños comerciantes, artesanos, empleados públicos, especialistas en diversos servicios, con una gran proporción de extranjeros, formaban la incipiente clase media argentina, que también era integrada, obviamente, por antiguos componentes de la clase alta venidos a menos y trabajadores en ascenso.

Pero en esta época hay una franja interesante dentro de la clase media: los que llevan apellidos tradicionales y se debaten en la medianía, fenómeno que ocurre sobre todo en el interior, donde el impacto

La clase alta vivía en la zona norte de la Capital. La avenida Alvear (página 166) era la calle más elegante. Abajo: el palacio Uriburu (izquierda), construido en Villa Elisa, y un almuerzo en el hotel Bristol de Mar del Plata (derecha). A pie de página, el hipódromo de Palermo, según Della Valle. Viñeta: aviso de la revista La Familia.



Archivo General de la Nación





Penurias de los trabajadores

Por razones suficientemente conocidas, la inmigración de ultramar, que comenzó a llegar al país en el transcurso de la segunda mitad del siglo pasado, se radicó en algunos centros urbanos y su aporte fue fundamental en la composición de los sectores populares de dichas ciudades, sobre todo en Buenos Aires. Esta inmigración comenzó a ser masiva a partir de los años ochenta. El período transcurrido entre 1881 y 1889 fue de incesante aumento, incorporándose al país un total de 824 595 extranjeros.

Esta considerable masa de población generó demandas que los centros receptores no estaban en condiciones de satisfacer, por carencia de una infraestructura adecuada. Tal fue el caso de la vivienda: hubo un creciente desequilibrio entre la oferta y la demanda como consecuencia de una inadecuada correlación entre el rapidísimo aumento de la población y el menor ritmo de la edificación. Consecuencia directa de esto último fue el aumento del precio de la propiedad y de los alquileres, incrementos debidos también a la constante valorización de la tierra. Así se desarrolló la especulación, tratando de sacar el máximo interés de la renta inmobiliaria, y así también empezaron a surgir los conventillos, antros de miseria, suciedad e inmoralidad que albergaban a extranjeros y argentinos pobres, hacinados en un cuarto que a la vez que dormitorio para todos era cocina, comedor y taller de trabajo. En 1887, los moradores de los conventillos constituían nada menos que la cuarta parte de la población total de Buenos Aires.

En 1880 el salario de un obrero calificado era de 1,50 pesos oro; en 1885, de 1,95 pesos oro. A partir de entonces

comenzó un largo período de deterioro del salario real, a causa de la inflación creciente. Años después, los efectos de la crisis del 90 acentuaron aún más la depreciación del salario, que llegó en 1891 a 0,81 pesos oro. Entre ambos extremos, el máximo de 1885 y el mínimo de 1891, el salario real se redujo en un 54 por ciento. Mientras tanto, los precios de los artículos de primera necesidad -calculados en oro- mantenían sus antiguos niveles, y los alquileres subían precipitadamente. La situación era mucho más grave dado que la mayoría de los trabajadores no realizaban tareas calificadas, y por lo tanto su salario estaba muy por debajo de los que hemos señalado para aquellos con oficio.

La falta total de una legislación protectora del trabajo y una organización gremial muy débil todavía para rebelarse con éxito ante la explotación completaban el cuadro de la situación de los trabajadores en la década del ochenta.

José Panettieri

Decano de la Facultad de Humanidades de La Plata; ha publicado numerosos trabajos de investigación sobre historia económica y social, entre ellos, *Los trabajadores*.



Colección Mario Deffis



Archivo General de la Nación

del progreso es menor. Es notable observar el apoyo que reciben de aquellos que habían sido sus pares, los familiares más afortunados. Un puesto oficial, la carrera de las armas, la diplomacia, son algunas de las puertas que se les abren para solucionar sus dificultades económicas. La situación de los «venidos a menos» es una constante en la literatura finisecular, como lo es el tema de los esfuerzos que algunas familias deben realizar para «mantener las apariencias». El protagonista de la ya citada novela de Segundo Villafañe, que «lucha por mantener su posición antigua en la escala social a la que había pertenecido», es un ejemplo de ello.



En una postal de la época puede verse la calle Artes (hoy Carlos Pellegrini) desde la esquina de Arenales (izquierda). En el centro, una fotografía de la colección Pillado muestra la imagen de un conventillo en 1880: en esa época Buenos Aires tenía 1770 conventillos, donde pernoctaban 50 000 personas. Viñeta: aviso de La Semana Rural.



El puesto público, aumentado en número a lo largo de la década por un Estado nacional cada vez más vasto y un sistema educativo que brinda trabajo y jerarquía a las mujeres que ejercen la profesión de maestra, es una salida frecuente: de los 60 000 habitantes que tiene La Plata a los ocho años de fundada, la mayor parte depende de una u otra manera de la administración pública bonaerense. Y en las provincias del interior, el «botín» del puesto público se convierte en un aspecto fundamental de las luchas políticas.

Existe también otra vía clásica para solucionar los problemas de las familias tradi-

Viejos recuerdos

Desde mis primeros años tomé contacto espiritual -a través de mi abuela Emilia de Puch- con personajes de aquella nostálgica década del ochenta. Eran tiempos de tertulias, de grandes sombreros, de galeras y polainas, de hebillas y botones. El cupé y el landó dominaban los adosquines de la gran aldea. No había acontecimiento que transcurriera sin ser visto y comentado por todo el vecindario. La existencia cotidiana se deslizaba con parsimonia, interrumpida acaso por uno que otro alboroto político.

Me fascinaba sentarme a escuchar las anécdotas de mi abuela. Muchas veces asistían mis primos, pero bien pronto se aburrían y pretendían que fuera a jugar con ellos. Yo hacía caso omiso de la invitación y permanecía en silencio, inmóvil como una estatua, esperando lo mejor: las fotografías. Eran los viejos y en algunos casos borrosos daguerrotipos del álbum familiar de tapas de nácar y terciopelo, que insinuaban siluetas de ilustres caballeros, de elegantes damas. Fraques y bigotes, faldas abullonadas y mitones de encaje desfilaban con prestancia ante mis azorados ojos, los que nunca se cansaban de mirar. Cada retrato venía acompañado de una evocación, de una pequeña historia. «Este es Santiago de Estrada, y este otro don Isaac Fernández Blanco, aquél don Vicente Quesada, y éste Valentín Virasoro», se detenía mi abuela ante las distinguidas figuras de unos señores de sobria vestimenta y particular estilo que alternativamente posaban junto a mi abuelo o a mi bisabuelo. En alguna salita rococó, sentadas en cómodas poltronas, con telones de vistosos paisajes detrás, aparecían invariablemente señoras de amplios faldones y abundantes puntillas que sólo hacían ima-

ginar susurros de seda o recuerdos de aristocráticos salones, de candelabros, de violetas azucaradas, de pasteles, de ambrosías, de refrescos de horchata. Eran, entre otras, Trinidad Velarde, Eulogia Tedín, Clementina Rolón de Balestra, doña Carmen de Zuviría. Estas incursiones periódicas que me permitían penetrar en el pasado, en ese mundo romántico moldeado de perfiles que hoy borra el silencio, enriquecían mi espíritu más que cualquier otro entretenimiento. Ecos de voces queridas, suavizadas entonces por el tiempo y la distancia, parecían acompañar cada una de esas lecciones de tradición oral, de las cuales yo era una de las más entusiastas discípulas. Y mi abuela y los retratos y las historias continuaban... Contaba de su boda en 1885 con el doctor José María Caballero, médico que más tarde asistiría a la mayoría de las señoras de nuestra sociedad; de su tía abuela doña Juana Manuela Gorriti, por quien tenía una profunda devoción, y de tantos otros personajes que transitaban por esa década y que merecen ahora el mejor homenaje que pueda rendirse con reconocimiento y afecto: el de la memoria ■

Teresa Caballero

Escritora y periodista. Autora de *Nueve cuentos y una invitación* (Faja de Honor de la SADE, 1970), de *La telaraña*, cuentos, y de la novela *La réplica*.

Abajo, izquierda, vendedor de pasto, de un concurso de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, 1891. A la derecha, la calle del Pecado -después llamada Aroma-, en la que se agrupaban prostíbulos de ínfima categoría; desapareció cuando se construyó el Ministerio de Obras Públicas. Pie de página: venta callejera de alimentos.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

cionales que van resbalando en la pendiente de la escala social, el casamiento de los hijos varones con la hija de algún inmigrante enriquecido, un enlace que beneficia a las dos familias a través de un intercambio de valores: dinero por jerarquía social. En un nivel económico superior, el mismo fenómeno ocurre contemporáneamente con los miembros de la nobleza europea y las hijas de los millonarios norteamericanos.

En estos indefinibles pero perceptibles sectores de la clase media existe una moderada vocación de imitar a los segmentos conspicuos de la sociedad; el fenómeno se agudizará en las décadas siguientes, pero ya hay indicios de su realidad. Un viajero italiano que visita la colonia Esperanza antes de 1890 manifiesta su asombro: «Busqué aldeanas vestidas con su traje de fiesta y hallé, por el contrario, graciosas damas con mucho sombrero y mucha sombrilla y, en fin, [todo lo que constituye] el adorno de una señora elegante. Supuse que serían forasteras que estuviesen allí de temporada; pero supe que eran indígenas, o cuando menos aclimatadas. Vi también muchos hombres con sombrero de fieltro, a la última moda de París, casi todos de copa, y supe también que eran naturales o vecinos del pueblo, de suerte que yo, tipo de importación, parecía allá humilde y modestísimo colono...»

Otro viajero alude a formas de integración que seguramente ejercía la naciente clase media: luego de indicar que muchos inmigrantes pertenecen «a la clase más ínfima, la que en Europa vivió en cierta esfera de esclavitud», advierte que los mismos «principian por admirar el porte franco del criollo, su aire, sus maneras, su insolencia con la autoridad, y acaban por imitar todo, desde la manera de ser hasta el chiripá».

Entre estos escasamente precisos andari-veles hervía el crisol donde se estaba formando una clase media que décadas más tarde sería el elemento más característico de la sociedad argentina y su rasgo distintivo frente al resto de América Latina; dicho rasgo constituyó durante décadas un verdadero orgullo, un privilegio del que solamente podían jactarse muy pocos países del mundo entero.



En el interior de un conventillo,
un zapatero remendón ejerce su oficio.
Santiago de Estrada diría de los
conventillos: «los que lo habitan entran
sin conocerse, viven sin amarse y mueren
sin llorarse. En ellos crecen centenares
de niños, raquíticos y enfermizos como
las plantas colocadas en la sombra.»
Viñeta: sirvienta, en El Mosquito, 1886.





Derecha: algunas lavanderas seguían fregando en las aguas del río. Para las mujeres pobres, las únicas ocupaciones posibles eran el servicio doméstico, la costura o la prostitución. Abajo y en el centro: dos vendedores ambulantes, el de pescado y el de carbón, personajes cotidianos de la época. Viñeta: aviso de El Indicador Argentino.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Los trabajadores

Una versión idílica que el argentino medio ha conservado, describe los años que analizamos como el momento histórico en que los trabajadores, sobre todo los extranjeros, vivían, comían, trabajaban y se divertían de un modo que justifica la idea de que el país constituía un paraíso para la gente laboriosa. Sin embargo, los datos remiten a otra realidad.

Los trabajadores, urbanos y rurales, carecían de la más elemental protección legal. Sus salarios y condiciones de labor se fijaban exclusivamente en base a la ley de

la oferta y la demanda, no estaban amparados por ninguna cobertura en caso de accidente, despido o muerte, ni existía nada semejante a un sistema de salud o de previsión. Pero esta situación no era sólo propia de nuestro país ni tampoco afligía exclusivamente a la clase obrera, pues también los sectores modestos de los empleados de comercio o de la burocracia oficial la padecían.

Las jornadas de trabajo en los centros urbanos se extendían de diez a doce horas en verano, y a nueve en invierno. Los dependientes de comercio, por ejemplo, trabajaban los treinta días del mes: no ha-

bía para ellos descanso dominical. El costo de la vida se incrementó a lo largo de la década del ochenta, sobre todo en algunos rubros esenciales: Lucio V. Mansilla reconocía en el Congreso Nacional, en 1889, que en poco tiempo la carne había subido en un 100 por ciento. Los alquileres eran muy altos y la carestía de las viviendas se traducían en el auge del conventillo: sobre un total de 500 000 habitantes que tenía Buenos Aires hacia 1890, casi 100 000 vivían en conventillos. Pero de algún modo, el inquilino del conventillo tiene vivienda fija, pues hay casos peores. Santiago de Estrada describe la práctica de la «cama caliente», don-



Abajo: atorrantes, según una foto de Francisco Ayerza. El término parece provenir de los desposeídos que pasaban la noche en los tubos destinados a derivar el agua del río, pertenecientes a la firma A. Torrent. Habían establecido su cuartel general en la barranca de la Recoleta, en un espacio que se extendía hasta llegar a las aguas corrientes.



Archivo General de la Nación



de duermen «sucesivamente tres o más personas, que esperan a que les llegue el turno sentadas en los umbrales del conventillo». Y aun con mayor dramatismo, agrega: «existen cuartos atravesados a lo largo por una cuerda llamada maroma, en la que se apoyan por los sobacos algunos bárbaros que duermen de pie, como los gansos o las grullas».

No es, entonces, casual que los índices de mortalidad sean más elevados en los barrios de conventillos: en 1889, el 80 por ciento de los fallecidos a causa de la tuberculosis fueron obreros que vivían en las zonas de conventillos. Tampoco es ca-

sual que en los últimos años de esta década comiencen a estallar movimientos de protesta: en enero de 1888, los sirvientes de hoteles, los cocheros y los panaderos; en octubre del mismo año los trabajadores del Ferrocarril Sud, que exigen que se les abonen los salarios en oro; al mes siguiente, los obreros fundidores de la casa Bash. En enero de 1889 hacen huelga los obreros del Riachuelo y del ferrocarril a Rosario; en junio, los de las fábricas de cigarros. Es que la desvalorización del papel moneda, el alza en el costo de la vida y la febril especulación que caracterizan las vísperas de la crisis del 90, se hacen sentir duramente en los sectores populares, y

entonces algunos de los gremios más afectados protestan con la única arma de que disponen por entonces.

Frente a estas realidades angustiantes, la gente humilde acude a algunas vías de escape; en primer término, la bebida. La tercera parte de los 18 000 individuos detenidos en 1882 por la policía, lo son por ebriedad; en 1887, sobre una población de más de 400 000 habitantes, hay 50 000 detenidos por la misma circunstancia. Pero también hay evasiones menos destructivas, como los espectáculos públicos. En once meses de 1887, nada menos que un millón y medio de personas asiste

a salones de diversiones, espectáculos y deportes, principalmente los juegos de pelota. Hacia 1880 se había impuesto el deporte vasco como espectáculo y motivo de apuestas por dinero; los deportistas son *pelotaris* profesionales, contratados en España por cifras astronómicas, que residen en la Argentina durante los ocho meses que dura la temporada. En el año crítico de 1890, el público que asiste a los frontones no baja de un millón y muchos viajeros consideran que el Frontón Nacional y la Plaza Eúzkara son simples sucursales de la bolsa o el hipódromo, tanta es la cantidad de dinero que se apuesta. Alem fustigará en sus discursos la concurrencia desatinada a los locales de estas características, que poco o nada tienen de deportivos.

La gente sin dinero o con pocos recursos tiene a mano una diversión barata y prolongada: el Paseo de Julio, tendido a lo largo del muelle y de las vías del ferrocarril, coincidiendo, más o menos con el trazado de la actual avenida Leandro N. Alem. En una de las páginas del *Almanaque Peuser* de 1889 se dice: «Los domingos de cuatro a seis de la tarde suele estar algo concurrido. Allá van en primer lugar, los *atorrantes*, que lo consideran como único hogar, y lo que se puede llamar *la burguesía* de la ciudad, esa clase media que a pesar de estar bien acomodada tiene las horas del día sujetas a una distribución equitativa y laboriosa.» También está el Prado Español, un sitio de diversión ubicado en el centro de la ciudad, al que frecuentan muchos obreros. El dia-

rio *Sud-América* describe en su edición del 2 de enero de 1888 el popular salón de baile: «Unas cuantas mujerzuelas de vida airada y muchos compadritos orilleros se entregan a los placeres de la danza de una manera muy libre, concluyendo generalmente las fiestas a sopapos.» Es probable que haya exageración en la información, porque compadritos, prostitutas y otra fauna marginal concurrían, más bien, a las casas que existían sobre las calles Balcarce, Corrientes, Uruguay y del Parque (actual Lavalle).

La clase baja rural

Si los trabajadores urbanos, de todos modos, se van beneficiando lentamente

Una sociedad indiferente

El cosmopolitismo de Buenos Aires y la desestructuración social que ello implicaba, inspiraron a mediados de los ochenta las siguientes reflexiones a Francisco Dávila.

«Entrando en consideraciones de otro linaje, a pesar de la holgura que tal estado denota, no es la vida en este centro del todo amplia y satisfactoria. Debido a la falta de otros lazos que no sean los que estrecha el interés, el habitante en general se aísla en sus muy contadas expansiones, no hay esa comunicación simpática que en otras partes se observa, mancomunándose y vinculándose en todos los actos que promueve al trato íntimo y frecuente. Cada cual se atiene a sí mismo o a los suyos, y sin mayores relaciones amistosas de hogar a hogar y de persona a persona, lo va pasando más o menos bien, pero confinado en su forzado aislamiento y egoísmo.

»Se explica esto en una población como esta de composición variada, donde no existe homogeneidad de

raza, afinidad de gustos, ni uniformidad de aspiraciones, no siendo el lucro diario. Todos son extraños o cuando menos indiferentes entre sí, y tanto el dolor como el goce del vecino, no es cosa que preocupe a nadie que no sea de su predilección o su sangre.

»En cuanto a costumbres propiamente dichas o sea en igualdad y peculiar pureza no existen aquí, ni en las casas de tono, ni en las familias menos acomodadas, cada hogar tiene las suyas. Hábitos y usos más característicos fueron perdiendo su predominio o por lo menos menguándose con la frecuente introducción de otros estilos, modos y prácticas domésticas importadas por el extranjero, llegando a asimilarse, sino a absorber del todo esa herencia de raza.» («La Babel argentina», en *El Correo Español*).

En la sociedad porteña de los años ochenta aparece un nuevo tipo humano, producto del desarraigo. Es el

«atorrante», sobre el cual escribió Juan A. Piaggio:

«Buenos Aires se permite el lujo de una sociedad de protección de los animales, mientras que sus plazas y sus paseos están poblados de entes extraños que presentan a cada paso un lado horripilante de la miseria humana: son los atorrantes.

»El atorrante no es vicioso, su cuerpo no está enfermo, no es, generalmente, viejo a quien agobia la carga de su cabeza blanca. Al contrario, suele ser joven y sano. Su techo es el cielo de Buenos Aires, su lecho un banco, un caño, una acera, todo el suelo de la ciudad. Su vida es solitaria, incierta, sin dolor ni trabajo, sin llanto ni sonrisas...» (*Tipos y costumbres bonaerenses*, Buenos Aires, 1889) ■



Abajo, izquierda: una fotografía de Christiano Junior muestra a un típico vendedor ambulante de frutas. Abajo, derecha: los indígenas vencidos, como estos del Chaco, se encontraban en una condición de sometimiento muy similar a la esclavitud. Viñeta: pajarero, del almanaque publicado por El Mosquito en 1886.

con las modificaciones de una economía que, pese a la crisis, tiende a la expansión, no sucede lo mismo con los asalariados rurales. En la relación laboral entre patrones y peones existe un tercer elemento, a veces tácito, pero muy concreto en otros casos: la policía. El Código de Policía Rural de 1884 para la provincia de Buenos Aires impide que el peón pueda abandonar su trabajo antes de finalizar lo estipulado con su patrón. Y la «ley de conchabo» de Tucumán determina que los jornaleros están obligados, bajo severas penas, a concurrir a sus tareas, precisando que los que falten sin licencia del patrón o sin aviso «serán castigados con un día de arresto o una multa de un peso moneda nacional, y entregados al patrón, cumplida la condena».

Es claro que las condiciones de vida y de trabajo en la provincia de Buenos Aires son muy diferentes a las del interior; en general, los salarios que reciben los trabajadores rurales bonaerenses suben entre 1860 y 1895 en un 100 por ciento. Pero también hay que tener en cuenta que el precio de la lana, en el mismo período, ha aumentado en un 300 por ciento, y algo similar ocurre con los cereales, los cueros y el ganado ovino y bovino, además del valor de la tierra, que crece por encima de los índices de inflación de la época. De modo que el asalariado rural participa poco o nada de los beneficios de la expansión que vive el sector agropecuario en aquella década y puede decirse que su situación es la misma de cien años atrás. En la *Instrucción del estanciero*, de

José Hernández, editada en 1882, el autor describe a los establecimientos rurales como unidades militares y postula la necesidad de que el patrón se haga respetar «como un oficial con sus soldados, para que le obedezcan».

Pero hay un sector de la población rural que en esos años vive un drama singular: son los gauchos libres, dedicados antes a la caza de ñandúes y otra fauna menor, o a cuidar sus pequeños rodeos o rebaños. Con la conquista del desierto desaparece la zona marginal que había sido su refugio, y esos criollos deben dispersarse: los campos ahora se reparten, se alambran y se explotan. A solicitud de los adquirentes de tierras, en 1881 empieza a «reubicarse» a esta gente: ese año se detiene a



Un resero (abajo) y un grupo de matacos confinados en un ingenio tucumano (pie de página). El progreso de la economía agroexportadora iba acompañado del mantenimiento de duras condiciones de existencia para la gran masa de trabajadores rurales.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

10 000 pobladores; en 1882 este número se duplica, y se triplica al año siguiente. Sin títulos de propiedad ni influencia, son calificados por las autoridades de «vagos» y «bandidos». Una memoria oficial dice en 1883 que «en esos territorios ha encontrado la policía boleadores de aves-truces, infractores de toda especie que antes no eran perseguidos y que ahora ha sido necesario alcanzar y someter a la justicia». Los perseguidos, en el mejor de los casos, se convierten en peones; otros permanecen desocupados, bajando cada vez más la escala social. Porque «informase en 1881- «una gran parte de nuestros campos se han cercado y la necesidad de peones permanentes en las estancias ha disminuido». Sin embargo, en los *Anales de la Sociedad Rural* de 1883 se lee que «vegetan en ella [la provincia de Buenos Aires] unos 131 161 individuos sin profesión conocida, que por el hecho de no tenerla son una incesante amenaza para la seguridad general». Seguramente, entre estos individuos se encontraban muchos de los antiguos poseedores de la tierra, ahora desplazados implacablemente por el progreso.

Un párrafo aparte merece un grupo de trabajadores cuya situación los coloca virtualmente en la condición de esclavos: los indígenas vencidos. En 1879 algunos habían sido confinados en la isla Martín García. Más tarde los hombres se repartieron en las estancias a pedido de los propietarios, y las mujeres fueron entregadas por la Sociedad de Beneficencia a las familias pudientes de Buenos Aires y otras ciudades, para el servicio doméstico. Todavía en 1888 el diario *Sud-América* informaba de la llegada a Rosario, procedentes del Chaco, de unos 300 tobas y matacos (todos ellos «feroces», puntualizaba) que se mandaron a Tucumán, a un ingenio azucarero. No puede imaginarse una situación más miserable y sin esperanza que la de estos desdichados. Frente a ella, las penurias de los obreros urbanos y los trabajadores rurales eran un paraíso. Y los placeres de las clases altas, una utopía inimaginable...

5. Chile: conflictos y soluciones

El arreglo de límites firmado con Chile en 1881 fue considerado «el más importante que haya suscripto la Argentina durante su vida independiente». Chile había llevado la delantera en materia de ocupación del sur: en 1876 llegó a afirmar que estaba en «posesión tranquila» de la Patagonia hasta el río Negro. La Argentina aceleró el poblamiento del territorio patagónico con la campaña del desierto, iniciada en 1879. Desapareció el «camino de los chilenos», se fundaron fortines y ciudades y se propiciaron las condiciones para la firma del tratado, gran éxito del canciller Bernardo de Irigoyen. Sin embargo, su ambigua redacción provocó graves incidentes secundarios y peligrosas tensiones.

En la década de 1880 se definió el espacio geográfico de la Argentina moderna. Precisar el ámbito en que el Estado ejercería su autoridad era uno de los problemas acuciantes para la joven república. Estas definiciones se concretaron en la región nordeste, donde la conquista militar del Chaco permitió establecer los límites con Bolivia, Paraguay y Brasil. Pero el logro más destacado de la década fue el arreglo de fronteras con Chile, tanto en la Patagonia como en la Puna de Atacama. De este modo se evitó el peligro de una guerra, aunque las imprecisiones de los documentos firmados, fruto del desconocimiento geográfico de los territorios australes, obligaron en varias oportunidades a recurrir al arbitraje.

La terra incognita

El elemento central del arreglo argentino-chileno fue el Tratado de Límites firmado en 1881, «el más importante que haya suscripto la Argentina durante su vida independiente», según afirma Ar-

mando Braun Menéndez. Junto con el Protocolo Complementario de 1893 y el Laudo Arbitral de 1902, integra el conjunto de documentos que solucionó el delicado problema de los límites entre dos países vecinos, herederos del patrimonio español, que debieron entonces conciliar sus intereses respectivos sobre tierras deshabitadas y, hasta 1880, prácticamente desconocidas.

En efecto, en las últimas décadas del siglo XIX la Patagonia mantenía su condición de *terra incognita*. Habitada por tehuelches y araucanos, yámanas y alakalufes, la cartografía europea se empeñaba en considerarla *res nullius*, denominación aplicada a los territorios no sometidos a la jurisdicción de ningún estado constituido como tal. Pero los gobiernos de Chile y Argentina no admitían dicha pretensión y echaban mano a los antecedentes hispánicos, pues desde los tiempos de Simón de Alcazaba y Pedro Sarmiento de Gamboa (siglo XVI) se había procurado (infructuosamente, por cierto) fundar poblaciones en el extremo sur.



Cumbres cordilleranas, acuarela de Angel Della Valle, notable paisajista que también sobresalió en la pintura de temas campestres; gauchos, indios, malones, domas y payadores. En 1875 Irigoyen negoció un tratado con Chile que hacía correr el límite por las más altas cumbres que dividen aguas.



Abajo: apéndice del informe sobre la cuestión de límites que el doctor Irigoyen (derecha) envió al plenipotenciario chileno Diego Barros Arana. Pie de página: tehuelches fotografiados por Pannunzi. El primero de la izquierda es Sam Slick; a su lado, Casimiro; el penúltimo es Orkeke. Viñeta: Tierra del Fuego, atlas de 1888.

LA QUESTION CHILIENNE

DEMONSTRATION GRAPHIQUE DES INALIÉNABLES AVANCES DU CHILI DANS LE TERRITOIRE ARGENTIN DEPUIS 1840 JUSQU'A 1876 ET JUSQU'A PRESENT.



PREMIER AVANCEMENT
DEPUIS 1840
DROIT DE NAVIGATION

DEUXIEME AVANCEMENT
DEPUIS 1840
DROIT DE NAVIGATION

TROISIEME AVANCEMENT
DEPUIS 1840
DROIT DE NAVIGATION

LE CHILI
DROIT DE NAVIGATION

QUATRIEME AVANCEMENT
DEPUIS 1840
DROIT DE NAVIGATION



Museo Saavedra



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

Derecha: fotografía de Luis Piedrabuena y su esposa, Julia Dufour. El marino había nacido en Carmen de Patagones (pie de página, grabado del puerto y la calle principal de dicha ciudad). En 1859 remontó el río Santa Cruz e izó por primera vez la bandera argentina en los confines sureños.

En la primera mitad del siglo XIX, la Argentina sólo mantenía un enclave en el confín austral: Carmen de Patagones, sobre el río Negro. Del otro lado de los Andes, Chile no lograba imponer la autoridad estatal al sur de Bio-Bio, un territorio en poder de las tribus araucanas.

La ocupación de los espacios vacíos del sur demandó grandes energías a los gobiernos de las dos Repúblicas. Observa Carlos Escudé que «la conquista de la Patagonia, en la que se combinaron coraje y astucia, es la historia de uno de los mayores éxitos argentinos, aunque haya sido ocultado por la retórica de una historiografía llorona, ingenua y jurídicista, ignorante de las realidades del poder, que fundó el nacionalismo argentino sobre la base de pérdidas imaginarias, en lugar de fundarlo sobre las bases mucho más sanas de hechos positivos reales».

La República de Chile, organizada rápidamente luego de la independencia, llevó la delantera en materia de dominio efectivo del sur.

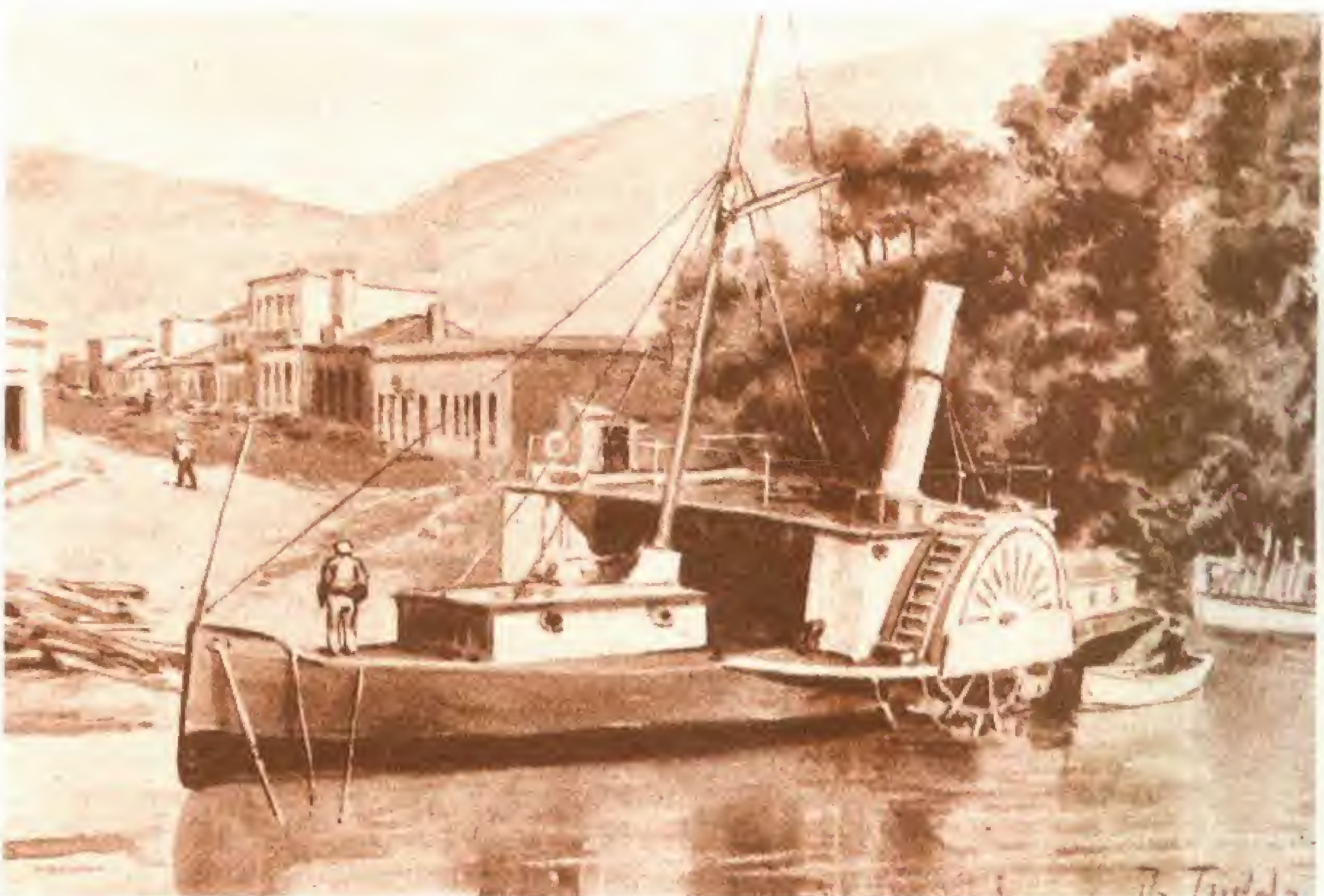
La fundación de Punta Arenas, sobre el Estrecho de Magallanes, es muestra de ese avance sobre el territorio austral. El gobierno de Juan Manuel de Rosas protestó por la ocupación de un área que había dependido de la sede virreinal bonaerense, pero dichos reclamos no fueron respaldados por una política fuerte: la Confederación Argentina estaba desgarrada por guerras civiles y por conflictos internacionales. Sus límites meridionales corrían en 1850 por la línea de fortines que iba de Azul y Pergamino a Melincué, La Carlota, Río Cuarto, San José del Morro (San Luis) y el sur de Mendoza.

La relativa estabilidad que Rosas dio a la frontera terminó con la batalla de Caseros (1852). Luego los ojos aterrorizados de las poblaciones blancas descubrieron toda la potencia de las tribus araucanas, la gente del cacique Calfucurá de Salinas Blancas.

Estos indígenas mantenían buenas relaciones más allá de los Andes, donde desarrollaban un activo comercio basado en la hacienda robada en las estancias argentinas. Utilizaban el camino llamado «de



Instituto de Investigaciones Navales



Abajo: Augusto Laserre, que fue comandante del Patagonia con el grado de comodoro y más tarde jefe de la segunda división naval.

Página 181, derecha: el marino norteamericano William Clark, amigo y compañero de Piedrabuena, fotografiado junto a su esposa, Rosario Arias.

Viñeta: óleo del bergantín Rosales.



los chilenos», que discurría entre los ríos Colorado y Negro y llegaba a Chile con escalas en la isla de Choele-Choel y en los valles neuquinos. Cuando el presidente Sarmiento pretendió ocupar Choele-Choel, a fin de interrumpir dicho comercio, Calfucurá amenazó con desatar una guerra implacable contra el estado argentino y la iniciativa fue abandonada. Tampoco prosperó el proyecto que el marino Luis Piedrabuena presentó sucesivamente a Mitre y a Sarmiento y que estaba destinado a establecerse sobre el Estrecho, en la bahía San Gregorio. De modo que en la década de 1870 no había más poblaciones en la Patagonia argentina que el Carmen y las incipientes colonias galesas en Chubut.

Los tratados de paz, amistad, comercio y navegación suscriptos por la Argentina y Chile en 1826 y en 1856 habían enfatizado que el límite entre las dos Repúblicas reconocería las posesiones de ambas al tiempo de separarse del dominio español (el *uti possidetis*). Sin embargo, en 1869 las reclamaciones chilenas, según afirma

el historiador Armando Braun Menéndez, abarcaban hasta el río Negro y en 1873 hasta el río Santa Cruz. Tres años más tarde fuentes oficiales chilenas aseguraban estar en «posesión tranquila» de la Patagonia hasta el río Negro.

Se trataba sin duda de afirmaciones exageradas. Sólo las tribus salvajes eran por entonces dueñas del corazón de la Patagonia central, según lo demuestra, entre otros testimonios, el *Diario* del explorador británico George Musters. Ni los europeos ni las autoridades criollas de ambos lados de los Andes conocían los secretos geográficos y los recursos humanos del sur, que todavía era la tierra incógnita que empezaban a reconocer los exploradores, incluidos ya entonces algunos argentinos, como Francisco P. Moreno.

Durante el gobierno de Nicolás Avellaneda, las pretensiones chilenas sobre la Patagonia tomaron un sesgo crítico: hubo viajes de las autoridades de Punta Arenas a la desembocadura del Santa Cruz y dos graves incidentes entre buques

de guerra chilenos y naves que recogían guano en la costa con autorización argentina (incidentes de la embarcación francesa *Jeanne-Amélie* en 1876 y de la norteamericana *Devonshire* dos años más tarde). Avellaneda decidió entonces enviar la escuadra al sur; esa frágil escuadrilla de río, que constituía todo el material bélico naval de aquellos años, permitió asegurar el litoral santacrucense.

Entretanto, las discusiones diplomáticas con Chile por cuestiones de límites habían llegado a un punto muerto, situación agravada por la ignorancia oficial respecto del territorio austral. «Estamos sin más datos que los de la época colonial», reconocía el ministro Bernardo de Irigoyen en 1876. Por esa fecha, el ministro, uno de los mejores expertos en la materia, había negociado un tratado con el plenipotenciario chileno Diego Barros Arana: el límite entre ambos países sería la cordillera de los Andes y pasaría por las más altas cumbres que dividen aguas. En caso de no llegarse a un acuerdo directo entre las partes, la zona en litigio se some-

Abajo: el fuerte fundado por Piedrabuena en la isla Pavón, según un óleo de Biggeri. El marino intervino en numerosos salvamentos de naufragos, obra humanitaria que hizo que el gobierno premiara sus servicios nombrándolo capitán honorario de la Armada.

Instituto de Investigaciones Navales



tería a arbitraje -algo ya definido en el tratado de 1856. Este arbitraje se haría en base a la siguiente pregunta: ¿cuál era el *uti possidetis* de 1810 en los territorios disputados?

El tratado -que no fue aprobado por el gobierno chileno- contenía algunas cláusulas de gran importancia. El canciller Irigoyen consideró vital haber logrado que la Patagonia quedara fuera del arbitraje y que el límite se fijara en las cumbres cordilleranas y no en los valles -como pretendía Chile-, pues éstos avanzaban sobre tierras que la Argentina consideraba suyas. Por su parte, la Argentina admitía el derecho de los chilenos a poblar el Estrecho, donde estaban establecidos desde 1843, y proponía dividir la Tierra del Fuego desde el cabo Espíritu Santo hasta el canal de Beagle. En resumen, la negociación se había basado en el abandono de las pretensiones máximas de cada gobierno a cambio del mantenimiento de la paz. Afortunadamente, esta idea de la paz siempre fue considerada fundamental por los estadistas de los dos países.

El Perito Moreno

Francisco P. Moreno ha pasado a nuestra historia como el Perito Moreno, porque en su responsabilidad pública utilizó la experiencia y la sabiduría adquiridas en los años de sus sucesivas campañas de reconocimiento de la región austral. Escribe Aquiles Ygobone en su biografía de este argentino ilustre (*Francisco P. Moreno, arquetipo de argentinidad*, Buenos Aires, 1979) que Moreno había seguido de cerca la alternativa de la disputa de las cancillerías por el problema limítrofe, mientras se apresuraba a dar cima a su labor de investigaciones geográficas en la cordillera: no le cabía la menor duda de que su intervención directa en el conflicto no tardaría en producirse.

Conocía la región de los lagos sureños, pero entre 1882 y 1884 realizó además prolijos estudios de la cordillera en Mendoza y en San Juan. En su condición de director del Museo de La Plata, y disponiendo de la cooperación del gobierno nacional, envió una expedición a la Puna de Atacama, que luego recorrió personalmente en 1892. A fines de 1895 decidió volver al sur para completar el reconocimiento preliminar de la región occidental de la República.

En una carta dirigida a su amigo Osvaldo Magnasco, Moreno explica las profundas razones políticas que inspiraron su labor de pionero: «Ud. no

le da a la geografía ni a los naturalistas la importancia que tienen en esta cuestión. Todo lo que pasa, resulta de la falta de datos [...] Creo que podré demostrar el derecho argentino, basado en la orografía y en la geología, con tanta claridad, que hasta los chilenos lo reconocerán.»

Clemente Onelli, que fue secretario general de la Comisión de Límites, recuerda que fue el Perito quien tuvo la habilidad de convocar a la entrevista Roca-Errázuriz en momentos en que las negociaciones diplomáticas se encontraban estancadas. «El general Roca y el presidente Errázuriz, por iniciativa de Moreno, pensaron dar un corte a la cuestión Puna de Atacama, previo un arreglo privado entre ellos. El Perito vino a Buenos Aires, yo quedé en Chile, encargado de descifrar los telegramas y poner en clave las contestaciones que me indicaba el presidente Errázuriz. Todo eso era extraoficial y personal, porque faltaban pocos días para que el general Roca se hiciera cargo de la presidencia, y él deseaba inaugurar una época de tranquilidad entre los dos países, enviando el presidente chileno un telegrama de saludo al presidente argentino, proponiendo al mismo tiempo un arreglo directo en la cuestión del norte. Así se hizo y se produjo poco tiempo más tarde la entrevista histórica de los presidentes en el estrecho de Magallanes» ■

Pero a fines de la década de 1870 Chile se encontraba peligrosamente preparada para hacer la guerra. La agresión podría orientarse hacia el sur, como parecían indicarlo los incidentes en la región de Santa Cruz, o hacia el norte, donde los particulares chilenos explotaban la riqueza del salitre, producto por entonces muy codiciado por el mercado mundial.

En febrero de 1879 Chile invadió la ciudad boliviana de Antofagasta y dio principio a una campaña que concluyó con su victoria sobre Bolivia y Perú en la llamada guerra del Pacífico.

Avellaneda y su ministro de Guerra, el general Roca, aceleraron entonces la decisión de ocupar efectivamente el territorio patagónico, pues, en palabras del ministro (1878), «no hay argentino que no comprenda en estos momentos en que somos agredidos por las pretensiones chilenas, que debemos tomar posesión real y efectiva de la Patagonia, empezando por llevar la población al Río Negro». Entre 1879, momento inicial de la expedición al Río Negro, y 1884, cuando se rindieron los últimos caciques y capitanejos del sur, la Argentina ocupó rápidamente el territorio patagónico y organizó su gobierno, hizo desaparecer el «camino de los chilenos» y propició metódicamente la fundación de fortines y ciudades. Mientras tanto, los indios eran exterminados o agrupados en reservas, en las cuales arrastrarían su mísera condición.

El éxito en la campaña del desierto y en el manejo de la «cuestión capital de la República» llevó a Julio A. Roca a la presidencia. Correspondió a su canciller, el veterano Irigoyen, solucionar los aspectos más ríspidos de la relación con Chile. Si Roca había demostrado cualidades de estadista en el plano militar, don Bernardo hizo gala de las suyas, que eran vastas, en materia diplomática.

Negociaciones y acuerdos

Las relaciones con el gobierno de Santiago eran tensas. No había plenipotenciarios designados en los dos países. Por eso, las negociaciones se iniciaron utilizando la buena voluntad de los plenipotenciarios norteamericanos, Thomas A. Os-

born, acreditado en La Moneda, y su homónimo Thomas O. Osborn, que desempeñaba las mismas funciones en Buenos Aires. La Argentina aceptó la propuesta de arbitraje presentada por ambos Osborn, con la reserva de que la Patagonia debía quedar fuera de su alcance, y el tratado se firmó el 23 de julio de 1881.

El artículo 1° constituyó un gran triunfo diplomático de Bernardo de Irigoyen. Establecía que «El límite entre la República Argentina y Chile es, de norte a sud, hasta el paralelo 52 de latitud, la cordillera

de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras, que dividen las aguas, y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro.» Fue una victoria porque Chile aún reivindicaba toda la cordillera patagónica, o sea, ambas faldas hasta la llanura, incluyendo los valles de buenos pastos ubicados a lo largo del macizo andino.

El artículo 2° del tratado se refería al límite sur sobre el Estrecho, que partiendo de Punta Dungeness toma luego por eje el



Instituto de Investigaciones Navales.

Archivo General de la Nación

Página 182, centro: el buque Los Andes, de la escuadra del comodoro Py. Al pie, Bernardo de Irigoyen con su secretario Simón de Iriondo.

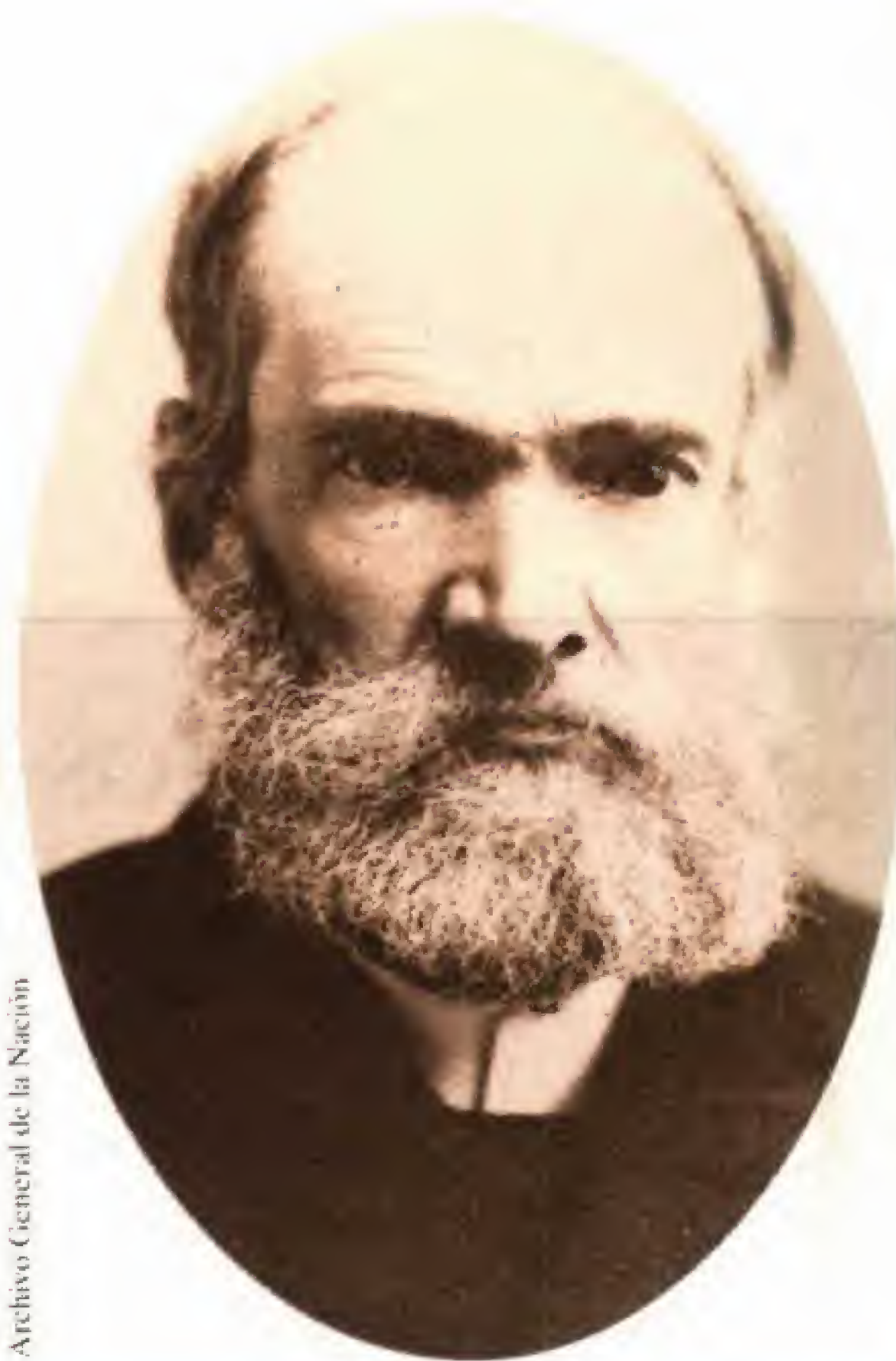
Derecha: Valentín Virasoro, miembro de la comisión de límites con Chile, y el plenipotenciario chileno Barros Arana. Abajo: sentados, Virasoro, Quirno Costa y Beláustegui; de pie, Ochagavía y Pardo.

paralelo 52. El 3°, que fija los límites en Tierra del Fuego y las islas del Sur, dice textualmente: «En la Tierra del Fuego se trazará una línea que, partiendo del punto denominado Cabo del Espíritu Santo, en la latitud 52° 40', se prolongará hacia el sur, coincidiendo con el meridiano occidental de Greenwich 68° 34', hasta tocar en el canal de Beagle. La Tierra del Fuego, dividida de esta manera, será chilena en la parte occidental y argentina en la parte oriental. En cuanto a las islas, pertenecerán a la República Argentina la isla de los Estados, los islotes próxima-

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Conflictos con Chile

La conciencia territorial de la Argentina estaba activa en las décadas del ochenta y noventa. Habíamos explorado y pacificado el Chaco, asegurado el desierto, capitalizando Buenos Aires, integrado físicamente el país con el ferrocarril y creado los territorios nacionales.

En este impulso de vigor territorial que se adormece hacia 1910, cuando en el vértigo del centenario nos replegamos sobre nuestra espléndida capital y cancelamos la dimensión latinoamericana, resolvimos las incertidumbres pendientes en nuestra frontera con Chile. El tratado de 1881 se funda en cuatro conceptos basilares:

- a) la Patagonia, desde la cordillera de los Andes, para la Argentina;
- b) el Estrecho de Magallanes, de libre navegación, para Chile;
- c) la Tierra del Fuego oriental para nosotros y la occidental para Chile;
- d) también para Chile las islas al sur del Beagle.

Para su expansión, Chile había preferido el norte, guerra del Pacífico mediante. El salitre era plata en mano. Pero en el sur dormían los hidrocarburos, esos desconocidos. La Argentina neutral veía alejarse las pretensiones transandinas sobre la Patagonia, territorio en el cual se proyectaban tres figuras fundantes: Félix Frías, que había documentado los títulos argentinos, el general Roca, que había disciplinado a los indios, y el Perito Moreno, que la había reconocido.

Desde el paso Pérez Rosales hacia el sur, la cordillera suscitó perplejidad porque se derrumba de a poco y desa-

parece en el mar. El laudo del rey Eduardo VII atribuyó equitativamente valles, lagos y cuencas que suponen la existencia de ríos de dominio sucesivo, porque nacen en la Argentina y desaguan en el Pacífico, o a la inversa.

El deslinde en los canales del sur llevó al Protocolo Complementario de 1893, en el que Chile renunció a los valles fértiles de Río Negro y Chubut, y la Argentina al seno de Ultima Esperanza sobre el Pacífico. Allí se formula el principio bioceánico que, aunque expresado en términos continentales, se proyecta sobre la región insular como criterio político estratégico, más que como clave de delimitación.

Pero en los años ochenta, nuestra cartografía había reconocido a Chile las islas que luego disputaríamos; los chilenos las ocuparon en 1892.

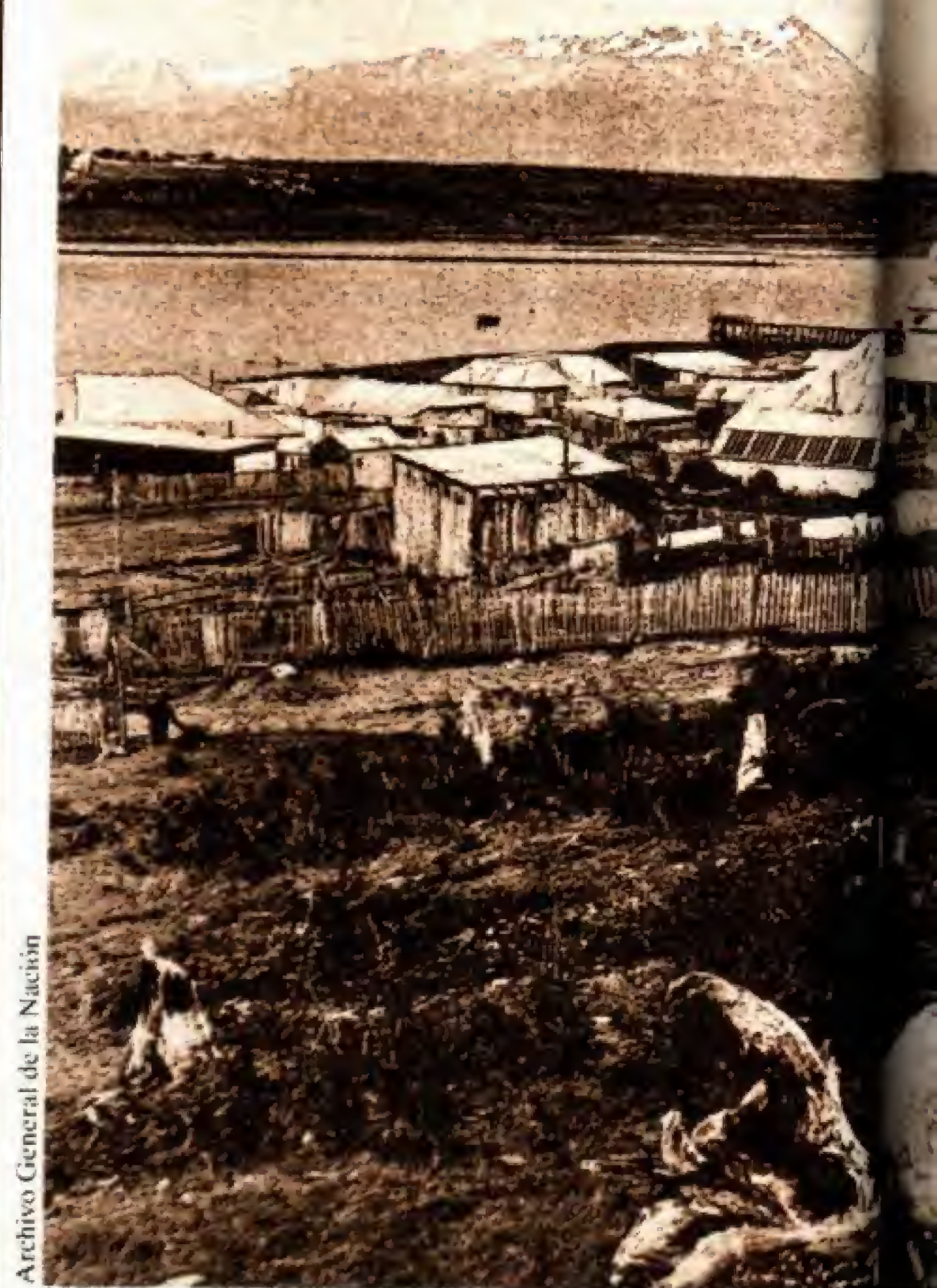
La gaviota sureña es melancólica... ■

Pedro J. Frías

Ex embajador ante la Santa Sede y consultor de la Comisión Pontificia de Mediación; ha sido también miembro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.



Viñeta del canal de Beagle



Archivo General de la Nación

mente inmediatos a ésta y las demás islas que haya sobre el Atlántico, al oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de la Patagonia; y pertenecerán a Chile todas las islas al sud del canal de Beagle, hasta el cabo de Hornos, y las islas que haya al occidente de la Tierra del Fuego».

El tratado contenía otro punto importante: la neutralización a perpetuidad del estrecho de Magallanes, que era todavía, en la década de 1880, el derrotero principal entre el Atlántico y el Pacífico. Su navegación sería libre para buques de todas las banderas y no se construirían fortificaciones en sus costas. Por otra parte se reiteraba la decisión de someter cualquier desavenencia que surgiera de la aplicación del tratado al fallo de una potencia amiga.

Chile y la Argentina preferían los vínculos pacíficos a la guerra. «El tratado -escribe Gustavo Ferrari- consagraba la solución transaccional: la Patagonia por el

Vista general de los primeros asentamientos en Ushuaia. El misionero inglés Thomas Bridges fundó un pueblo en el que, en 1884, desembarcó una división naval al mando del comodoro Lasserre. Desde entonces quedó en el lugar una dependencia oficial. La población tuvo vida legal a partir de 1893. Viñeta: el Perito Moreno, según Cao.



Estrecho. La palabra transacción está expresamente consignada en el artículo 6°. Como pacto de paz encerraba el entendimiento entre las naciones después de una etapa nada fácil, y este aspecto fue claramente percibido por Alberdi desde Europa, y subrayado algo hiperbólicamente en carta a Roca: "Veinte victorias militares no equivaldrían a la gloria que este triunfo de paz ha dado a su gobierno".

Sin embargo, la ratificación del documento no puso punto final a los conflictos, seguramente por la ignorancia en materia geográfica que se padecía en esa época, o, según autores como Ernesto J. Fitte, debido a la «defectuosa redacción del tratado, que dista mucho de haber sido perfecto». Estas imperfecciones provocaron, desde la fecha de su ratificación hasta la actualidad, la llamada controversia del Beagle, que básicamente ha girado en torno de cuál es el curso del canal y por lo tanto qué interpretación debe darse al artículo 3° del tratado.

Bernardo de Irigoyen y el Tratado del 81

En la pléyade de hombres políticos que gobernaron el país en el último cuarto del siglo XIX -antes, durante y después de 1880-, se destaca con perfiles propios la personalidad de don Bernardo de Irigoyen.

Chile había sostenido que el territorio de la Patagonia y, consiguientemente, el estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego, no habían sido incorporados formalmente al Virreinato del Río de la Plata cuando éste fue creado por el rey de España. Lo reiteró en el curso de las negociaciones. Chile lo habrá hecho con la intención de lograr una transacción favorable en la discusión sobre el Estrecho, como a veces se ha dicho, pero no hay duda de que lo hizo enérgicamente. Notificó al gobierno argentino que no consentiría acto alguno que menoscabara su soberanía al sur del río Santa Cruz (paralelo 50) y, uniéndolo a la palabra, apresó al navío francés *Jeanne-Amélie*, que recogía guano en territorio argentino (1876). En esta difícil situación Irigoyen se desempeñó con la habilidad necesaria hasta obtener que el negociador chileno, Diego Barros Arana, reconociese que la línea del límite debía pasar bien al sur del río Santa Cruz, por el paralelo 52, o sea apenas sobre el estrecho de Magallanes. El dominio argentino de la Patagonia en toda su extensión quedó reconocido en forma que resultó definitiva.

En el proyecto de 1876, Irigoyen también estipuló que la Argentina tendría el dominio exclusivo no sólo sobre la costa atlántica patagónica sino sobre la boca del estrecho de Magallanes y la costa oriental de la

Tierra del Fuego, hasta la isla de los Estados inclusive, con lo cual quedó evitada toda posibilidad de que Chile tuviese puerto alguno en el Atlántico. Este segundo objetivo fue también clara y taxativamente establecido en el Tratado de 1881.

Tal fue la obra imperecedera de Bernardo de Irigoyen, que merecerá siempre la gratitud del país. Frente a todo lo que se diga o pueda decirse un siglo después, sus sabias previsiones, insertas en el Tratado, son todavía hoy la piedra angular sobre la que reposa el derecho incontrovertible de la Argentina en lo que es esencial dentro del conflicto ■

Bonifacio del Carril

Historiador y abogado, fue canciller del presidente Guido. Autor de *Monumenta iconográfica argentina*.



Bernardo de Irigoyen

Izquierda: colocación de un hito en la frontera argentino-chilena, en 1894. En el centro, Norberto Quirno Costa de regreso de uno de sus viajes a Europa; a la derecha se lo ve analizando un mapa en su residencia. Enviado por Sáenz Peña como ministro plenipotenciario a Chile, le correspondió firmar el Protocolo de 1893.

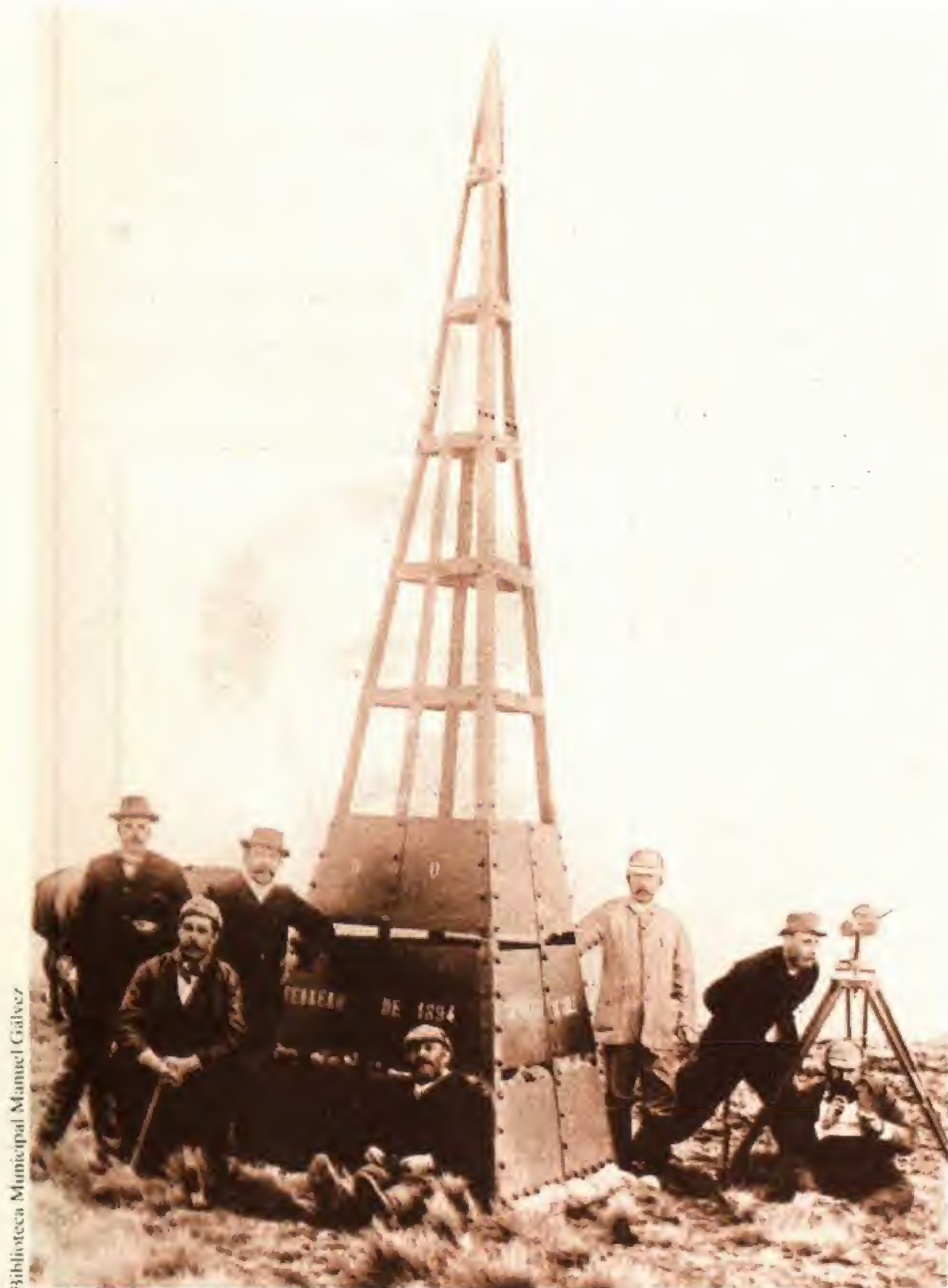
Pero el problema del Beagle es bastante posterior a los años que estamos analizando, durante los cuales las discusiones giraron más bien en torno de la interpretación del artículo 1º, referido al límite de la cordillera de los Andes. A su solución se encaminaron las negociaciones que condujeron en 1893 a la firma del Protocolo Adicional Aclaratorio al Tratado de Límites.

En realidad el Tratado del 81 no había conformado a todos. En Chile los políticos más expansionistas estimaron que consagraba «el despojo de la Patagonia» y procuraron a partir de entonces que la interpretación del artículo 1º favoreciera sus pretensiones, aprovechando los imperfectos conocimientos geográficos que en la época se tenían de la región.

Fue preciso designar peritos para zanjar dichas cuestiones. El gobierno argentino nombró al ingeniero Octavio Pico, que había acompañado la expedición de Roca al Río Negro. Chile designó a Diego Barros Arana, el mismo diplomático que había gestionado el convenio de 1876. La tarea prometía ser ardua cuando ambos peritos se encontraron en la ciudad chilena de Concepción.

Allí se produjo el primer choque de intereses. Las discusiones continuaron en Santiago, donde Pico falleció mientras procuraba hacer reconocer el principio de que el límite debía correr por «las altas cumbres que dividen las aguas» y no por el *divortium aquarum* que proponía su colega chileno. ¿Cuáles eran las ambigüedades del artículo 1º que dificultaban

la negociación? Obsérvese que el tratado dice que «la línea fronteriza correrá hasta el paralelo 52º [...] por las cumbres más elevadas [...] que dividen las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro». Ahora bien, hasta el paralelo 40 es relativamente fácil seguir en línea el encadenamiento de las altas cumbres. Más al sur, las montañas no deslindan vertientes: se inclinan hacia el Pacífico, llegando incluso al mismo, y se bifurcan o dividen en varias cadenas de altura similar. Hay ríos que se desprenden de la cordillera hacia el Atlántico y luego de un trayecto considerable tuercen hacia el oeste y desembocan en el Pacífico. En estas regiones las «altas cumbres» y la «divisoria de las aguas» constituyen criterios diferentes para el trazado de los límites, por más que el tratado los



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



Archivo General de la Nación

considerara coincidentes. Barros Arana se aferró a la tesis hidrográfica, mientras los argentinos, representados luego del fallecimiento de Pico por el ingeniero Valentín Virasoro, insistían en las altas cumbres. La cuestión parecía de muy difícil solución.

El *divortium aquarum* que pretendían los chilenos hubiese llevado la frontera considerablemente hacia el oriente -incluyendo en su jurisdicción los valles y lagos cordilleranos con excepción del Nahuel Huapi-, mientras que la tesis de las altas cumbres que sostenían los argentinos le hubiera dado a nuestro país una interesante salida al Pacífico en Puerto Natales (que Irigoyen había prometido conseguir en la discusión secreta del Tratado del 81 en la Cámara de Diputados).

El Protocolo de 1893 resolvió en parte esta difícil situación. En su artículo 1º, reitera y aclara los términos del mismo artículo del Tratado del 81, manteniéndose cierta ambigüedad respecto de las tesis argentina y chilena, que sólo habría de zanjarse con el Laudo Arbitral de 1902. El artículo 2º, por su parte, representa un avance importante en la fijación de los límites definitivos entre ambos países, ya que establece que allí donde la línea de las más altas cumbres se interna en los canales del Pacífico se aplicará exclusivamente el criterio de divisoria de las aguas, quedando para Chile la costa sobre dichos canales. En esas regiones, la Argentina no puede aspirar a áreas cuyas aguas corran hacia el Pacífico y Chile no puede aspirar a zonas en que las aguas corran hacia el Atlántico, estableciéndose además

que «la soberanía de cada Estado sobre el litoral respectivo es absoluta». Las discusiones surgirán con posterioridad alrededor del tema de la división oceánica, lo que constituye un tema diferente, dado que lo dispuesto en el artículo 1º es válido únicamente para el área continental y no extensible al área insular, como muchos han pretendido en la Argentina.

«Una vez canjeadas las ratificaciones del Protocolo Adicional, las comisiones demarcatorias reanudaron su cometido -escribe Andrés R. Allende-, y para mayo de 1895 quedaba delineada la frontera en Tierra del Fuego y se habían colocado cinco hitos en el encadenamiento principal de los Andes, mientras continuaban los estudios que se venían haciendo para la delimitación en la zona del cerro San



Archivo General de la Nación



Otra importante cuestión limítrofe que se debatió con Chile fue la de la zona de la Puna de Atacama, que terminó con el arbitraje definitivo del ministro plenipotenciario norteamericano William Buchanan. Las dos fotografías registran las tareas de amojonamiento que se llevaron a cabo.
Viñeta: Roca, según Caras y Caretas.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

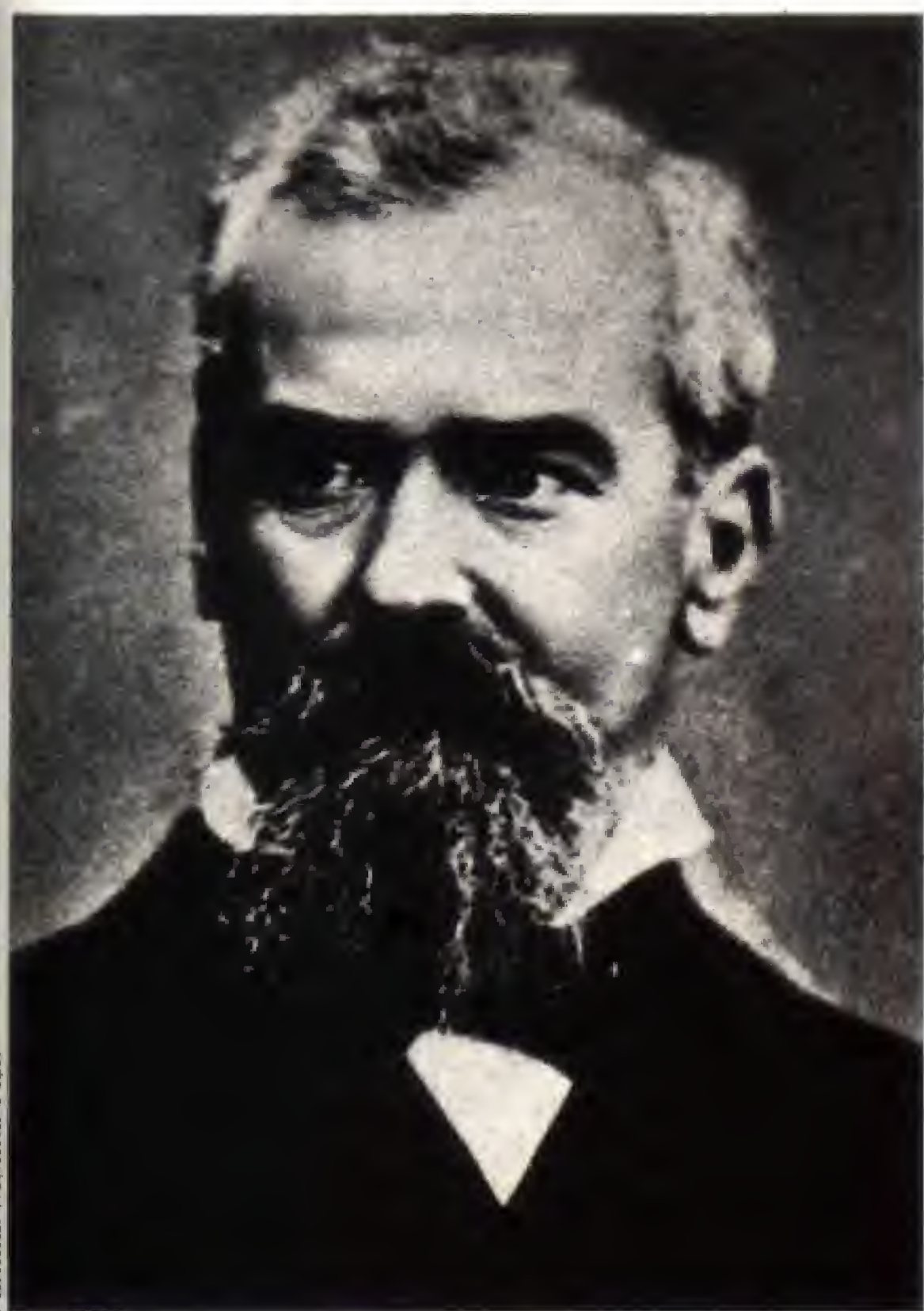
Francisco, donde habían surgido también diferencias.»

La cuestión limítrofe en la Patagonia no fue la única que se debatió en la década de 1880. También se alcanzó una importante definición en la zona de la Puna de Atacama. Esta región boliviana quedó bajo dominio militar chileno y, a raíz del Tratado de Tregua de 1884 con Bolivia, Chile la consideró anexada a su territorio. Pero la cancillería argentina manióbró sutilmente y en 1889 se firmó el Tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán, por el cual Bolivia cedía a la Argentina la Puna de Atacama a cambio de la renuncia de nuestro país a su antiguo reclamo sobre Tarija.

El canje territorial no fue aceptado por el gobierno de Santiago, que alegó que la zona le había sido cedida por el Tratado de Tregua. Un viaje de Dardo Rocha a La Paz aclaró la cuestión y tuvo como consecuencia la firma del Protocolo Adicional de 1895 al Tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán, por el que Bolivia declaraba que la Puna no estaba comprendida en el Tratado de Tregua y que jamás había sido cedida sino a la Argentina. Al año siguiente se acordaba con Chile que el diferendo puneño quedara fuera del arbitraje británico. El Perito Francisco P. Moreno, que desde 1896 aplicaba sus conocimientos geográficos al problema limítrofe, convino con el presidente chileno Errázuriz que se llegara a un arreglo directo en el asunto de la Puna y, de fracasar esta gestión, que se nombrara árbitro definitivo al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en la Argentina, William Buchanan. En definitiva fue Buchanan quien dividió la zona en litigio en siete partes y adjudicó cinco a la Argentina y dos a Chile. Hay que señalar que estas gestiones se desarrollaban en medio de un clima tenso, que permanentemente amenazaba con concluir en guerra. Los círculos políticos americanos hablaban de la «carrera armamentista» que enfrentaba a chilenos y argentinos, absorbía su dinero y les impedía recuperarse de la crisis del 90 y dedicar sus esfuerzos a la explotación de los recursos naturales. Ello no impidió, sin embargo, que el fin de siglo fuera calificado por cronistas de ambos países de época próspera y feliz.

Abajo, izquierda: Octavio Pico, que presidió la comisión encargada de trazar los límites entre la Argentina y Chile en 1890. Al morir, en 1892, lo sucedió Valentín Virasoro.

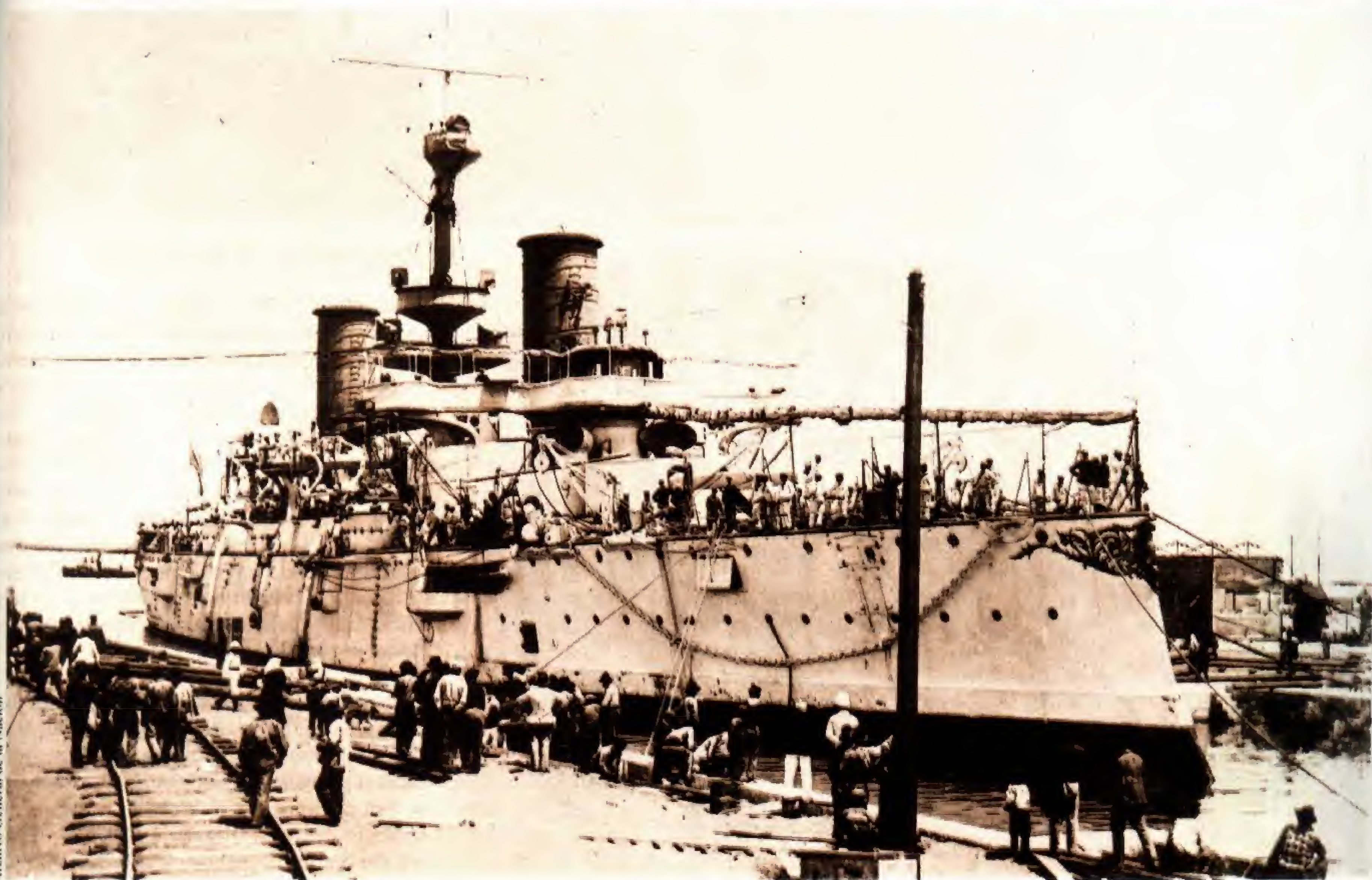
Abajo, derecha: el acorazado Moreno. Pie de página: en el centro de la foto, el presidente de Chile Federico Errázuriz, rodeado por sus colaboradores.



Familia Molina Pico



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Poder naval

1895

| | ARGENTINA | CHILE |
|-------------------|-----------|----------|
| Buques acorazados | 8 800 t | 12 200 t |
| Cruceros modernos | 11 510 t | 16 060 t |
| Torpederos | 2 006 t | 1 920 t |
| Buques auxiliares | 2 630 t | 3 430 t |
| Total | 24 946 t | 33 610 t |

1898

| | ARGENTINA | CHILE |
|-------------------|-----------|----------|
| Buques acorazados | 27 020 t | 20 700 t |
| Cruceros modernos | 11 510 t | 19 660 t |
| Torpederos | 2 006 t | 4 132 t |
| Buques auxiliares | 2 542 t | 1 590 t |
| Total | 43 078 t | 46 082 t |

(Fuente: Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*)



Librería Antigua

Peligros en el horizonte

A partir de 1892, cuando se vislumbró la gravedad de las disidencias, el ministro de Guerra de Luis Sáenz Peña, general Benjamín Victorica, envió comisionados a Europa para comprar municiones, armas portátiles y artillería. Durante la presidencia de José Evaristo Uriburu se construyeron las bases navales de Puerto Belgrano y Río Santiago y se incrementó el potencial de la escuadra. El cuadro que aparece en esta página muestra claramente la inicial superioridad chilena y, tres años después, la rápida recuperación del poderío marítimo argentino.

El conflicto de límites con Chile había derivado en la modernización del Ejército y la Armada argentinos, la jerarquización y profesionalización de sus oficiales y, por último, en el establecimiento del servicio militar obligatorio (1901), luego de un primer ensayo (conscripción de



Archivo General de la Nación

Página 190: el encuentro de Roca y Errázuriz en Punta Arenas, 1899. Centro: en la foto, tomada a bordo del buque San Martín, aparecen (en primer plano, de izquierda a derecha) Thomas Holdich, árbitro nombrado por el rey Eduardo VII, el comandante Barilari y el Perito Moreno. Derecha: caricatura de Holdich.



Museo Naval de la Nación



Curumlalán), cerca de la sierra de la Ventana. Hizo también que el ferrocarril sur, por necesidades estratégicas, se prolongara desde Bahía Blanca hasta la confluencia del Limay y el Neuquén.

¿Se militarizaba asimismo la sociedad argentina? Por el momento, la creciente importancia de las Fuerzas Armadas dentro del Estado no impedía que las mismas se encuadraran estrictamente en el marco constitucional.

Las tensiones con Chile alcanzaron su punto de máxima gravedad en 1898, en momento en que el general Julio A. Roca ocupaba por segunda vez la presidencia de la República. Impulsaron esta designación el conocimiento que el general tenía del problema limítrofe y su reconocida decisión en materia de guerra y frontera.

Pero Roca no quería la guerra. El viaje a Londres de su canciller, Amancio Alcor-

ta, ratificó su decisión de resolver los asuntos pendientes por métodos pacíficos y de recurrir al arbitraje de la reina Victoria de Inglaterra. La reina recibió cuatro actas firmadas por representantes argentinos y chilenos en las que se consignaban los puntos de coincidencia y disidencia.

Alcorta iba acompañado por tres asesores: Francisco P. Moreno (geográfico), Manuel Augusto Montes de Oca (jurídico) y Valentín Virasoro (técnico). Integraban el tribunal arbitral designado por la reina lord Edward Macnaghter, el mayor general sir Charles Ardagh, el coronel Thomas H. Holdich y el mayor E.H. Hills. Holdich, encargado de reconocer el terreno, recorrió durante tres meses la zona en disputa entre el lago Lácar y el seno de Ultima Esperanza. El arbitraje se prolongó desde 1899 hasta 1902.

Un hecho resonante marcó en 1899 la voluntad argentina y chilena de hallar so-

luciones pacíficas a los conflictos: el encuentro de los presidentes Roca y Errázuriz en Punta Arenas. «La paz es un don de la Divina Providencia» y «es también un supremo deber moral y práctico para las naciones que tenemos el deber de gobernar», afirmaron ambos estadistas a la hora de los brindis.

Para Roca, el encuentro representó también la oportunidad de visitar las incipientes poblaciones patagónicas de Trelew, Rawson, Río Gallegos y Ushuaia, de navegar en el acorazado *Belgrano* y de afirmar concretamente la soberanía argentina en el sur.

Pero en la Navidad de 1901 las negociaciones llegaron al borde de la ruptura, mientras manifestaciones populares recorrían las calles de Buenos Aires y de Santiago reclamando la guerra. No obstante, Roca hizo lo posible por evitar el estallido y demoró algunas horas la autorización

Dos fotografías tomadas el 13 de marzo de 1904, día de la inauguración de la estatua del Cristo de los Andes, obra de Mateo Alonso. Se lo instaló a 4200 metros de altitud sobre el nivel del mar para celebrar la paz entre Chile y la Argentina, que tanto peligro había corrido en los años precedentes.



Familia Molina Pico



Familia Molina Pico

recabada por el ministro de guerra, general Pablo Ricchieri, para poner en marcha el dispositivo bélico, a fin de dar tiempo para que el presidente chileno Riesco enviara instrucciones más conciliatorias a su representante acreditado en la Argentina.

Estas negociaciones, que se consideran un modelo en su género, permitieron llegar a un acuerdo fundamental sobre desarme, que incluía la renuncia de las dos Repúblicas a las naves de guerra recientemente contratadas y cuya construcción se realizaba en Europa.

El 28 de mayo de 1902, el canciller chileno Vergara Donoso y el plenipotenciario argentino José A. Terry firmaron en Santiago los acuerdos conocidos como Pactos de Mayo, entre cuyas cláusulas figuraban una reiteración de la vigencia del Tratado de 1881 y un compromiso en el sentido de que la Corona británica arbitraría las cuestiones irresueltas. La convención sobre limitación de armamentos navales regiría por cinco años más.

Casi coincidentemente con los Pactos se comunicó el fallo británico de 1902. Eduardo VII (por fallecimiento de su madre, la reina Victoria) adjudicó entonces los 94 000 km² que se hallaban en disputa: la región del paso San Francisco, la cuenca del lago Lácar, las inmediaciones de los lagos Nahuel Huapi y Viedma, la región adyacente al seno de Última Esperanza. El tribunal tomó en cuenta el valor del territorio por dividir, la ocupación en ese momento y las consideraciones estratégicas; determinó que 54 000 km² quedarían en manos de Chile y 40 000 en poder de la Argentina. Se dividieron los lagos Buenos Aires, Pueyrredón y San Martín, quedando en su totalidad para la Argentina los lagos Viedma, Argentino y Lácar. Los hitos fueron colocados conjuntamente por una comisión argentina, una chilena y una nombrada por el árbitro. Y en 1904 se inauguró en plena región cordillerana, cerca de Mendoza y de Santiago de Chile, la estatua del Cristo Redentor, como promesa de paz y amistad perpetuas entre ambas naciones ■

6. La Argentina vista por viajeros

Numerosos viajeros visitaron el país en los últimos años del siglo XIX; muchos de ellos dejaron testimonios escritos de sus impresiones. Antes de la inauguración del puerto concebido por Eduardo Madero, la primera sorpresa que recibían al llegar a Buenos Aires era el complicado sistema de desembarco, con los sucesivos transbordos del navío a las barcas y de éstas a las carretas, tiradas por «caballos anfibios». La febril década del ochenta fue cambiando la antigua fisonomía de la ciudad, a la que un argentino educado en Europa, Daniel García Mansilla, acusó espantado, a su regreso de la Viena imperial, de ser «algo así como el fin del mundo».

En materia de viajeros tiene mucha importancia la primera impresión, porque hacia 1880, cuando las comunicaciones se hicieron más frecuentes, los viajes podían ser breves. Sólo un par de días bastaron a algunos visitantes extranjeros para llevarse una visión fugaz de la sociedad argentina, de sus ciudades y de sus campañas. Dicha visión, consignada en las páginas de un libro de viajes, el género de moda en el mundo finisecular, fijará la imagen del país y de sus habitantes, dando origen a estereotipos universalmente aceptados.

Pero existe otra mirada más profunda y menos engañosa, la de quienes observaron a la Argentina con ojos de extranjeros afincados en el suelo: maestros, diplomáticos, agentes de inmigrantes, dispuestos a comprender y a compartir las vicisitudes de los auténticos pobladores. Y también encontramos en la década del ochenta las impresiones de los propios nativos que arriban al país luego de una ausencia prolongada, recorren las pro-

vincias o exploran las regiones ignotas empeñados en descubrir el progreso y dispuestos a denunciar los atrasos.

Una gran ciudad rezagada

Ocupémonos primero de la opinión de los visitantes fugaces. Por ejemplo, los cuatro ingleses aficionados al *yachting*, un deporte elegante y a la moda, que a bordo del *Falcon*, una embarcación de 18 toneladas, llegan a la ribera bonaerense a principios de 1881.

Los tres muelles porteños, ubicados al norte, centro y sur de la ciudad, no habían dejado en desuso las carretas que se empleaban cuando el río estaba bajo. Las lavanderas, entre quienes las gringas empezaban a desplazar a las mujeres de color, utilizaban las toscas del Plata para sus quehaceres, y la gente común bajaba al atardecer a la costa para refrescarse. Los jóvenes *yachtmen* describen sorprendidos el alegre espectáculo que tantos otros

La aduana nueva, fotografiada por Chute y Brooks, reemplazaba a la que había funcionado desde 1785 en la actual calle Belgrano, entre Balcarce y Paseo Colón. La forma redonda de su arquitectura la convirtió en uno de los edificios más curiosos de Buenos Aires.

Biblioteca Municipal Manuel Galvez



Abajo: un grabado del puerto Madero (izquierda) y una foto de la dársena habilitada en 1897 (derecha). La cantidad de buques de todas las banderas fondeados en las nuevas instalaciones impresionaba a los viajeros tanto como antes los sorprendiera el antiguo sistema de desembarco en barcasas y carretas.



Historiografía de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación

viajeros han mencionado: los grandes navíos anclados en la rada exterior; la multitud de barcasas, vapores de río, carretas y caballos necesarios, pues «en este extraordinario puerto de Buenos Aires -si es que puede considerárselo tal- la mercadería debe ser transportada tres veces: de la nave, catorce millas afuera, en la rada exterior, a la barcaza, de allí a la carreta con caballos anfibios y por último al ferrocarril».

«Donde terminan las vastas pampas en el mar -reflexionan- la inclinación es tan gradual que resulta difícil decir en qué lugar concluye el agua y comienza la tierra.»

Los ingleses consideran a la Argentina muy infortunada en materia de puertos, salvo en la Patagonia, donde lamentablemente hay poco comercio. En cuanto al Riachuelo, que ha sido dragado para ad-

mitir embarcaciones pequeñas, «es el cuartel general de las goletas de río italianas construidas allí. Un gran pueblo ha surgido a su alrededor, la Boca, habitada casi exclusivamente por napolitanos, italianos y griegos bastante mal reputados por ser degolladores (*cut throat people*).» La fama de la gente marinera de mal vivir de la Boca aparece registrada en este y otros relatos de viajeros.

Esta descripción de la costa coincide con el testimonio de R.W. Coppinger, cirujano del barco de guerra inglés *Alert*, que recorrió la Patagonia y la Polinesia entre 1878 y 1882. Coppinger se siente defraudado al llegar a Buenos Aires. Prefiere la limpia y prolija ciudad de Montevideo, donde ha pasado unos días muy agradables: «Buenos Aires da la sensación de ser una gran ciudad rezagada, que habiendo llegado a cierto grado de civilización se ha considerado desde hace algunos años

con títulos suficientes para descansar sobre sus laureles y gradualmente caer en decadencia.» Calles, plazas y tranvías encuentran muy descuidados y hay grandes baches en la calzada. De todas maneras, el cirujano reconoce haber estado sólo dos días en Buenos Aires.

Precisamente para combatir esa sensación de abandono que inspiraba Buenos Aires, los políticos de la generación ochenta discutieron la necesidad de modernizarla mediante grandes obras públicas. Lo prioritario era darle un puerto digno de ese nombre y por eso a partir de 1882 se pusieron en marcha los trabajos del puerto Madero; en 1889, año en que el publicista genovés Fernando Resas visitó la Argentina, acababa de ser inaugurada la dársena sur.

La impresión que recibe el viajero es radicalmente opuesta a la experimentada p

El edificio de la Capitanía del Puerto (derecha) se levantaba sobre el Paseo de Julio (pie de página). Esta avenida fue inaugurada por el virrey Vértiz con el nombre de Alameda. Por decreto de Rosas pasó a llamarse Paseo de Julio; en una ceremonia, de la que fue madrina Manuelita, se colocó la primera piedra de la muralla costera.



Archivo General de la Nación



los deportistas del *Falcon* ocho años atrás. «Por fin nos vemos en un paso entre dos mōles gigantescas; estamos en el puerto de Madera [sic]; el espectáculo se transforma en espléndido, en casi fantástico [...]; la parte por donde nosotros penetramos en el puerto parece la desembocadura del escenario de la ópera [...] Imaginen ustedes únicamente una selva espesísima de barcos desde los más pequeños hasta los de más imponentes dimensiones [...] No he visto ninguno que ofrezca este tan imponente conjunto de tipos y banderas.»

Visión exaltada y operística la de este publicista italiano, brinda sin embargo la medida cabal de la nueva grandeza de la capital argentina en 1889, el año culminante de la década. Y es que en muy poco tiempo, esta ciudad, una de las más australes del mundo, había logrado presentar una envidiable imagen de opulencia.

Archivo General de la Nación





Con el hígado en la boca

«El Buenos Aires de aquellos días, mirado desde Europa, era algo así como el fin del mundo. ¡Quedaba tan lejos, tan lejos del centro vertebral del universo civilizado; de París, de Londres, de Roma o de Viena!» La frase pertenece a Daniel García Mansilla, que en junio de 1887 desembarca en Buenos Aires. Tiene 21 años, ha nacido y se ha formado en Europa, en la Viena imperial. No olvidará aquella primera recorrida por las calles porteñas, en el coche de su tío, el general Lucio V. Mansilla, conducido por un criollo trigueño, de librea, sombrero alto y escarapela argentina, que ostentaba unos enormes bigotes, detalles que en Europa hubieran constituido una perfecta herejía.

«Tan pésimamente pavimentadas se veían las calles que cada vez que el coche salía del plácido deslizar sobre los rieles del tranvía, padecíamos tremendos sacudimientos capaces de llevar el hígado a la boca; algo de verdad escandaloso», nos cuenta García Mansilla.

Sin duda las calles principales resultaban estrechas para el crecimiento comercial de la ciudad en la década del ochenta. «En seis cuadras de frente por seis de fondo -dirá Sarmiento en 1882- se encuentran reunidos el Palacio de Gobierno Nacional, el Palacio de Correo, la Capitanía del Puerto, el Congreso, la Municipalidad, la Policía, los Tribunales de la Capital y de la Nación, el Crédito Público y el Palacio Arzobispal, esto es, casi toda la ad-

ministración de la Nación y de la Capital. En el mismo radio tenemos la Aduana, la Bolsa, los siete bancos de la ciudad, lo que trae la aglomeración del comercio mayorista y de los agentes de negocios...

Sobre el centro porteño se emiten juicios dispares. El cónsul honorario colombiano, Antonio Samper, elogia la concentración de actividades, pues todo está a mano, mientras el cirujano Coppinger afirma que los pocos y buenos edificios, por ejemplo la Catedral o la Bolsa, se encuentran semiescondidos entre casas altas, demasiado elevadas para las estrechas calles. Se requiere un esfuerzo de atención para fijarse en ellos. Obviamente, Coppinger está pensando en términos de la noción europea de perspectiva urbana.



Buenos Aires fue cambiando rápidamente de fisonomía en la década del ochenta.

Página 196: la carroza presidencial lleva al general Roca por una de las calles céntricas. A la derecha, una vista de la avenida Alvear, donde se iban levantando los espléndidos palacios de las familias más ricas. Viñeta: dibujo de El Mosquito.

En esos años los porteños conspicuos discutían el tema de los bulevares, las perspectivas y las calles anchas. Las obras de la Avenida de Mayo, iniciadas en 1887; la demolición de la vieja Recova, que unificó la Plaza de Mayo; las avenidas Callao, Entre Ríos, Santa Fe, Alvear y Almirante Brown, irían acostumbrando a la población a los espacios anchos y orientarían las preferencias de las familias conocidas, que empezaban a mudarse a Barrio Norte.

Palacetes de buen gusto comenzaban a levantarse en la avenida Alvear, paseo obligado de las élites que en poquísimos años hicieron de ese lugar el centro del lujo y de la moda. Carlos Martínez describe en *Buenos Aires, su naturaleza, sus*

Archivo General de la Nación



Una enorme colonia de improvisados...

“E l solo hecho de haber nacido y de haberme formado en Europa hasta los veintinueve años -escribe el viajero Daniel García Mansilla- era causa de que no tuviera yo de mi lejano país más que referencias y noticias favorables, agrandadas a través del enterneado patriotismo de mis padres.

»Se me figuraba ahora el país como una enorme colonia de improvisados en la que, por falta de población y, por ende, de especialistas y técnicos suficientes en todas las ramas, cada individuo de alguna significación tenía que llenar tres o cuatro oficios a la vez, con lo cual nadie sabía de nada a fondo, ni los propios gobernantes, y por consiguiente, todo marchaba a la buena de Dios.

La ciudad, enormemente extendida, de calles angostas y casas bajas, edificada sobre terrenos subdivididos como un cementerio, con viviendas de ocho varas de frente y detrás un

estrecho cañón a veces de mucho fondo, dos ventanas a la calle y un vano desproporcionado, constituía una metrópoli de puertas para jirafas. En los edificios de más de un piso, por puro espíritu de contradicción, no existía un balcón a la misma altura de la casa contigua, sin duda para singularizarse. El conjunto mareaba como una pesadilla.

El intendente Torcuato de Alvear, que hizo a veces *manu militari* no pocas cosas buenas para mejorar la ciudad, tan poco agraciada a la sazón, tenía, entre otras, la manía de las grutas de cemento. Instaló una en el reducido jardín de su propia casa de la calle Cerrito esquina Juñcal, que se veía desde la acera de enfrente. Colocó otras en la plaza Lorea y en la Recoleta, con árboles de imitación pintados y podados. ¡Un horror! Había adoptado tales simulacros decorativos acaso porque entonces adornaban también varios parques públicos de París: el de Monceau, del Bois

de Boulogne, y de las llamadas Buttes Chaumont.

»A más de nuestra interminable familia, a su tiempo conocí rápidamente a un sinnúmero de personajes de toda índole y matiz. Observando el severo luto que se estilaba con todo rigor, frecuentábamos mi hermano Eduardo y yo tan sólo a la familia [...] Una que otra vez, sin embargo, fuimos a la casa particular del presidente Juárez Celman, que recibía por la noche. Entrábamos también a saludar a la señora, de parte de mi madre. En una densa atmósfera azul de fumadero, cruzábamos salones repletos de amigos, allegados y políticos, diputados y senadores en su mayor parte muy trigueños, que ostentaban tamaños cigarros puros, hablaban a gritos y se reían a sonoras carcajadas.» (Tomado de Noé Jitrik, *El ochenta y su mundo*. Buenos Aires, 1968)

Al ímpetu del intendente Torcuato de Alvear se debe parte de la transformación de Buenos Aires en el ochenta. Una de sus iniciativas fue la demolición de la Recova Vieja (abajo), que permitió unir la plaza 25 de Mayo con la plaza de la Victoria. Pie de página: El hotel L'Universelle, en la calle San Martín, según foto de 1880.

Página 199, arriba: los esfuerzos para dotar de agua potable a la población culminaron con la construcción del edificio de Obras Sanitarias, en la calle Córdoba, palacio íntegramente importado de Bélgica. Pie de página, izquierda: el patio de una casa de familia. Pie de página, derecha: Canning y Triunvirato; la ciudad se extendía.



Archivo General de la Nación

costumbres (1890) la admiración que lo invade al entrar en la avenida, que «sólo tiene cinco años de existencia y es una ancha calle toda de palacios de recreo de lo más suntuoso que hay en América... Y cómo crece la sorpresa cuando uno, distraído en admirar tanta belleza, se ve de repente rodeado por innumerables carruajes, ¡y qué carruajes!, los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres... Todos estos carruajes infaltables los jueves y domingos, van despacio, con cierta solemnidad, para llegar a la gran exhibición limpios, correctos, intachables.»

Buenos Aires supera con rapidez las deficiencias de su imagen exterior. Pero los adelantos acentúan las diferencias entre los barrios. En los viejos callejones de la ciudad, las «aguas sucias» se tiran hacia afuera contraviniendo las prohibiciones de la policía. «Se descomponen con el calor y mantienen infecto el aire», protesta Samper; por su parte, Aníbal Latino (José Cheppi) agrega que en los sectores apartados, «las calles están dejadas de la mano de Dios y de la Municipalidad, y en ellas el empedrado, el alumbrado y la limpieza constituyen para sus moradores tres esperanzas que no llevan trazos de convertirse tan pronto en realidad».

La suciedad era el campo propicio para la peste, pues aún no se habían concluido las obras de aguas corrientes y de cloacas que sólo estuvieron listas en su tramo central en 1886. Epidemias de cólera castigaron a Buenos Aires en 1884 y 1885, sin que la enfermedad alcanzara el dramatismo de 1871. Pero la presencia de los caños maestros y de un servicio de agua filtrada en el Bajo de la Recoleta modificó el aspecto de ese paraje, cuyos moradores habituales eran los pescadores, los atorantes o desocupados y los malevos o gente de mal vivir que hacían sus robos y raterías en los negocios del centro.

Las autoridades nacionales gastaron sumas importantes para solucionar el problema de las aguas corrientes y hacer pasar al olvido a los aguateros y aljibes de la ciudad colonial. La magnitud de las obras emprendidas sorprende hacia 1890 a Fernando Resasco (*En las riberas del Plata*, 1891). Considera al edificio de Obras Sa-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

La Argentina de los viajeros

El quehacer histórico contemporáneo se ha enriquecido muy sensiblemente recuperando nuevas vertientes que lo humanizan, lo colorean y responden mejor a la sensibilidad actual; entre estas dimensiones, la del género de los viajeros es una de las más expresivas. Y esto por razones plurales: procura una imagen más vívida, fresca y matizada que la que surge habitualmente de tantos textos tediosos, cuando no agobiados por la erudición; ilustra -sin ser necesariamente un testimonio adjetivo- diversos períodos del ayer cercano o remoto, y por momentos hasta llega a contentar, como una pintura ingenua, con sus tonalidades elementales y su ausencia de perspectiva. Y por supuesto, enriquece categóricamente la imagen histórica recordando hábitos, costumbres, valores, prejuicios, usos, viviendas, utensilios, modas, medios de transporte, fiestas, alimentación, etc., información que hoy no sólo nos ilustra sino que nos entenece con un dejo nostálgico.

Los «viajeros» suelen ser, aunque no necesariamente, extranjeros de las más diversas nacionalidades, extracción social o formación cultural. Estos autores, de paso por nuestra tierra y a veces de una permanencia tan fugaz que no les permitió afinar los sentidos ni ahondar en la comprensión de la realidad, refieren casi siempre aquellos elementos distintivos y diferenciadores que atraieron su atención, los testimonios que juzgaban más elocuentes; reveladores, quizá fuese el término más apropiado. Admitamos también que por momentos muchos de ellos pecaron de superficiales o por forzar innecesariamente la nota pintoresca. Pero de todos modos, importantes o modestos, atestiguaron, y casi nunca a sabiendas, las

épocas de bonanza o los episodios bélicos, las grandes manifestaciones populares o la existencia íntima, puertas adentro.

Estos textos llevan a un merecido primer plano la vida cotidiana, enuncian el asombro ante costumbres o usos sorprendentes tales como el mate; la importancia atribuida al caballo y el lujo de rastras y espuelas; la multiplicada presencia del cuero y de la plata en casi todos los objetos; el papel decisivo de la carne en la dieta diaria y una de sus manifestaciones más espectaculares, el asado con cuero; la belleza de las mujeres; la indumentaria; los bailes; en suma, el abigarrado conjunto de la vida rural y las costumbres urbanas.

De todos modos, a través del tiempo puede advertirse una inflación en los temas. Si en las primeras décadas del siglo XIX el centro de gravedad del interés -y del asombro- estaba en la vida del campo (rodeos, yerras, juegos como el del pato, la indumentaria del gaucho), el crecimiento espectacular de Buenos Aires y las características que la ciudad iba adquiriendo predominaron a partir del proceso de litoralización, estimulado por la riqueza que iba acumulando la capital. Tenemos así la pintura de una sociedad fluida, producto del entrevero étnico entre inmigrantes y criollos, de suntuosas obras públicas, de palacios y de conventillos, ámbito donde se forjaban las nuevas costumbres que los viajeros de ayer ayudan a revivir e intuir ■

Gregorio Weinberg

Ex director de la Biblioteca Nacional. Profesor de Historia del pensamiento e Historia de la educación argentina en la Universidad de Buenos Aires.

Abajo: Emilio Daireaux, abogado, publicista y periodista, radicado en la Argentina desde 1863. Autor de Vida y costumbres en el Plata, redactó el periódico L'Union Française de Buenos Aires y posteriormente Le Courrier de la Plata.



Archivo General de la Nación

nitarias de la Nación, ubicado en la manzana de Córdoba, Riobamba, Ayacucho y Viamonte, como la más gigantesca obra pública existente en Sudamérica. Los 90 000 metros cúbicos de su depósito de agua duplican las necesidades actuales de la ciudad, afirma el viajero. Y lo curioso, observa, es que el palacio ha sido traído íntegramente de Bélgica, incluso el millón setecientos mil clavos usados en la construcción, porque «hasta para tener clavos es indispensable en este país acudir a Europa».

La Casa de Gobierno, en cambio, mereció menos comentarios benignos. En la década del ochenta había adquirido su fachada definitiva mediante el arco triunfal, obra del arquitecto Tamburini, que unió el Palacio del Correo, ubicado en Victoria y Balcarce, con la Casa de Gobierno, que había reemplazado al Fuerte, demolido durante la presidencia de Roca.

García Mansilla fue implacable con la Casa Rosada: «se me presentaba como un adefesio de increíble desacierto, que pa-

Hasta 1880, los viajeros se asombraban del ascetismo que predominaba en los interiores de las viviendas argentinas. El cosmopolitismo que se adueñó luego del país acabó rápidamente con aquellas costumbres casi monásticas: las casas comenzaron a vestirse con suntuosos artículos importados de Europa (abajo).



Archivo General de la Nación

recía a la vez una estación de ferrocarril, un pabellón de feria colonial o un templo masónico; algo que no tenía compostura». Para Aníbal Latino, «las ventanas germanas del piso bajo, no armonizan con las columnas de estilo del Renacimiento o con las ventanas venecianas y florentinas del primer piso, las cuales, a su vez, forman un extraño contraste con los pesados techos germanos».

La modernización había llegado también a la Plaza de Mayo, convertida en un solo recinto que integraba las antiguas plazas 25 de Mayo y de la Victoria. Los paraísos, plantados en tiempos del estado rebelde de Buenos Aires, fueron reemplazados por palmeras, estimadas como más suntuosas y decorativas. Aníbal Latino lamentó la desaparición de los paraísos, cuya sombra espesa resultaba tan agradable en el verano. Pero pocos tenían tiempo ahora para descansar en la Plaza, cuando la urbe porteña era invadida por nuevos tipos humanos, presurosos, agitados, como el corredor de Bolsa, cuyo retrato trazó Juan Piaggio:

La pequeña historia cotidiana

Los argentinos somos propensos a creer que sabemos bien cómo eran nuestra ciudad y nuestro país en tiempos pasados. Sin embargo, eso no es tan exacto. Si poseemos información, ella se basa casi siempre en las mismas fuentes, que en muchos casos terminan por estereotiparse.

De allí que la opinión de quienes llegaron a estas costas en el siglo pasado, con o sin conocimiento de lo que encontrarían, se transforme en documento invaluable para conocer cómo éramos en aquellos tiempos. A través de sus impresiones descubrimos la sorpresa, la decepción y todas las reacciones posibles de quienes arribaban a este rincón remoto.

Se hace difícil para los que hoy vivimos en Buenos Aires imaginarla pequeña, y por aquello de que «todo tiempo pasado fue mejor», nos negamos a pensar que pudo ser desprolija. Sin embargo, en esos tiempos hubo quien dijo: «las calles están dejadas de la mano de Dios y de la Municipalidad y en ellas el empedrado, el alumbrado y la limpieza constituyen para sus moradores tres esperanzas que no llevan trazos de convertirse tan pronto en realidad».

No menos coloridas son las descripciones del campo, la costumbre del asado y su fuego «casi infernal, los hierros aguzados clavados en la tierra, el descuartizamiento de las reses», o el viaje entre Córdoba y Tucumán a través de un trecho «horriblemente seco». Podrá decirse que quienes permanecían en el país sólo pocos días carecían de una visión completa y podían equivocarse, pero debemos aceptar que la mayor parte de las veces sus relatos se refieren a hechos concretos y no subjetivos.

Están casi sin documentar las impresiones de tantos inmigrantes anónimos que llegaron a estas costas, en donde las costumbres tenían similitud relativa con las europeas. Quienes no coincidan con esto deberían recordar la Babel de nacionalidades que cohabitaban, a fines del siglo pasado, en Buenos Aires.

Por su parte, también cuentan las reacciones de los argentinos que retornaban luego de un largo viaje en el que habían tomado contacto con otras realidades y, obviamente, comparaban al regresar.

Son estos relatos los que contribuyen a humanizar y a valorar en su justa medida los períodos históricos, aportando vivencias cotidianas que configuran la pequeña historia, indispensables para no caer en el acartonamiento o el estereotipo ■

José María Peña

Arquitecto. Director del Museo de la Ciudad de Buenos Aires.



El trazado de la Avenida de Mayo obligó a cortar el edificio del Cabildo.

Abajo: una calle del barrio de la Boca, donde no sólo se agrupaban las fondas internacionales que menciona Resasco, sino también gran cantidad de burdeles, casas de baile y cafetines, algunos de ellos «de camareras». Era, en realidad, uno de los grandes centros de la prostitución en Buenos Aires.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Página 202, al pie: el Teatro de la Opera (izquierda), en la calle Corrientes, principal sede del género lírico luego de la venta del antiguo Colón al Banco Nacional, y la ilustre Adelina Patti (derecha), que cantó en el Politeama en las temporadas de 1888 y 1889. Abajo: el antiguo Rowing Club, sobre el Riachuelo.

«Su andar es acelerado, el paso largo, los hombros caídos, el cuello estirado y la vista recta al frente. Se escurre entre los transeúntes como una ardilla y su figura aparece o desaparece en el mar de cabezas humanas que pululan en las aceras de las calles centrales. A lo lejos, el óvalo de su sombrero color aceituna oscila, sube, baja, se ladea.»

Tradición y cosmopolitismo

Los viajeros señalaron que la uniformidad del trazado y la monotonía de las calles de la capital argentina se repetía en las fachadas y en la distribución interna de las viviendas particulares.

Frentes con dos ventanas y una puerta abierta que permite ver el vestíbulo cerrado por una reja; habitaciones seguidas, una a continuación de la otra, abiertas todas a los patios, primero o segundo; la casa de chorizo en suma, con algún detalle clásico en la fachada, la cocina, los

cuartos de servicio y la letrina al fondo. La decoración interior obedece también a un esquema inmutable: el piano en el rincón de la sala, el velador con el tablero de mármol y los muebles de caoba tapizados en seda o damasco y colocados rígidamente contra las paredes. Gregarios, poco imaginativos como suelen serlo todos los pueblos, los porteños adherían a la moda sin sospechar siquiera la deplorable impresión que provocaban a ciertos viajeros de buen gusto y amplios conocimientos mundanos.

Pero en definitiva, cada uno de estos visitantes apreciaba y juzgaba a los argentinos de acuerdo a sus propias pautas tradicionales de vida. Es así como Emilio Daireaux, llegado en 1868 al país donde se instalaría definitivamente, realiza en *Vida y costumbres del Plata* (1888) una crítica severa en materia de comidas.

Los platos «rústicos y vulgares» que comen los argentinos revelan la falta de espíritu creativo de un pueblo «al que la na-

turalidad ha prodigado tanta abundancia y variedad de productos alimenticios». El clásico puchero, que todavía era de rigor incluso en la mesa de familias de sociedad, ya bastante afrancesadas, es, para el paladar exigente de Daireaux, «el resumen de todo lo que el ama de casa tiene a mano». El autor de estos comentarios era francés de nacimiento y por lo tanto implacable en estas cuestiones de comidas y sabores.

Fernando Resasco relata sus experiencias culinarias en distintos ámbitos de la provincia porteña. Asiste a una gran fiesta en la estancia La Armonía, cerca de La Plata, y se asombra ante los preparativos del asado. El fuego «casi infernal, los hierros aguzados clavados en la tierra, el descuartizamiento de las reses y las hogueras gigantescas» que se levantan en el parque de la estancia lo predisponen mal hacia el asado. Prefiere gustar dentro del casco del establecimiento un menú internacional, rociado con buenos vinos franceses: mayonesa de langosta, chuletitas a la Ville-



Abajo: una panorámica de la avenida Montes de Oca, la principal arteria del barrio de Barracas, con su tránsito de carros y tranvías a caballo.
Pie de página: gran parte de la ciudad de Buenos Aires se abastecía de agua gracias a los servicios de los aguateros.



Archivo General de la Nación

roy, bocadillos con ostras, pavas con trufas, «lonchas» de vaca, tostones a la marinera y ensalada rusa.

Las investigaciones culinarias de Resasco continúan en las fondas internacionales de la Boca, revelando el cosmopolitismo de la ciudad y sobre todo el fuerte impacto de la inmigración italiana. Los restaurantes se adornan con efigies de Garibaldi, de Mazzini y de los reyes Víctor Manuel y Humberto I, combinados con los retratos de los políticos argentinos más populares entre la colectividad, como el general Mitre.

Los comensales de estas fondas son mozos de cuerda calabreses o tenderos romanos. La italianización se advierte asimismo en los conventillos, donde pese a la miseria del ambiente la comida es tan abundante como internacional; en la cocina común se mezclan las ristras de cebolla y el vino dulce con la sopa de macarrones y la carne barata, un lujo en Europa, pero un alimento accesible en la Argentina y al cual los inmigrantes se adaptan con rapidez.

Para que un visitante italiano se sienta realmente a gusto en una ciudad, debe poder presenciar buenas expresiones del *bel canto*. Resasco se entusiasmó al acudir a una función de ópera en el Politeama de la calle Corrientes, donde debutaba Adelina Patti, la gloria femenina de su época. El éxito obtenido por la soprano pudo medirse tanto por las largas colas de coches que se formaron a la salida del teatro, como por el fervor silencioso con que su exquisita voz fue escuchada en todo el recinto del Politeama, hasta en sus últimas gradas.

Pero si los viajeros son ingleses, necesitan sentirse protegidos y acompañados en la sede de un club lo más restringido posible. Y Buenos Aires disponía hacia 1880 de un número adecuado de dichas instituciones, entre ellas el Rowing Club, cuyo amarradero del Tigre utilizaron los tripulantes del *Falcon*.

Los británicos de cierta categoría cumplían casi siempre el mismo ritual luego de desembarcar en Buenos Aires: visitar a los Mulhall, autores del *Handbook of the River Plate*, la guía rioplatense obligato-



Archivo General de la Nación



Junto al río, en las orillas de la ciudad, vivía una población marginada, los llamados precisamente «orilleros». Pescadores (izquierda), lavanderas (derecha), malevos, atorrantes; una patética corte de los milagros totalmente ignorada por los habitantes del centro. Viñeta: billete del Banco de la Provincia de Buenos Aires.

ria para los lectores de habla inglesa. También acudían al Club de Residentes Extranjeros, bien provisto de libros, diarios y revistas europeos, y donde se establecían conexiones con hombres de negocios. Un inglés, sin demasiado esfuerzo, podía ser recibido en Buenos Aires como un auténtico lord aunque fuera un alto empleado de ferrocarriles o un sencillo administrador contratado por algún establecimiento rural.

Anotemos solamente que el cirujano del *Alert*, tan crítico en muchos aspectos, guardó una excelente impresión del Museo de Ciencias Naturales, dirigido por Germán Burmeister, y de sus colecciones de gliptodontes, milodontes y otras especies extinguidas de la fauna pampeana. Admiró también en el Museo Antropológico, frente a la Plaza 25 de Mayo, la serie de cráneos tehuelches y araucanos obtenidos por Francisco P. Moreno en sus recientes excursiones al sur. Resultaban un verdadero regalo para los científicos de la época, cuya mayor pasión era medir cráneos y clasificar razas y especies.

Existen textos de viajeros que marcan con especial énfasis el cosmopolitismo

porteño de la década del ochenta. Los cuadros costumbristas de Aníbal Latino señalan con vivacidad los contrastes urbanos entre la gente tradicional y los inmigrantes, los ricos y los pobres, lo nuevo y lo viejo. Pasajeros de distintas lenguas y origen social se reúnen, por ejemplo, en el *tramway* sobre rieles. En los coches, la niña de sociedad se codea con el mendigo, el mayoral es francés y el cochero italiano, y nadie entiende cuando sube un pasajero alemán. Pero las costumbres de la Gran Aldea porteña perduraban aún: si subía una dama acompañada por cinco o seis amigas, bastaba que uno de los caballeros presentes conociera a alguna de ellas para que se apresurara a pagar los boletos de todas. «Así nunca se sabe la cantidad de dinero que hace falta para viajar», observa preocupado el autor, que no comparte los hábitos de despilfarro de la sociedad criolla, trasladados en este caso específico a los medios de transporte modernos.

En cuanto a los conventillos, la nueva e inquietante realidad social, los viajeros les reservan largos párrafos. Latino explica que: «el terreno cuadrado que ocupa el conventillo pertenece generalmente a un

rico que lo alquila a un empresario de viviendas para pobres. Algunas veces el mismo rico construye las habitaciones. La fachada del edificio es idéntica a las de las demás casas, pero por dentro la situación desaparece; las habitaciones son más pequeñas cuanto más avaro es el propietario.»

Los conventillos, agrega, no son refugio de gente de mal vivir, sino de trabajadores cuyos bajos salarios no les permiten afrontar los alquileres en una casa mejor. Tienen, por lo tanto, vocación de ahorro y de progreso. «Lo que más me admira, anota al respecto Latino, es que del seno de esa sociedad abigarrada no salgan más vicios y más crímenes de los que salen en realidad, y fuerza es tener confianza en la virtud de los destinos individuales cuando se ve a la joven honesta de quince a veinte años en estrecha mancomunidad de vivienda con desarrapadas adoradoras de Venus.»

Prostitución e inocencia, términos antagónicos gratos a la literatura del ochenta, habitaban bajo el mismo techo de los conventillos, cuya presencia forma parte de esa realidad de la capital de la que nati-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Idiomas, dialectos, acentos

“Pueden verse indudablemente puertos más grandiosos, en absoluto, que el de Buenos Aires; no he visto ninguno que ofrezca como este tan imponente conjunto de tipos y banderas. Explícase esto, entre otras razones, por la de que Buenos Aires, centro de atracción y de negocios para todas las naciones del mundo, y consumidor de tantos productos pedidos a todos los puntos, debe tener necesariamente en su puerto esa imponente representación cosmopolita.

»El cambio peregrino de los idiomas menos análogos entre sí por el alborotado personal de a bordo, viene a completar aquella extraña exposición de embarcaciones; el ruso, el alemán, el inglés, el griego, el espa-

ñol, el portugués... eso sin contar con las gradaciones de los distintos dialectos, surgen de aquella tripulación como un formidable fuego graneado. Un *quidam* lanza contra otro barco palabrotas que me parecen blasfemias.

»Es un griego, me dice en buen español el timonel de nuestra lancha [...] En la escalera inmensa hay un hormiguero de gentes atareadas. Los barqueros y los mozos se suceden unos a otros, y sólo se asemejan en que hablan todos el idioma de mis abuelos -genovés-, un poco tosco y acaso algo corrompido, si se quiere, pero siempre originario de la reina del Mediterráneo.» (Fernando Resasco, *En las riberas del Plata*, Madrid, 1891)



Museo Ferroviario



Archivo General de la Nación

vos y extranjeros se empeñaban en destacar las esencias. El censo de 1887 reveló que el 27 por ciento de los porteños vivía en conventillos.

A través del interior

Los relatos de los viajeros del ochenta contienen pocas referencias a la vida provinciana. Atrapados por la metrópoli porteña, que con casi 300 000 habitantes superaba largamente a las demás ciudades argentinas, los extranjeros se resistían a tomar el tren que los llevaría a Rosario, Córdoba y Tucumán, incluso a Mar del Plata, la flamante villa balnearia cuya línea férrea se inauguró en setiembre de 1886.

Para la mirada europea, acostumbrada a los paisajes dulces, domesticados por el hombre, las enormes extensiones que atravesaba el ferrocarril resultaban extrañas, casi temibles. Una hora y media demandaba ir a La Plata, siete hacerlo a Rosario y desde allí el trayecto a Córdoba



Página 206, al pie: plaza de un pueblo del noroeste argentino. Escenas como esta se repetían, idénticas, a lo largo y a lo ancho de toda la región. En el centro: una estación de ferrocarril en la campaña. Abajo: Vicente Quesada, publicista, jurisconsulto, diplomático y escritor.



Archivo General de la Nación

ocupaba más de trece horas. Por la ventanilla desfilaban la visión monótona de La Pampa y los montes de Algarrobos y quebrachos interrumpidos de tanto en tanto por el *cottage* improvisado como estación, es decir, una casilla de hierro galvanizado o de zinc.

Alejo Peyret (*Una visita a las colonias de la República Argentina*, 1887) evoca la travesía de Córdoba a Tucumán, en medio de un país «horriblemente seco» y pasando por las estaciones de General Paz, Jesús María, Caroya, Avellaneda, Deán Funes... Sólo los postes y alambrados de teléfono ponen en el paisaje una nota distinta, pero que tampoco deja de ser monótona; la única curiosidad son los carteles de metal fijados a los postes en los que se anuncia *La Nación*, el diario de mayor circulación de la Argentina. En las estaciones las mujeres venden frutas, legumbres y empanadas a los viajeros, así como bebidas para apagar la sed, «sobreexcitada por la temperatura y por los kilogramos de polvo que se tragan en el vagón, por más que uno trate de cerrar las venta-

nas». En todas, por último, se ven retratos del general Roca y del presidente Juárez Celman, síntoma evidente de que la propaganda política no varió demasiado desde entonces hasta la fecha.

Los viajeros emiten opiniones severas respecto de las poblaciones del interior argentino. Resasco escribe sobre Santa Fe que parece «una de aquellas ciudades de la Italia superior y central que fueron en otras épocas grandes ciudades, pero hoy, aparte de sus agrietados muros, tienen muy poco o nada, y en cuyas calles principales crece libremente la hierba [...] Tuvo realmente épocas de grandeza comercial y política, que le arrebató muy pronto la nueva y vigorosa Rosario, dejándole, no obstante, título vano de capital de provincia.»

Pero tampoco Rosario deslumbraba a los extranjeros. Recordemos el relato de un pasajero que desciende del tren de noche, en medio de una terrible oscuridad apenas quebrada por la luz de unos faroles, y siente que sus piernas no le responden: el

fango acumulado en las calles es el culpable de su repentina parálisis.

Córdoba es tal vez la más elogiada de las capitales provinciales. Los monumentos religiosos del período colonial, combinados con los altibajos de la serranía, le dan cierto aire pintoresco y agradable. Sus paseos, sus plazas y su calle de las tiendas, esta última comparable a la porteña Florida, merecieron buenos comentarios. Peyret pasó momentos deliciosos, sentado en un banco de la plaza San Martín, a los pies del venerable cabildo, escuchando tocar a la banda de música en el quiosco ubicado cerca de allí, mientras «centenares de individuos de ambos sexos, elegantes caballeros y preciosas niñas daban vueltas y más vueltas alrededor del paseo». Eran más de las once de la noche y la multitud continuaba caminando o consumía refrescos en la confitería situada en el ángulo noroeste de la plaza.

Por entonces, otros viajeros recorrían el país de punta a punta, reconociendo sus recursos humanos y económicos, bauti-

El nuevo ritmo porteño no había llegado a las provincias. Córdoba, por ejemplo, mantenía sus costumbres recatadas y tranquilas. La casa de Sobremonte (abajo) se había convertido en comercio. Las señoritas se reunían en la plaza principal (al pie), vestidas a la moda. Viñeta: un tomo de Descripción amena de la República Argentina, de Zeballos.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

zando ríos, montes y demás accidentes geográficos. Se llamaban Ramón Lista, Francisco P. Moreno, Luis Fontana o Estanislao Zeballos. Este último, político, empresario, literato, historiador y periodista, viajó sistemáticamente por la Argentina en la década del ochenta y registró en *La región del trigo*, *A través de las cabañas* y *La conquista de quince mil leguas* los contrastes entre el país tradicional y la nueva y progresista nación que buscaba su lugar en el mundo. Era la suya una forma de viaje de intención claramente política.

Una excelente muestra de este género de viajeros lo brinda Vicente Quesada. Con el seudónimo de Víctor Gálvez escribe «Mi tierra: las campañas y las ciudades», artículos fechados en 1884 que forman parte de la obra *Memorias de un viejo*. Viaja en tren lo mismo que los extranjeros, pero las observaciones, como en el caso de Zeballos, son diferentes: Quesada compara el país que conoció en su juventud, cuando iba de Córdoba a Rosario para embarcarse en algún botecito de vela por el Paraná. Era el horizonte sin límites, sin poblaciones ni chacras, el mismo horizonte que ahora cruzan las vías del Central Argentino, cuyas colonias «han dado fisonomía culta a la llanura antes agreste y triste. Bell-Ville, riente ciudad de tipo extranjero [...] Córdoba, la pacífica y tranquila Córdoba es hoy un depósito para el intercambio del comercio. La actividad de sus calles es notable, la edificación moderna le ha impreso ahora un sello de riqueza y de vida [...] La provincia de Santa Fe es hoy una colonia extranjera; villas y ciudades han surgido del seno del desierto [...] La agricultura se ha extendido de tal manera y aumenta en proporciones tan rápidas, que alimenta el tráfico de las ferrovías construidas.»

Arrastrado por sus ensueños, quizá más allá de la realidad objetiva, el anciano Quesada supone que en Córdoba «ya desapareció la siesta que entorpece la actividad: ahora a pesar del sol, se trabaja el día entero...» ■

7. El periodismo y el espectáculo parlamentario

En 1882 existían en el país 224 periódicos, de los cuales alrededor de cien se editaban en la Capital Federal. No solamente hablaban de política local: el cosmopolitismo de la nueva sociedad exigía información sobre cuestiones internacionales, comerciales, culturales. Este despliegue periodístico contribuyó a contrapesar los efectos de la degradación política impuesta por el roquismo. Los grandes temas debatidos en el ámbito parlamentario -Registro Civil, educación, territorios nacionales, matrimonio- fueron llevados hasta el público por una prensa eficaz. Gracias a ella, el pueblo pudo ir seleccionando a sus futuros dirigentes.

Una de las paradojas que hacen fascinante el análisis de la década de 1880 es la siguiente: a pesar de que la vida política retrocede por la aplicación del sistema de «Paz y Administración» impuesto por Roca, a pesar de que la actividad cívica es permanentemente falseada por un régimen electoral primitivo y reglamentado, la opinión pública cobra peso e importancia como elemento de presión sobre las decisiones oficiales, y se manifiesta libremente y de muchas maneras. Entre éstas hay que señalar el periodismo, que en los años ochenta adquiere un sorprendente vigor y una extensión asombrosa. También es necesario señalar la gravitación del Congreso Nacional como un terreno en el que se reflejan las tendencias de la opinión, que sigue atentamente sus debates y rodea a sus grandes voceros con un aura de prestigio casi mítico.

Esto significa que, pese a la indiscutible degradación política de aquellos años, la Nación continúa una marcha ascendente en sus prácticas ciudadanas. La discusión de los grandes temas se realiza sin trabas ni cortapisas, y el ámbito parlamentario cumple, en consecuencia, con su triple

función de foro de reflexión nacional, organismo generador de leyes y escenario donde se van perfilando y crecen los dirigentes más conspicuos de la comunidad nacional.

Hacia una prensa de información

Los años ochenta asistirán a una transformación en la naturaleza de los periódicos que se leen en la Argentina. Hasta entonces, casi todos eran órganos de partido; de ahora en adelante, los más prestigiosos pasarán a ser órganos de información. En la década anterior se había observado un fenómeno provocado por la generalización de la luz de gas en los hogares: la gente disponía de una buena iluminación doméstica y, por consiguiente, no estaba condenada a condicionar sus actividades a la luz solar. Ya no había motivos para acostarse con el sol; el gas permitía alejar limpiamente las tinieblas y dedicar un rato más a la lectura. Decía en 1881 Ernesto Quesada que en la Argentina «se leen no muchos libros, menos revistas, pero en cambio, enormemente, los diarios. La forma republicana de go-



La redacción de El Nacional, en las postrimerías de su existencia: había sido fundado en 1852 y subsistió hasta 1893. Llegó a publicar dos ediciones diarias, una a mediodía y otra a las dos de la tarde. En sus columnas aparecieron las Bases de Alberdi y las Cartas de Sarmiento contra Urquiza.

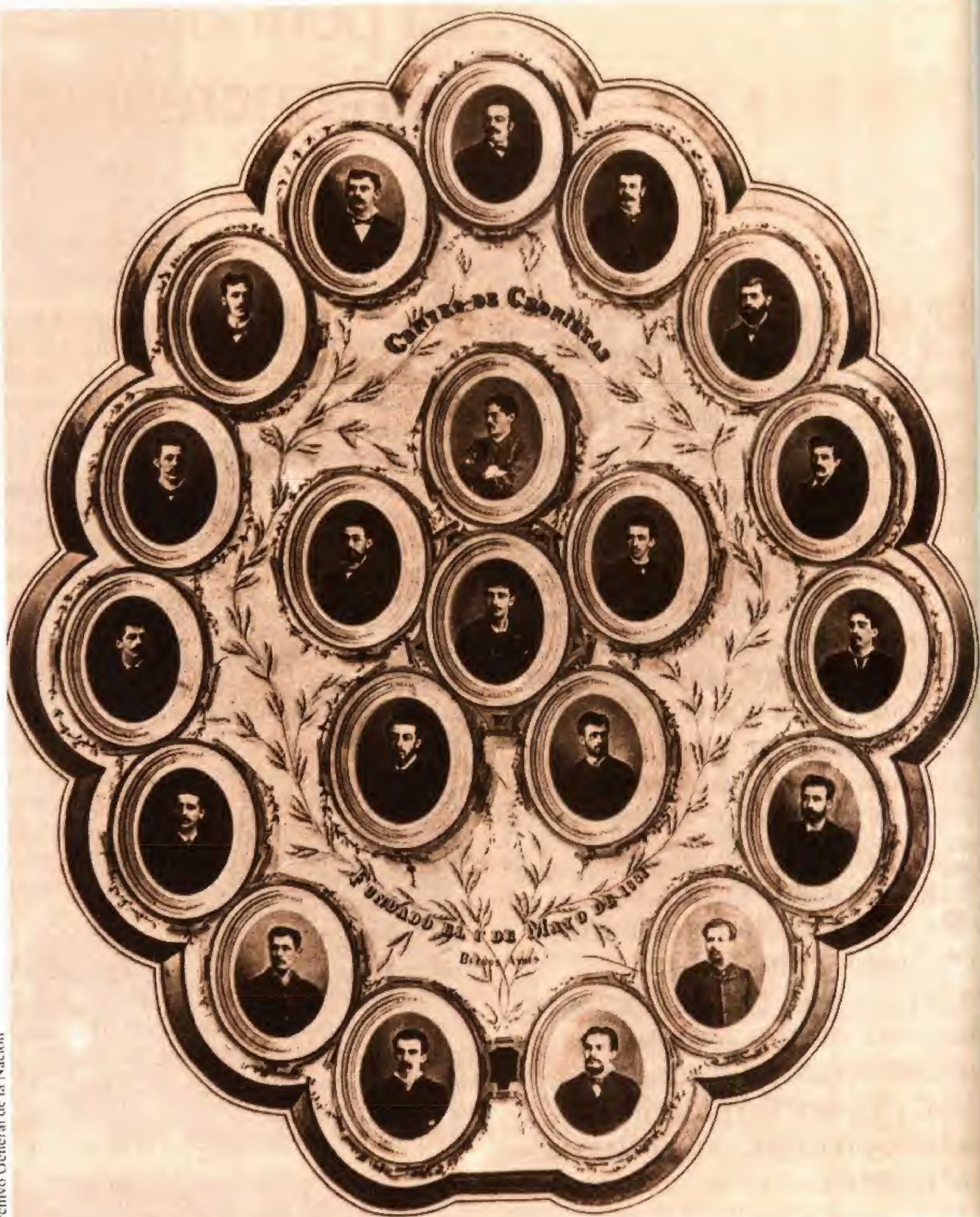
Herbario de la Biblioteca Nacional

bierno, las tradiciones y la práctica de una prensa que gozó, salvo raras excepciones, de una libertad que a veces pudo creerse rayaba en el desenfreno, la pública discusión de los negocios de interés común, la ardiente vida de partidismo y la tendencia de cada argentino a emitir su voz y voto en cada cuestión de grande o mediana importancia, son otras tantas causas innegables que han influido considerablemente para formar el temible poder que entre nosotros goza el diarismo.»

Efectivamente, era así. En 1881 existían 165 periódicos en todo el país; al año siguiente eran 224. ¡Un periódico por cada 13 500 habitantes! De este total, unos 103 se editaban en la ciudad de Buenos Aires. No todos aparecían diariamente: 46 eran cotidianos, 62 semanales y el resto se publicaba con distintas frecuencias. El total de ejemplares impresos superaba el millón doscientos mil por mes.

Había matutinos y vespertinos; los diarios de la tarde salían a la calle a las 14 horas, y ruidosos grupos de chiquillos esperaban su aparición en la puerta de las imprentas para tomar los paquetes y empezar a vocearlos por las calles. Solían ser amplias «sábanas» de cuatro páginas, dos de ellas ocupadas por avisos comerciales. El material se ofrecía indiscriminadamente, sin ordenarlo en secciones fijas. En la primera página venía el editorial y, a continuación, en las largas columnas se mezclaban las noticias del exterior, las crónicas políticas o parlamentarias, los sucesos de las provincias, las cartas y polémicas de los lectores, el indispensable folletín, las descripciones de la vida social o los comentarios sobre sucesos económicos y financieros.

En 1880 había en Buenos Aires unas cuarenta imprentas, casi todas pequeñas, servidas por tipógrafos que se consideraban la aristocracia de los trabajadores. («Un honrado cajista» se definiría con orgullo el Julián de *La Verbena de la Paloma*). El papel sobre el que se trabajaba era importado, pero ya en 1879 el número 140 del periódico *El Industrial* se imprimió en papel nacional, y en 1884 se fundó en Zárate la fábrica La Argentina, que pocos años más tarde llegó a producir 25 000 kg diarios de papel de diferentes



Archivo General de la Nación

clases, entre ellas, de diario: *La Nación*, *El Diario*, *El Nacional*, *La Tribuna* y *Sud-América* utilizaban esta materia prima nacional. En 1882 *La Prensa* anuncia la instalación de una máquina impresora Marinoni. Sólo había tres de ese tipo en América del Sur; hasta entonces los diarios tenían que imprimirse en dos pasadas, una litográfica y otra tipográfica, esta última con el sistema manual de las letras colocadas en cajas, que el obrero iba sacando, una por una, para la composición de los textos.

En cuanto a los «reclames» o avisos comerciales, hacia 1880 los órganos que atraían más a los anunciantes eran *The Standard* (el primero que incorporó la linotipia), *El Nacional* y *La Tribuna*; pocos años después, el interés de los avisadores se centraba en *La Prensa* y *La Nación*. Eran avisos que hoy se leen con risueña curiosidad, pero desde luego carecían de la carga psicológica de la publicidad moderna, fundada por Juan Ra-

venscroft; la propaganda comercial fue adquiriendo progresivamente tonos de originalidad y competitividad.

Para cerrar esta descripción vale la pena destacar la importancia de la cobertura informativa. Ya en 1875 se había inaugurado el servicio telegráfico con Europa mediante cable submarino. Dos años más tarde se establece una sucursal de la agencia Havas. Desde entonces, la información europea cubre buena parte del material periodístico, pero sigue siendo muy abundante el material relacionado con el interior del país (ante todo Rosario y Córdoba), al igual que el relativo a Paraguay y Uruguay. El *Buenos Aires Herald* fue el primero que contó con servicio cablegráfico a Europa por intermedio de Havas, así como con un servicio telegráfico transandino.

Todos estos adelantos técnicos tendientes a ofrecer contenidos más extensos, precisos e interesantes con una presenta-

INTERVIEW *with Elizabeth Nunez*

Biblioteca Nacional



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Biblioteca Nacional

| Teatros en Buenos Aires | |
|--|--|
| Semana del Febrero de 1899. | |
| Opera | no hay funcion |
| Politeama | Comedias ecuestres. Pódesta, Scotti. Funcion todas las noches. Domingo y dias de fiesta dos. |
| Onrubia | no hay funcion |
| Nacional | |
| San Martin | Gran Compañia ecuestre dirigida por el celebre Clown Frank Brown |
| Jardin Florida | Compañia española de zar- zuela. Empresa Duran. |
| Goldoni | Compañia zarzuela española. Empresa Artística. |
| Pasatiempo | Compañia de Conciertos y Bailes. Empresa Furel. |
| Alhambra | Compañia de opera comica italiana. |
| Panorama Plewna | |
| abrirn dia y noche Belgrano esq. Lima | |



¡Solamente para Solteros!

Lectura picante

Almanaque del Picaro

à 75 Cts. (tambien estampillas)

franco en sobre cerrado

"LA SUD-AMERICANA"

RECONQUISTA No. 212

ESCRITORIO 30

PASAGE ARGENTINO



Comunicaciones

[illegible]

A la **señorita** que vive en una de las **principales plazas** de la capital y que va a hacer un obsequio de lo que median sus continuas **pasiones** por un **retrato** que me ha traído una **muñeca** por no tener la dicha de conocerla **personalmente**, **cuélgelo** al **muestro** en **un** **balcón** al **paseo** a **las** **veces** **tan** **tarde** **por** **una** **flor** **pandero** **en** **el** **pecho** **si** **es** **libre** **y** **no** **la** **voz** **del** **todo** **indiferente**.

Adela - filha de sexta mulher
 sendo uma filha mais para o 10

Rosario. — ¿Te gozas en un martirio dejándome sin novena para por tantos días? ¿Porque esa crueldad con quien no lo mereces? Trata de ir el domingo próximo a Palermo para verlo la dicha de veras. Aaaa...

La señorita que en Salgado
lindo, meo a mentar a los 25
la tarde (pasaba por la calle
Florida, acompañada de un niño
de unos 8 años de edad y que
se detiene en la fachada de la
calle, se escapó por el cubil
lindo que el esposo algunas me-
dias, de darle una oportunidad
de entrar en una cama con ella.
Sus amigos, meo a mentar, se re-
pararon la mayor parte, bajo
palabra de honor.

Cartas a I, S. (poule restante)
cristal,

María L. Espinoza canta

Ruego a la señorita, que me acompañe de otra ciudad de 12 años, por segunda vez por mi sucesos 27 de 11 a 12 del día, desde los calles Sispaña, Lavalle, Cuenca hasta Porana, pasando por la de Anes, quiero comunicarme algún pueblo para tener la dicha de conocer a ver si es posible de habitar, dirigirme unas líneas a G. R. a la dirección del periódico.

ESTRENIMIENTO

y Alecciones
Que son la consecuencia

CURACION

Polvo laxante de Vichy
PARIS

PARIS
Avenue Victoria 6
à la hauteur des boulevards

[illegible]

Agentes Generales: **CHAVANNE & ROUX**

293—CALLE BOLIVIANA—293

SE HACEN CLIENTES DE AVISOS PARA DIARIOS Y PERIÓDICOS.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA

DEL

COURRIER DE LA PLATA

PIEDAD

148

Y

154

En la
IMPRENTA

SE Hacen

LIBROS Y FOLLETOS

DIARIOS

CHUCOS Y GRABADOS

CARTELES

De Tinta Negra

Y DE

VARIOS COLORES

PAPERETES

ENCUENES Y ALBOS

PRECIOS CONVENIENTES

Encomienda

Copias de Facturas

Comerciantes

REGISTROS

En la
LITOGRAFIA

SE Hacen

LETRAS DE CAMBIO

ACCIONES

ESQUELAS DE LOTO

DIPLOMAS

CIRCULARES

TARJETAS

CHUCOS Y PROGRAMAS

MANDILES

PARA

CIGARRILLOS

FINCI

Boletines de Loteria

PAPEL MONEDA

MATERIAL NUEVO

Y MUY SURTIDO.

Este Establecimiento participa a los comerciantes y a los propietarios de imprenta, que poseen un taller de

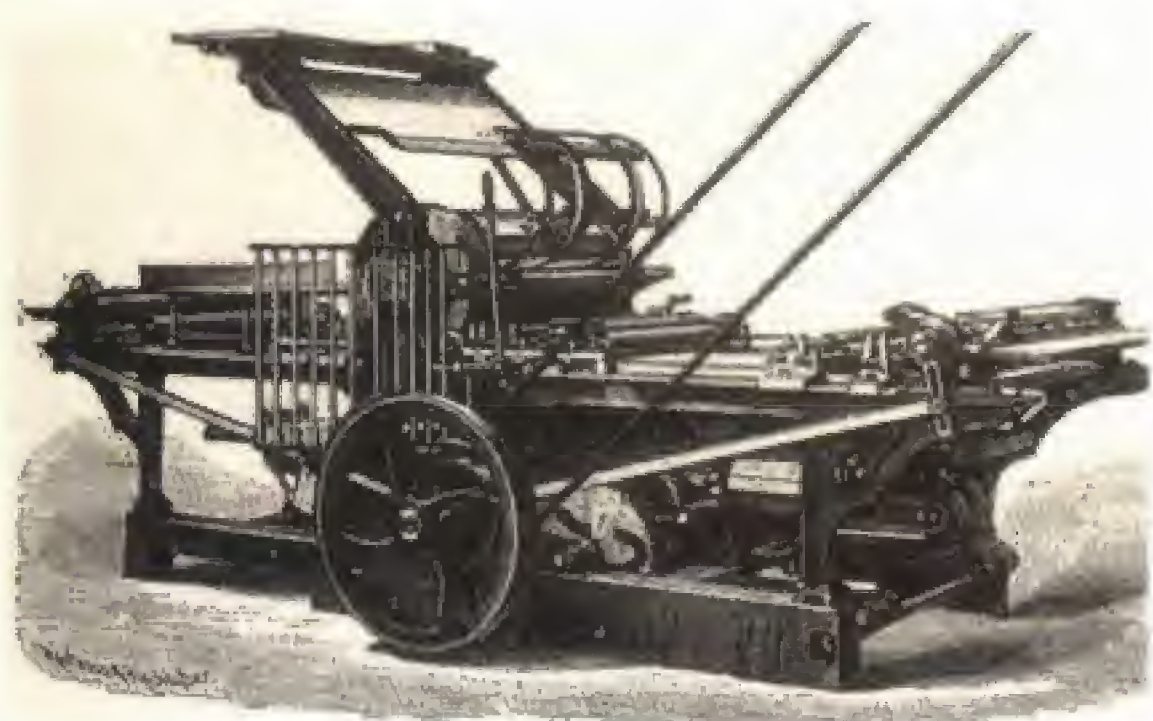
ESTEREOTIPIA

Se venden flopones y atribulos para imprentas y particulares

SE HACEN CLIENTES PARA IMPRENTA DE TODAS CLASES

Memoria de la Biblioteca Nacional





A la izquierda, la fachada de El Nacional, que tuvo como director durante varios años a Dalmacio Vélez Sarsfield. A la derecha, una de las caricaturas de El Mosquito, semanario humorístico que se publicó desde 1863 hasta 1893, con enorme suceso popular. Viñeta: máquina para fototipía.

Decesos y nacimientos

La baja más sensible fue, probablemente, la de *El Nacional*, el decano de los diarios políticos porteños. Había sido fundado en 1852 y puede decirse que por su redacción pasaron todos los hombres importantes del país, desde Vélez Sarsfield y Sarmiento hasta Mitre y Pellegrini. A lo largo de la década de 1880 fue languideciendo y su desaparición sobrevino en 1893.

Otro de los diarios tradicionales había sido *La Tribuna*, fundado en 1853. El «diario de los Varela», como se lo llamaba, fue un órgano adelantado a su época por la versatilidad de su material y el olfato periodístico que lo llevaba a explotar todo asunto que tuviera resonancia popular. Héctor Varela, *Orión*, fue uno de los hombres más queridos de Buenos Aires y sus tareas en el diario no le impedían presidir las murgas de los carnavales porte-

ños o la comisión popular formada en 1871 para hacer frente a la fiebre amarilla. El público lector fue largamente fiel a *La Tribuna*, que después de 1870 agregó a su habitual edición matutina otra de la tarde. Pero en 1883 su aliento se extinguió definitivamente.

Compensaron estas bajas nuevos diarios, intérpretes de distintas tendencias, pero todos con una intención informativa general que marcaba diferencias con la década anterior. En 1884 se funda *Sud-América* para defender, en líneas generales, la política de Roca; en la redacción figuraban Pellegrini, Paul Groussac y Lucio V. López. El mismo año apareció *La Voz de la Iglesia*, de tendencia obvia pero cuyos materiales eran más amplios de lo que el título prometía; duró casi veinte años. Menos vida tuvo otro periódico católico, *La Unión*, nacido en 1882 gracias al esfuerzo de José Manuel Estrada, Miguel Navarro Viola, Emilio Lamarca,

Tristán Achával Rodríguez, Santiago de Estrada y Alejo de Nevares. Aunque su propósito fue participar activamente en las grandes controversias religiosas y educativas planteadas en aquellos años, que hemos reseñado en otro capítulo, sus secciones de letras y teatro fueron notables. No sobrevivió a la década que estamos estudiando. Su antagonista fue *Fígaro*, fundado en 1883, un diario de formato pequeño, maligno en sus ataques contra los católicos... pero también contra Roca, Sarmiento, Mitre, Rocha y Juárez Celman. El único colega al que respetaba era *El Censor*, que Augusto Belin Sarmiento fundó en 1885 y donde su ilustre abuelo publicó algunas de sus últimas notas; terminó su vida cuatro años después de la muerte de Sarmiento, en 1892.

Otros periódicos de aquellos años, *El Diario*, fundado por Manuel Láinez en 1881, *La Crónica* (1883), *Los Tiempos* (1884) y *Gil Blas* (1885), dan cuenta del



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

El Sud-Americano, (abajo, izquierda) se publicó en Buenos Aires desde 1888 hasta 1892. En él colaboraron Bartolomé Mitre y Mariano Pelliza. Héctor Varela (abajo, derecha), hijo mayor de Florencio Varela, ciudadano argentino y uruguayo, fue una de las personalidades más importantes del periodismo latinoamericano.

intenso movimiento periodístico de entonces. Pero la década de 1880 se caracteriza, en el campo del «diarismo», por el robustecimiento de dos órganos fundados en la década anterior, que empezaron como expresiones más o menos partidistas y supieron combinar sus respectivas posiciones con las exigencias de un periodismo moderno e informativo. Nos referimos a *La Prensa* y *La Nación*.

La Prensa había sido fundada en 1869 por José C. Paz; su independencia, su posición crítica ante todo lo que consideraba abusos o aberraciones políticas, le valieron pronto un gran prestigio. En 1880 asumió la dirección el doctor Adolfo Dávila, y en 1887 lo hizo Eleodoro Lobos. El diario de Paz fue incorporando adelantos técnicos y mejoras periodísticas, hasta convertirse en la década de 1880 en un órgano de gran tirada: en 1886 *La Prensa* publicaba 18 000 ejemplares diarios; diez años más tarde imprimía casi 60 000.

Prensa y política

“Una circunstancia que merece destacarse por su propio relieve en la historia de la prensa es la de existir en el país familias que constituyen una tradición. Tales son las de los Varela, los Gutiérrez, los López, los Mitre y los Paz. Sus miembros han sabido responder a la responsabilidad del apellido y la República se honra hoy con esos blasones.

»Las directivas para el orden político, las candidaturas presidenciales o las actitudes revolucionarias salieron muchas veces de las redacciones de

diarios. Hasta principios de la actual centuria los hubo con esas modalidades, que estaban un poco en la complejión sociológica del siglo anterior. Así fue *El País* de Carlos Pellegrini, varón tan varón en la tribuna parlamentaria como en la tribuna periodística. Hubo diarios que tuvieron por misión derribar ministros, como *Diario Nuevo* de David Peña; y los hubo que fueron amables cenáculos literarios como *El Tiempo* de Carlos Vega Belgrano.» (Juan Rómulo Fernández, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, 1943) ■



J. Lacort

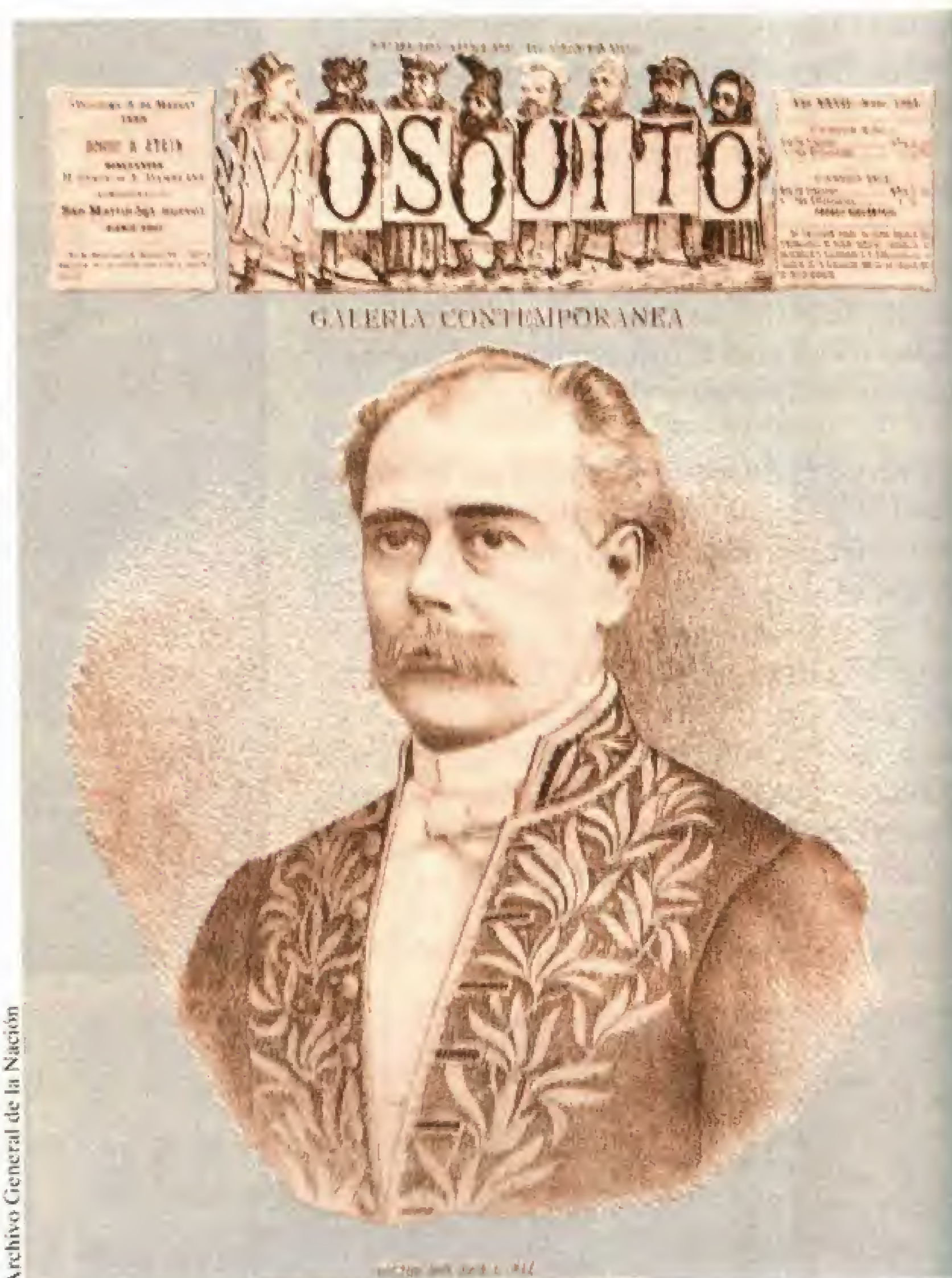


Archivo General de la Nación

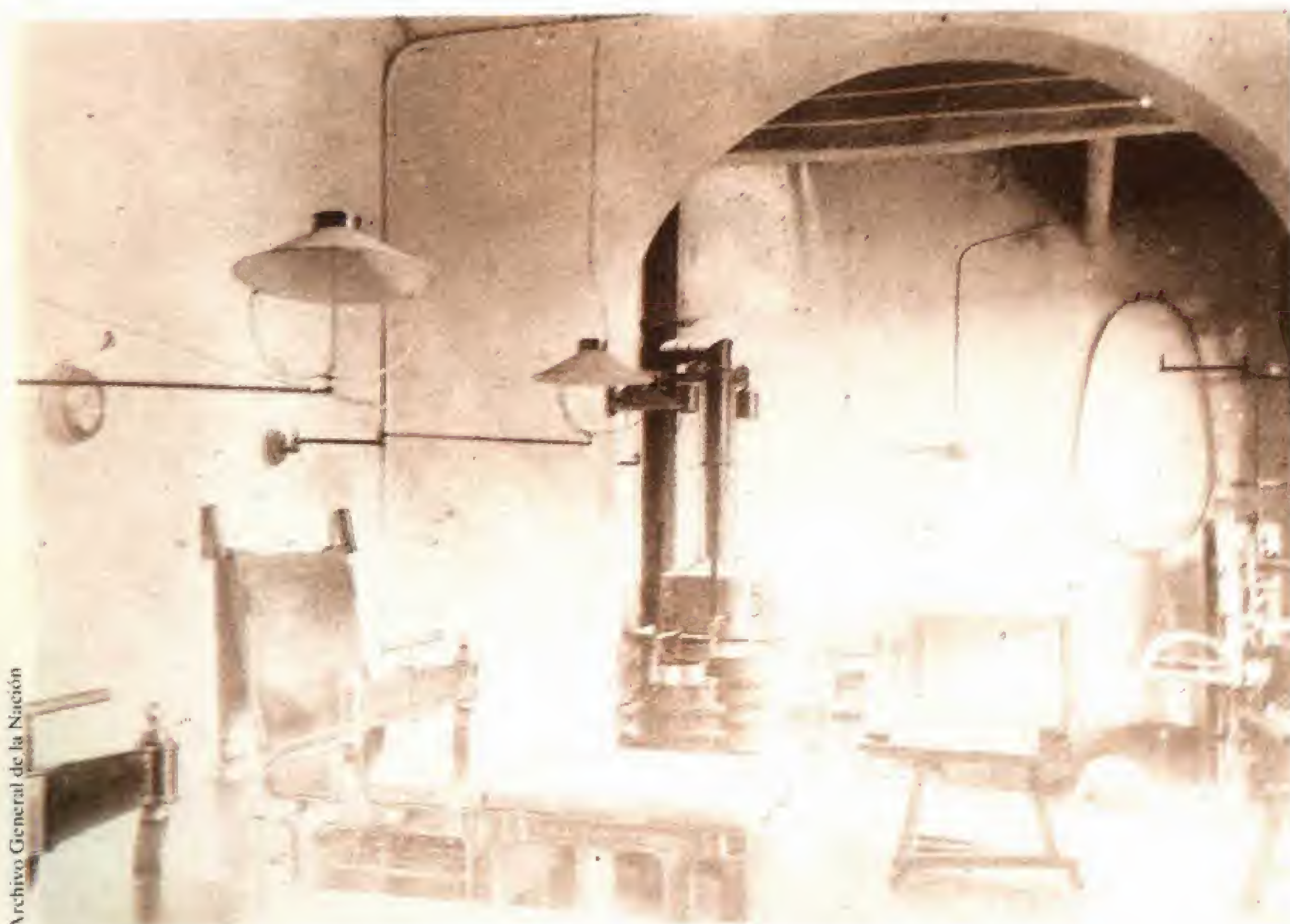
Abajo: dos creadores de publicaciones que alcanzaron gran trascendencia: Manuel Láinez (izquierda), responsable de la aparición de El Diario (1881), y José Camilo Paz (derecha), fundador del matutino La Prensa, cuyo primer número vio la luz el 18 de octubre de 1869.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

La Nación, a su vez, había nacido en 1870 como sustituto de *La Nación Argentina*, el diario de los Gutiérrez adquirido por Bartolomé Mitre. No dejando de ser, como fue, una expresión del partido nacionalista, *La Nación* también se fue adaptando a las necesidades de los nuevos tiempos y afirmando una personalidad periodística que, manteniéndose asociada a la figura de su ilustre fundador, acrecía un prestigio que se apoyaba en sus excelentes materiales sobre letras y cultura.

Sería imposible reseñar en este espacio las características y trayectoria del periodismo de aquellos años; sólo agregaremos un caso particular, el de *El Mosquito*, fundado en 1866 por Carlos Stein, que dejó de aparecer en 1893. Salía los domingos y en sus páginas fueron caricaturizados todos los personajes importantes de aquellos años. Similar en la intención y en la presentación fue *Don Quijote*, que salió a la calle en 1884 con la dirección de Eduardo Sojo y la colaboración de Ma-



Pie de página 214 y abajo: el interior y la fachada de la primera imprenta del diario La Prensa. Desde su modesto origen -dos páginas- llegó a ser uno de los rotativos más prestigiosos editados en castellano. Sucedieron a Paz en la dirección Cosme Marino, Estanislao Zeballos y Adolfo Dávila. Viñeta: caricatura de Adolfo Dávila.



nuel Mayol y José Cao, todos ellos eximios dibujantes. «Se compra pero no se vende», era el lema de *Don Quijote*, que se burlaba de todos, pero sin exceso ni chabacanería.

El panorama debe completarse con las revistas que proliferaron en la década. La lista es muy larga e incluye publicaciones literarias, científicas, artísticas, pedagógicas (*El Monitor de la Educación Común*, 1881), comerciales, industriales, militares y navales. Pero hay que destacar en la nómina la *Revista Nacional* (1886), dirigida por Adolfo P. Carranza y dedicada preferentemente a historia argentina y americana, que duró dos décadas; *La Ilustración Argentina* (1881), que aparecía cada diez días y tenía el especial atractivo de los grabados de Reynaldo Giudice, Eduardo Sivori y Lucio Correa Morales; y la *Nueva Revista de Buenos Aires* (de 1881 a 1885), de frecuencia mensual, dirigida por Vicente G. Quesada y luego por su hijo Ernesto, cuyo

material era preferentemente historiográfico, jurídico y literario.

Finalmente, las publicaciones en lenguas extranjeras o representativas de la nueva significación de las colectividades. Los españoles ya leían, a partir de 1872, *El Correo Español*; desde 1881 pudieron frecuentar, entre otros, *La Nación Hispana* y publicaciones gallegas, catalanas y de otras regiones. Los italianos disponían de muchas publicaciones: una de las más leídas fue *La Patria degli Italiani*, fundada en 1876 y que cambió de nombre varias veces; *L'Amico del Popolo* y *Libero Pensiero* eran republicanos. En 1880 salió en Rosario *L'Eco delle Colonie* y en 1887, en Córdoba, *La Bandiera Italiana*. También la colectividad francesa se expresaba en diarios y revistas diversas. *Le Courrier de la Plata* (1865) subsistía en la década de 1880, que en su último año vio la aparición de *La Revue Illustrée du Rio de la Plata*, sofisticada y frívola, al menos para las pautas de la época. Los ingleses se

deleitaban con *The Standard* y el *Buenos Aires Herald* (1876), generalmente muy moderados en sus opiniones, y la *River Plate Review*, de larguísima trayectoria y copiosa información económica. Y para terminar con la enumeración, recordemos que en 1880 Germán Tjarks dio impulso al más antiguo diario alemán del continente, el *Deutsche La Plata Zeitung*, y en 1888 apareció el *Argentinische Tageblatt*, dirigido por el suizo Teodoro Alemann.

Docenas de publicaciones quedan necesariamente en el tintero, pues sólo hemos recordado las principales para dar una idea de la bullente actividad periodística de la época.

La prensa y la política

Buena parte del material periodístico estaba dedicado a cronicar y comentar los sucesos políticos, que en la década de

Nostalgias del periodismo de ayer

Si un argentino que orilla los cincuenta años de práctica periodística procura encuadrarse en la historia del periodismo nacional, podrá imaginar, hurgando en sus recuerdos de juventud, la del medio siglo anterior. Entre 1880, año en el cual situamos el nacimiento de la Argentina liberal y progresista, y 1930, en el que comienza su derrumbe, esa industria nacional alcanzó un volumen y un prestigio superiores a los logrados en otros países más avanzados desde el punto de vista económico y cultural.

En todo caso, fue en ese período -el de Sarmiento y Mitre, Paz, Vélez, Pellegrini, Cané, Zeballos, Lagos, Hernández- el momento en que se formaron las grandes empresas periodísticas, cuando los argentinos consumieron más papel de diario per cápita, y los redactores y lectores disfrutaron de la mayor libertad de prensa, no sin sufrir los contratiempos que toda libertad supone.

Sin embargo, un punzante sentimiento nostálgico retrotraerá al periodista en cuestión a los primeros tiempos. ¡No haber puesto su firma junto a las de Moreno, Belgrano, Monteagudo, fray Cayetano Rodríguez, el aymara Pazos Kanki o el cubano Valdés! Con ellos aparecía el escritor público, cuya vida se confunde con su trabajo, que sufre en persona las vicisitudes políticas, y mientras trabaja sujeto a múltiples compromisos, trata -casi siempre sin éxito- de asegurarse un mínimo de independencia para difundir sus ideas. Esa manía le vale, desde luego, la aversión de los poderosos y la secreta envidia de los acomodaticios.

Pero nosotros, los menguados herederos de Láinez y Lugones, de Botana y Jorge Mitre, no conocimos la época en que era imposible separar el periodismo de la vida política, y ésta se manifestaba, sobre todo, en el Congreso. También tenemos esa otra nostalgia, contraída a través de la lectura y relatos de nuestros mayores.

Ya no escribimos con pluma de ganso, y la gente se entera de lo que pasa a través de la televisión. Las luces de gas se han apagado. No se oye el ruido de las carrozas rodando sobre el empedrado. En la madrugada, nadie se batirá a duelo ■

Osiris Troiani

Periodista, especialista en temas internacionales. Ha prestado servicios en los principales medios de la Argentina y colaboró con importantes diarios y revistas del exterior.



Miguel Navarro Viola



Archivo General de la Nación

1880 comenzaron con el alzamiento teje-dorista contra el gobierno de Avellaneda, su derrota, la intervención a la provincia de Buenos Aires, la capitalización de la ciudad porteña y la consagración presidencial de Roca. Luego, la política se refugió en el Congreso y tuvo momentos de tensión en oportunidad de las controversias religiosas y educativas, y más tarde, con motivo de la elección presidencial de 1886, en torno de las candidaturas de Bernardo de Irigoyen y Miguel Juárez Celman; todo ello sin contar los complicados procesos que se vivieron en algunas provincias como consecuencia de los enfrentamientos producidos en el



Bartolomé Mitre con su nieto Jorge, en 1884. En 1870 había fundado *La Nación*, otro órgano periodístico de trascendencia internacional. En 1877 el diario comenzó a utilizar el servicio telegráfico que proporcionaba la agencia Havas, en 1900 incorporó las primeras linotipos y en 1902 apareció su primer número en colores.

Las tres clausuras de *La Nación*

La primera clausura del diario se produjo en setiembre de 1874. En su edición del 25 de ese mes, *La Nación* reprodujo en la sección titulada «Actualidad» las informaciones dadas por *El Nacional*, diario que apoyaba al gobierno, sobre un movimiento revolucionario iniciado en la provincia de Buenos Aires y en Cuyo. Parte de la tercera columna de la primera página aparecía en blanco, «como para señalar -según se dijo- que calla deliberadamente lo que sabe, por adhesión al movimiento». Como el gobierno había impuesto el estado de sitio, la edición del día siguiente mostraba una blancura total en la columna de la primera página dedicada a los editoriales. El 27 no se publicó el diario: el poder ejecutivo, ejercido por Domingo Faustino Sarmiento, había clausurado en la víspera la imprenta de *La Nación*. La situación se prolongaría por cinco meses, hasta el 1° de marzo de 1875, día en que reapareció el diario con la dirección provisional de José Antonio Ojeda, un joven periodista salteño. En su primera página podía leerse la «Introducción a la vida de San Martín», escrita y firmada por Mitre, a la sazón preso y sometido a proceso militar por su participación en la fracasada revolución. Ese día, la impresión del diario se prolongó hasta el mediodía porque su tirada, 10 500 ejemplares, fue excepcional para la época.

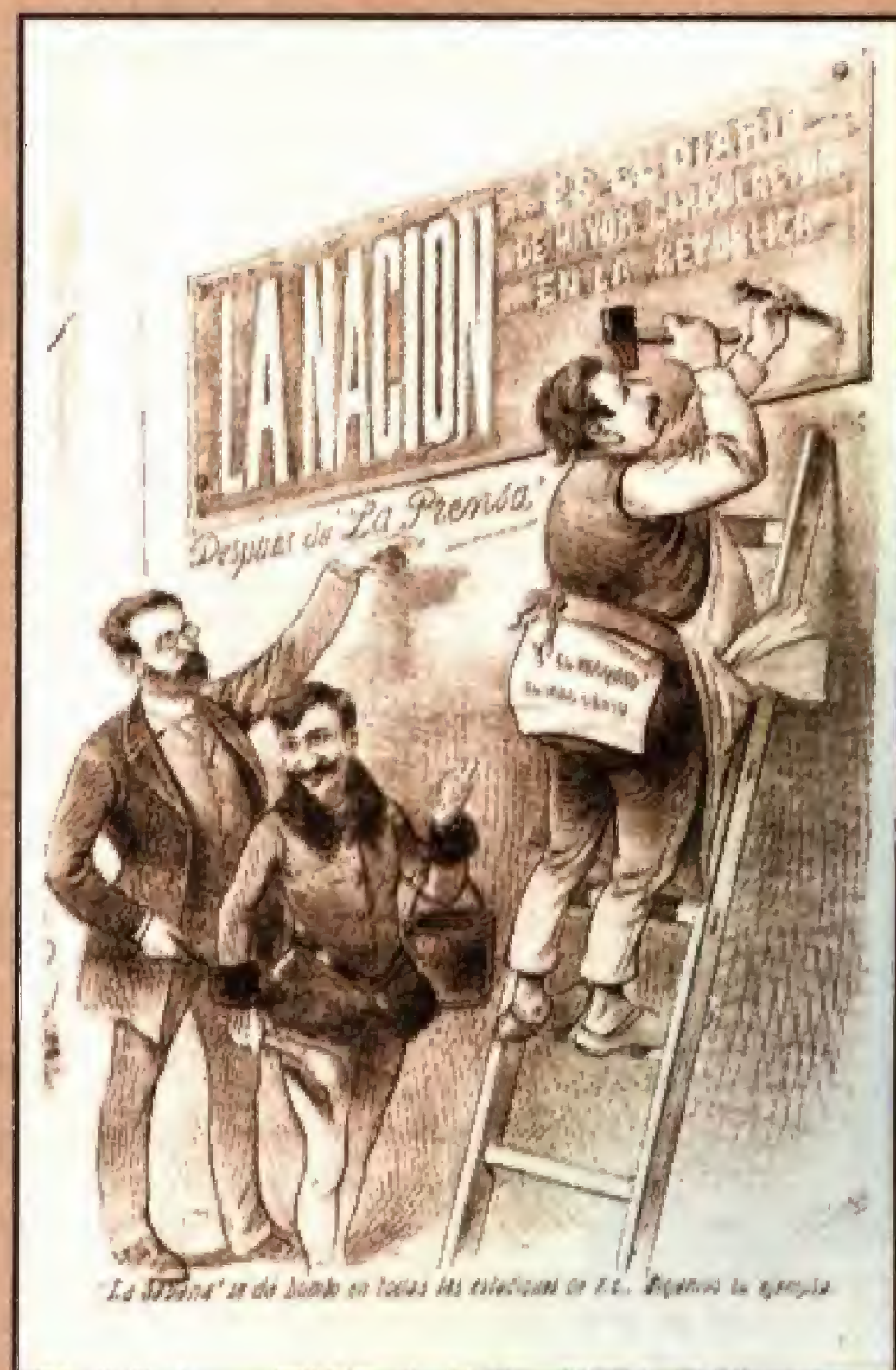
La segunda clausura fue dispuesta por el presidente Avellaneda. En la noche del 19 de diciembre de 1876, un comisario de policía comunicó a la administración del diario que éste quedaba suspendido hasta nueva resolución. Regía el estado de sitio, y

el gobierno se sintió afectado por la respuesta dada por *La Nación* a un artículo de Sarmiento publicado en *La Tribuna*, en el que censuraba lo que juzgaba abusos de la libertad de prensa. El diario de Mitre reapareció el 28 de ese mismo mes.

La tercera clausura sobrevino el 26 de julio de 1890, día en que se inició la revolución de los cívicos, y fue consecuencia de una decisión del presidente Juárez Celman. *La Nación* reinició sus ediciones el 1° de agosto, una vez concluida la lucha armada ■

Enrique Mario Mayochi

Profesor y periodista, miembro de la Junta de Historia Eclesiástica y premio Academia Nacional de la Historia 1978.



orden nacional o por motivos de orden local, y que tuvieron la correspondiente repercusión parlamentaria.

Es comprensible, entonces, que la atención de la opinión pública se volcara sobre el Congreso Nacional, sus discusiones y sus personajes más sobresalientes. Seguíanse apasionadamente sus sesiones, los grandes discursos que allí se pronunciaban se difundían por todo el país y no eran pocos los que sabían repetir de memoria algunos de sus párrafos. Era, no hay que olvidarlo, la época de oro de la oratoria parlamentaria, y en nuestro país, como en todo el continente, la influencia

La redacción de Don Quijote (abajo), semanario satírico que aparecía los domingos bajo el lema «Este periódico se compra pero no se vende». Comenzó a publicarse en 1884 y cerró sus puertas en 1903.

Pie de página, izquierda: portada del Almanaque del Mosquito de 1886, en la que H. Stein se caricaturiza a sí mismo.



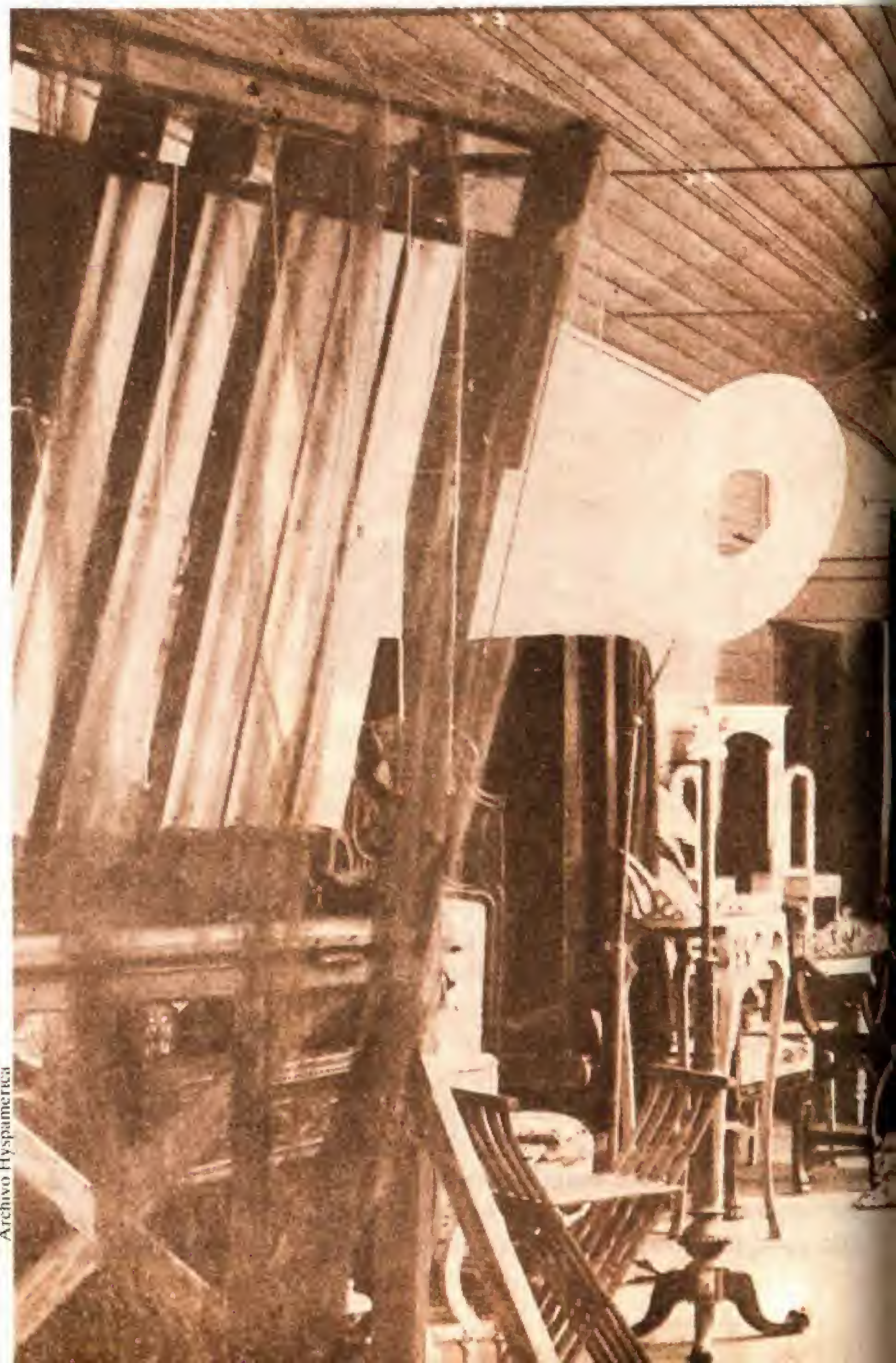
Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

del español Emilio Castelar y su grandilocuencia pesaba sobre el estilo de nuestros diputados y senadores mucho más que los sobrios modelos típicos de los ingleses o norteamericanos.

El recinto del Congreso Nacional era ideal para la frecuentación del público. Construido en 1861 por el arquitecto cordobés Jonás Larguía, tenía dimensiones íntimas y familiares pero no exentas de una republicana belleza. En la actualidad, preservado bajo el edificio del Ministerio de Bienestar Social, es la sede de la Academia Nacional de la Historia, conservando lo esencial de su estructura. Con un diseño semicircular y varios órdenes de balcones para la barra, los legisladores se encontraban muy cerca de los visitantes; nadie podía dejar de percibir el

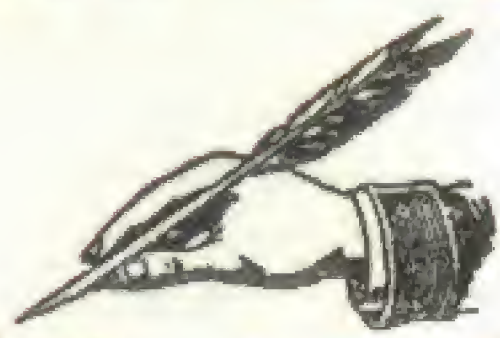


Archivo General de la Nación



Archivo Hyspaniérica

EL REPORTER DE LAS SEÑORITAS



PERIÓDICO SEMANAL

más leve matiz de los discursos, los ademanes y hasta los *tics* de los padres de la patria, y todo pasaba después a las columnas de los diarios, cuyos lectores terminaban por conocer al dedillo a cada uno de los protagonistas. Recuérdese que éstos eran relativamente pocos: treinta senadores nacionales y menos de ochenta diputados. Por otra parte, la instalación de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires en La Plata había restado al parlamento de la Nación una competencia que durante veinte años dividió la atención pública en los dos organismos. Ahora, la ciudad porteña era por derecho propio el escenario del Congreso Nacional, y sus habitantes se enorgullecían de ello.

Este orgullo no se transmitía a los propios legisladores, quienes, salvo escasas ex-

cepciones, eran destinatarios permanentes de ironías, críticas y ataques de toda laya. Unos por hablar mucho, otros por no hablar nada, aquéllos por la ilegitimidad de su elección, éstos por su adscripción a tal o cual partido, por su actuación anterior o presente, por algún rasgo de su personalidad, algún desliz en sus negocios o algún lejano antecedente familiar... La prensa solía ser implacable con los miembros del parlamento, pero no se recuerda en la década de 1880 ningún proceso por desacato, con excepción de una medida que adoptó la Cámara de Diputados en una *cause célèbre*.

Ocurrió en 1887 y se trataba de un dibujo de Sojo en *Don Quijote*. En él se veía a la República exprimida por una gigantesca prensa manejada por el presidente, sus

En el centro: el estudio de Alejandro Witcomb, uno de los más importantes profesionales argentinos de la fotografía. Sus trabajos -en particular sus retratos y sus notables composiciones de grupos familiares- se publicaban en todas las revistas de la época. Era el artista preferido de la sociedad porteña.

ministros y los diputados oficialistas, que la obligaban a arrojar dinero a puñados. Todos los diputados estaban caracterizados como carneros. Cada uno de ellos ostentaba los atributos que distinguen a los carneros de las ovejas; todos, menos el diputado Lucio V. Mansilla... El autor de *Una excursión a los indios ranqueles* hizo un escándalo por semejante insinuación sobre su virilidad y consiguió que sus pares impusieran a Sojo una detención por toda la duración del año parlamentario. Un *habeas corpus* judicial lo liberó en pocos días.

Lo atrevido de esta sátira da la medida de los extremos a que se llegaba. En 1890, un autor desconocido, que utilizó el seudónimo de Escalpelo, publicó un pequeño libro que contenía las semblanzas de



Archivo General de la Nación

Arriba: el edificio del diario La Nación, en la calle San Martín, al lado de la casa de Bartolomé Mitre (a la izquierda). Para encarar la empresa, Mitre fundó una sociedad con Francisco de Elizalde, José María Gutiérrez y Adriano Rossi. Posteriormente las acciones pasaron a manos de la familia del fundador.

Una sátira mordaz

“**E**l Senado argentino es un Senado nuevo y original. ¿Cómo ha resuelto la representación popular este alto cuerpo legislativo? Es aquello una invernada de gobernadores; de hombres de acción que esperan el momento, de hombres de lucha que preparan la oportunidad, de alcaldes que cargan charrasca y naranjero y que siguen la justicia del sabio Salomón “la mitad para cada uno si el todo prolonga el litigio”, pero que desdeñan el saber, la ciencia que se adquiere sobre el libro, con la observación y obrando con la independencia de los caracteres enteros. Basta ser gobernador de provincia para tener asegurada la banca en el Senado, y basta como consecuencia tener una banca en el Senado para aspirar con éxito a las gobernaciones de provincia...”

»Salvo raras excepciones, los senadores actuales, si no han sido una vez gobernadores lo han sido dos veces.

»Es un juego de niños. Simple cambio de asientos: yo bajo, tú subes -guárdame esta banca, yo te reservo esta gobernación-; bríndame con esa gobernación, yo te obsequio con esta banca. En la táctica, no pueden ser nuestros legisladores más conserva-

dores. Es imposible: ni puede haberse simplificado más el problema, todavía discutido, de la representación nacional.

»Así, gracias a esa simplificación, la oratoria política del Senado es una oratoria descalabrada, oratoria de gobernador que cede y hace fuerza a la vez; de hombre que está acostumbrado a triunfar, no con palabras sino con hechos -que no discute, que or-

dena- que obedece porque sí o que resiste por igual razón.

»Pero, ¿contamos con algún orador? Yo le he oído decir a un colega aficionado a estos estudios: “Son tan raros los buenos originales en nuestra tribuna parlamentaria, que siempre los estoy revisando y estudiando; ¿quién me dice que el más insignificante no me brindará, cuando menos lo pienso, el tesoro más precioso de elocuencia? Tengo esta esperanza; suceden tantos chascos y hemos visto tantas maravillas, que no sería punto más que imposible encontrar una buena veta perdida allá, en medio de un mundo de palabras.”

Del Valle encantaba, arrebatava la reflexión, imponía su juicio. Funes lo colocaba a cada uno en posesión de sí mismo, lo obligaba a ejercitar el propio juicio, no lo elevaba al terreno de la teoría en plena abstracción de la práctica. Han sido dos oradores en el Senado; después de ellos apenas han quedado Dardo Rocha, Pizarro y sabios como Gerónimo Cortés y Benjamín Paz!» (*El Senado de 1890, Brocha Parlamentaria* por «Escalpe-lo», con ilustraciones de Heráclito, Buenos Aires, 1891)



los miembros de la Cámara alta, acompañadas por sus respectivas caricaturas. Con mordacidad -y lo que es peor, con conocimiento de causa- Escalpe-lo se burlaba de los senadores de la Nación usando todo el registro de su ironía y la pluma implacable de Manuel Mayol, dibujante andaluz que también participó en *El Quijote*. Al riojano Bustos no se le concede otra virtud que la de hacer «pasadas» a caballo frente a las casas de sus amoríos, dirigiendo requiebros a sus festejadas; el jujeño Pérez es sólo un comisionista de sus mandantes; el tucumano Paz amenaza

siempre con hablar y nunca se decide a hacerlo; el salteño Güemes es glotón y propenso a dormirse en la banca. ¡No se salva nadie de ese implacable escrutinio!

¿Merecían los parlamentarios de la época semejante ataque? Si bien es cierto que los procedimientos electorales eran casi siempre viciosos, también es verdad que los así designados eran los mejores hombres del país: al menos, los más destacados dentro del país político. Una ojeada a la nómina de los legisladores de la década nos indica que el Congreso Nacional in-

cluía todas las tendencias representativas del momento, por encima de las definiciones partidarias: católicos y librepensadores, proteccionistas y liberales, partidarios de los capitales extranjeros y voceros del capitalismo nacional. Del análisis de los períodos legislativos, surge la importancia de las leyes sancionadas.

Los grandes debates

En su primer mensaje al Congreso, el presidente Roca afirmaba que había tantas y

Abajo: tapa del almanaque que Don Quijote publicó en 1891, dibujado por su director, Eduardo Sojo.

A la derecha, de arriba abajo: el edificio de La Patria degli Italiani, un diario de la colectividad, y la Casa de Gobierno y el viejo Congreso Nacional, en la Plaza 25 de Mayo.

Viñeta: caricatura de El Mosquito.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

tan importantes cuestiones sobre las que debía legislarse, que era como si recién se fundara la Nación. Exageraba el flamante presidente, pero no mucho: si estaban dictados los códigos fundamentales y algunas leyes básicas, como la que regía la Justicia Federal y la que promovía la inmigración y colonización, existían amplios vacíos legislativos cuyo llenado no podía demorarse.

La federalización de Buenos Aires y la conquista efectiva de los territorios australes, así como la ocupación ya puesta

en marcha del Chaco, urgían la sanción de normas para estabilizar estas nuevas situaciones, que de uno u otro modo acrecían el poder del Estado nacional. A lo que había que agregar una circunstancia que hacía previsible nuevas discusiones legislativas: el pensamiento liberal que nutría al elenco roquista y las definidas áreas que deseaba reservar al Estado en detrimento del papel desempeñado hasta entonces por la Iglesia.

Sobre estos y otros rubros no menos significativos legislaron el Congreso de Roca

y, en menor medida, el de Juárez Celman. A algunos de estos debates nos hemos referido en otros capítulos del presente volumen. Ahora mencionaremos algunos más, en la imposibilidad de recordar todas las grandes leyes tratadas en la década de 1880, cuya serie se inició con la que federalizaba la ciudad de Buenos Aires, sancionada en la sede provisoria de Belgrano antes de la asunción presidencial de Roca.

En 1881 se sancionó la ley orgánica de la Justicia de la Capital Federal, que esta-



A la izquierda: canillitas, según el Buenos Aires Ilustrado, y uno de los grabados de El Senado de 1890. Pie de página izquierda, una tapa del Correo de las Niñas presenta, en su «Galería de las flores del edén porteño», a una muy juvenil beldad de la época.

blecía cámaras de apelaciones, juzgados en los distintos fueros y juzgados de paz. La nueva organización judicial metropolitana, además de ser necesaria y eficaz, constituyó un excelente recurso político para el gobierno, que pudo disponer de un buen número de magistraturas para distribuir entre sus amigos, muchos de ellos provenientes del interior, que desde entonces se instalaron definitivamente en la ciudad porteña. Al año siguiente se sancionó la ley de Organización de la Municipalidad de Buenos Aires, que permitió confirmar en el cargo de intenden-



*Página 222, en el centro: uno de los feroces chistes de Sojo contra las autoridades. Varias veces el dibujante español tuvo problemas por sus humoradas; una de ellos fue promovido por Lucio V. Mansilla (pie de página, centro).
Abajo: recinto del viejo Congreso Nacional, sede de los debates del 80.*

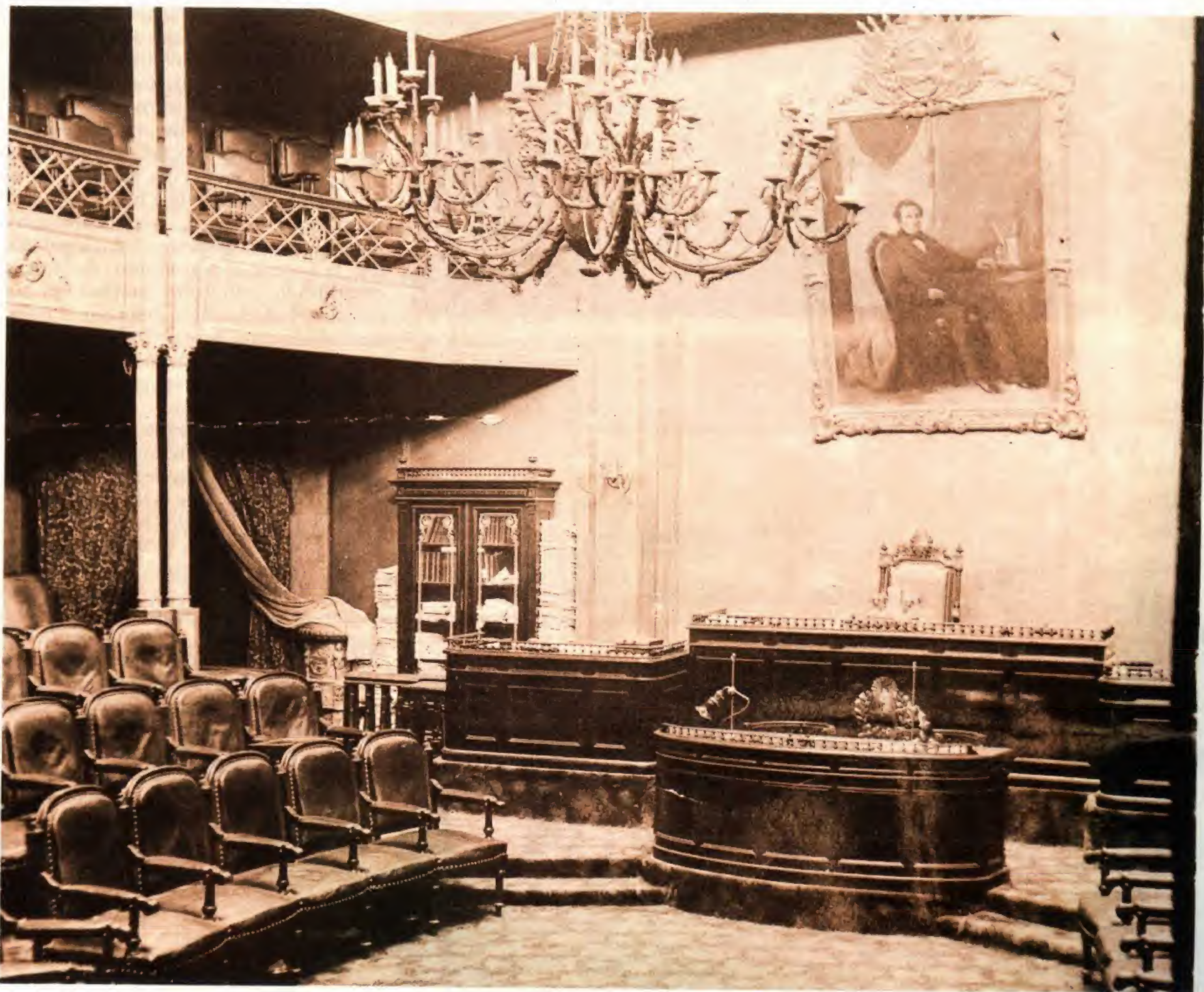
te a Torcuato de Alvear, quien ya actuaba en esa función desde 1880. Ambas leyes sellaron la reconciliación de la burguesía porteña con Roca.

En 1883 y 1884 hubo debates importantes, en consonancia con las leyes que se discutieron. La ley Universitaria fue propuesta por Nicolás Avellaneda, entonces senador nacional, y a pesar de lo simple de su articulado suscitó grandes polémicas periodísticas. También de 1883 fue la ley de Registro Civil, preludio de las controversias religiosas que vendrían des-

pués. En la sesión correspondiente se destacaron el diputado santafesino Aureliano Argento y el porteño Federico de la Barra. Y el mismo año comenzó el tratamiento de lo que sería la ley 1420 de Educación Común, cuya discusión ya había empezado, en el campo ideológico, con el Congreso Pedagógico Sudamericano, como se ha relatado en el capítulo correspondiente.

Este año y el siguiente abundaron en argumentos en favor y en contra de la neutralidad de la educación en materia reli-

giosa. Onésimo Leguizamón, Delfín Gallo y, por supuesto, el ministro Eduardo Wilde, campeones de la enseñanza laica, rompieron lanzas con los representantes católicos, entre quienes se destacó Pedro Goyena, dueño de una oratoria mesurada y contundente, pero cuyos razonamientos no prevalecieron, como se sabe, sobre el propósito de establecer una educación sin elementos confesionales. «La enseñanza no puede ser neutra -decía-, ese término es sólo un eufemismo: el verdadero calificativo del Estado que prescinda de la religión es la palabra ateo.»





Una sesión del Congreso (abajo) y la fachada del antiguo edificio (pie de página). Estaba ubicado en la actual calle Hipólito Yrigoyen, a la altura del 300. Ambas cámaras iniciaron allí sus sesiones en 1864; siguieron utilizando sus instalaciones hasta 1905. Viñeta: logotipo de Don Quijote.



Archivo General de la Nación



También es de 1884 la ley de Territorios que delimitaba las nuevas divisiones administrativas de la Patagonia dependientes del Estado nacional. La posición expuesta por el ministro del Interior, Bernardo de Irigoyen, se enfrentó con la de los representantes de Mendoza, San Luis, Córdoba y Buenos Aires, que pretendían ampliar sus jurisdicciones sobre las superficies ganadas a los indios. Fue en este debate cuando un joven diputado cordobés, Ramón J. Cárcano, hizo su *maiden speech*: sesenta años más tarde, en su libro de memorias *Mis primeros ochenta años*, el dicho político conservador recordaba los trasudores y sobresaltos de esa experiencia parlamentaria. Dicho sea de paso, la mención de Bernardo de Irigoyen nos lleva a recordar a uno de los más grandes parlamentarios de aquellos años: su sabiduría y su mesura, su invariable cortesía, no exenta de una solapada socarronería, su experiencia en la cosa pública, hicieron de don Bernardo una figura cuya presencia en el Congreso convocaba automáticamente la atención de los legisladores, la barra y el periodismo. Así quedó demostrado, entre otras muchas oportunidades, cuando debió defender el tratado firmado con Chile en 1881, que terminó, al menos por algunos años, con los pleitos fronterizos con el país trasandino.

Finalmente, como uno de los pocos debates resonantes durante la presidencia de Juárez Celman hay que recordar el que se suscitó con motivo de la ley de Matrimonio Civil; los diputados José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Estanislao Zeballos y Wenceslao Escalante, los senadores Carlos Rodríguez y Pedro Funes mantuvieron posiciones contrapuestas en un eco de los grandes enfrentamientos de signo religioso de años anteriores. Dejamos fuera de esta reseña los grandes debates sobre temas financieros y monetarios de 1889-1890: ellos corresponden al volumen siguiente por la naturaleza de las cuestiones debatidas, y tienen que ver con la crisis que entonces se abatió sobre la Nación como un abrupto final de la década que se ha estudiado en éste ■

Archivo General de la Nación

Sumario

Capítulo 1 / Página 1

LA GENERACIÓN DEL 80 CIENCIAS Y LETRAS

Las actividades científicas y literarias de la década manifiestan el anhelo de una nación joven por encontrarse a sí misma. Se procuraba ansiosamente comprender mejor la realidad, para encontrar nuevas maneras de explotar los recursos naturales, incrementar la actividad económica e integrar el país a la moderna civilización.

Capítulo 2 / Página 17

CONTROVERSIAS RELIGIOSAS Y EDUCATIVAS

Solucionando el problema de la organización nacional, la llamada generación del ochenta debió encarar cuestiones tan complejas como la relacionada con la educación popular. Entraban en juego las potestades de la Iglesia y del Estado, lo que dio un carácter sumamente áspero a la polémica que católicos y liberales libraron, en el Parlamento y fuera de él, en torno a la ley de Educación Común.

Capítulo 3 / Página 33

EL MUNDO RURAL

La Argentina de la época era eminentemente rural: aun sus principales ciudades estaban vinculadas a la campaña circundante. Las nuevas estancias pampeanas, instaladas en los campos más valiosos, comenzaron a recibir los adelantos de la técnica y los estímulos exteriores necesarios para hacerlas producir mejor. Mendoza, San Juan y Tucumán, ahora conectadas con Buenos Aires por el ferrocarril, fueron imponiendo su pujanza. Mientras tanto, en el Noroeste, lejos del capitalismo financiero, sobrevivían algunos cultivos tradicionales y continuaba, triste, monótono, desamparado y sin esperanza, el eterno trabajo del minero.

Capítulo 4 / Página 49

LA ALTA SOCIEDAD Y EL SUBMUNDO

Un elemento desconocido irrumpió en la vida del país: la avidez de dinero. Surgieron nuevos ricos, con o sin apellido tradicional, que abandonaron la vida silenciosa y provinciana de la antigua colonia. Sostenidos por el gran negocio de la exportación agrícola, construían lujosos palacios en el Barrio Norte, donde ejercitaban flamantes hábitos, exquisitos y refinados. La clase media se iba reforzando con el aporte de una capa de pequeños empresarios y artesanos extranjeros. Junto a todos ellos, sobrevivían en condiciones miserables los trabajadores, hacinados en viviendas paupérrimas, marginados de los beneficios del progreso y carentes de protección legal.

Capítulo 5 / Página 65

CHILE, CONFLICTOS Y SOLUCIONES

En la década del ochenta se definió el espacio geográfico de la Argentina moderna: precisar el ámbito de la jurisdicción del Estado era uno de los problemas acuciantes para la joven República. En la región Nordeste, la conquista militar del Chaco permitió fijar los límites con Bolivia, Paraguay y Brasil. Pero el logro más destacado fue el arreglo de fronteras con Chile, tanto en la Patagonia como en la Punta de Atacama. Así se evitó el peligro de una guerra, aunque las imprecisiones de los documentos firmados obligarían en varias ocasiones a recurrir al arbitraje extranjero.

Capítulo 6 / Página 81

LA ARGENTINA VISTA POR VIAJEROS

La literatura de viajes se puso de moda en las últimas décadas del siglo XIX. Sólo un par de días de estancia en la Argentina bastaban a algunos viajeros para escribir un libro; esas fugaces visiones originarían estereotipos universalmente aceptados. Pero, afortunadamente, hubo miradas más profundas: las de los extranjeros afincados, dispuestos a comprender y a compartir las vicisitudes de los pobladores nativos, y de los propios argentinos que arribaban al país luego de una ausencia prolongada, empeñados en descubrir el progreso o denunciar el atraso.

Capítulo 7 / Página 97

EL PERIODISMO Y EL ESPECTÁCULO PARLAMENTARIO

A pesar de que la vida política retrocedió por la aplicación del sistema de "Paz y Administración" impuesto por Roca, y que la actividad cívica fue permanentemente falseada por un régimen electoral primitivo y regimentado, la opinión pública cobró peso e importancia como elemento de presión sobre las decisiones oficiales. Dos fuerzas contribuyeron a potenciar este proceso: la primera fue el periodismo, que en esos años adquirió un sorprendente vigor; la segunda se originó en la gravitación del Congreso Nacional, cuyos grandes voceros fueron ídolos del pueblo.

Libros recomendados

Alvarez, Antonio
CRONICA DE LA PATAGONIA Y
TIERRAS AUSTRALES
Buenos Aires, 1978.

Belza, Juan E.
EN LA ISLA DEL FUEGO
Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas
de Tierra del Fuego, 1974

Braun Menéndez, Armando
PEQUEÑA HISTORIA PATAGONICA
Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971.

Carril, Bonifacio del
LA CUESTION CON CHILE
Buenos Aires, Emecé, 1984.

Daireaux, Emilio
VIDA Y COSTUMBRES EN EL PLATA
Buenos Aires, Lajouanne, 1952.

D'Amico, Carlos
BUENOS AIRES, SUS HOMBRES,
SU POLITICA, 1869-1890
Buenos Aires, Americana, 1952.

DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE LA LEY 1420
Estudio preliminar, selección y notas por
Gregorio Weinberg
Buenos Aires, Raigal, 1956.

Fernández, Juan R.
HISTORIA DEL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, 1943.

Ferrari, Gustavo
APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO
Buenos Aires, La Bastilla, 1978.

Galíndez, Bartolomé
HISTORIA POLITICA ARGENTINA /
La revolución del 80
Buenos Aires, Coni, 1945.

Gallo, Ezequiel, y Cortés Conde, Roberto
LA REPUBLICA CONSERVADORA
Historia argentina, volumen V
Buenos Aires, Paidós, 1972.

Gallo, Ezequiel, y Ferrari, Gustavo (compiladores)
LA ARGENTINA DEL OCHENTA
AL CENTENARIO
Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Galván Moreno, D.
EL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, Claridad, 1944.

Groussac, Paul
LOS QUE PASABAN
Buenos Aires, Huemul, 1972.

Jitrik, Noé
EL OCHENTA Y SU MUNDO
Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.

Lista, Ramón
MIS EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS
EN LA PATAGONIA
Buenos Aires, Marymar, 1973.

López Meyer, Cristina, e Iñigo Carrera, Nicolás
PIONEROS EN LA FRONTERA NORTE
«Documentos de Polémica», Buenos Aires,
Centro Editor de América Latina, 1972.

Moyano, Carlos M.
VIAJE DE EXPLORACION A LA PATAGONIA
Buenos Aires, Austral, 1951.

Paula, Alberto J. de
EL PLAN LA PLATA 1881-1884
Y SU PLANIFICADOR
Buenos Aires, Revista *Summa*, noviembre de 1982.

Rivero Astengo, Agustín
JUÁREZ CELMAN
Buenos Aires, 1944.

Sáenz Hayes, Ricardo
MIGUEL CANÉ Y SU TIEMPO
Buenos Aires, Kraft, 1955

Sáenz Quesada, María
LOS ESTANCIEROS
Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

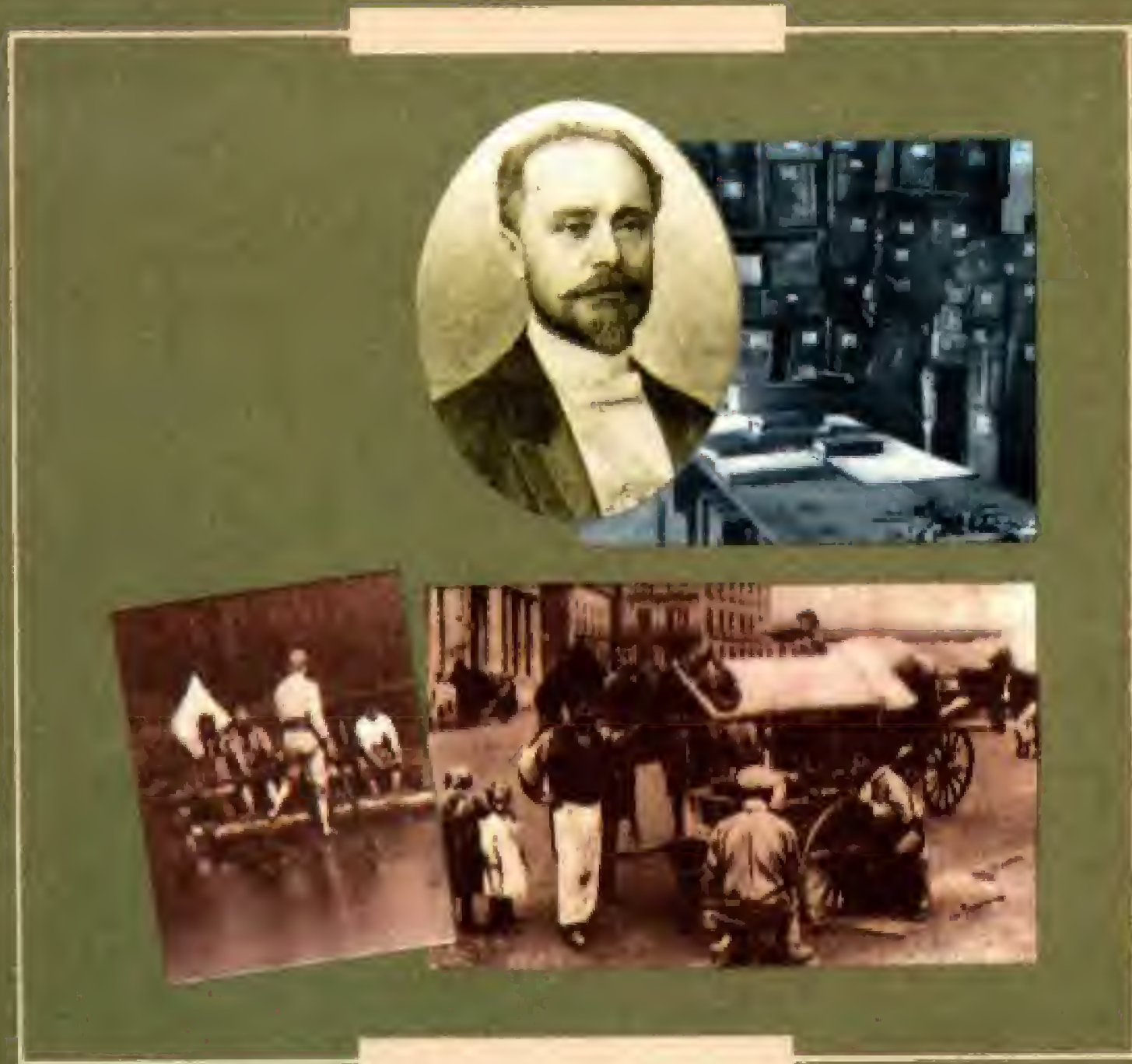
Saldías, Adolfo
UN SIGLO DE INSTITUCIONES
Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo,
La Plata, 1910.

Solari, Juan Antonio
JORNADAS PARLAMENTARIAS
Buenos Aires, *Afirmación*, 1974.

Vera de Flachs, M. Cristina, y Riquelme de Lobos, Norma
MEDIO SIGLO DE AGRICULTURA EN CORDOBA.
SU REPERCUSION EN LA ACTIVIDAD NACIONAL
Buenos Aires, número 24 de Investigaciones y Ensayos,
Academia Nacional de la Historia, 1978.

Zalduendo, Eduardo
LIBRAS Y RIELES
Buenos Aires, El Coloquio, 1975.

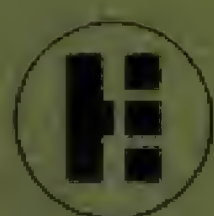
*Este libro fue impreso en los talleres gráficos
Gráfica Olazabal hijos.
Sitio de Montevideo 1485. (1824). Lanús Este.
Agosto de 1991.*



HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM



HYSPAMERICA

